

Ressenyes i notes de lectura

Pablo Díaz Morlán, *Empresarios, militares y políticos, la Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)*, Marcial Pons, Madrid, 2015, 232 pp.

La minería fue, con toda seguridad, la actividad económica más rentable que se hizo en el protectorado español del norte de Marruecos (1912-1956). Así lo confirma la obra de Pablo Díaz Morlán, que analiza la andadura de la empresa que concentró el 75% de la producción de minerales en la colonia y que más beneficios arrojó entre sus inversores (en sesenta años, desde principios del siglo XX, repartió más de 2.400 millones de pesetas).

La actividad minera del protectorado y sus vericuetos fueron analizados en los años setenta del siglo pasado por Víctor Morales Lezcano, uno de los renovadores del estudio de las relaciones hispano-marroquíes. En la década siguiente la historiadora M^a Rosa de Madariaga defendió su tesis doctoral sobre el protectorado, en la que abordó la enorme problemática de la ocupación española y la guerra colonial (Cuestión que ha ampliado posteriormente con la publicación de dos obras más: *En el barranco del lobo. Las guerras de Marruecos*, 2005; y *Abd-el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*, 2009), pero también dos de las actividades más conocidas (aun-

que hoy en día queda mucho por investigar al respecto en ambas), la colonización agrícola y la citada minería. Respecto esta última, Madariaga ofreció un contexto muy completo sobre la pugna internacional por los derechos de extracción en el Rif y la andadura de las principales empresas que trabajaron en el sector (Su tesis doctoral fue publicada en 1999 y reeditada en dos ocasiones: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*). Así, una parte importante de los nombres que aparecen en la historia que nos cuenta Díaz Morlán ya fueron presentados por Madariaga y por Morales Lezcano en los inicios del estudio del protectorado español del norte de Marruecos.

Ahora bien, el autor, que ha trabajado extensamente la historia de la minería y la siderurgia peninsular (en especial en Vizcaya y en Sagunto), nos presenta la génesis y evolución de la que probablemente fue la empresa española de la época más exitosa del sector. El libro nos invita a realizar un recorrido desde el surgimiento de las primeras iniciativas económicas de la zona de influencia española en el norte de Marruecos, pasando por sus años dorados, en los que se repartieron pingües beneficios entre sus accionistas, hasta su disolución tras la independencia de Marruecos, cuando el recién joven estado pasó a participar en

la empresa y a adoptar una postura firme ante las autoridades españolas y los demás miembros del consejo de administración.

La primera parte del libro abarca un extenso periodo de treinta años en los que la Compañía Española de Minas del Rif (en adelante CEMR) logró consolidar sus derechos de extracción en la zona de Uixan. Es aquí donde se nos revela la frágil andadura inicial del colonialismo español y de sus inversores, que si bien no mostraron inicialmente un gran interés por lo que podía ofrecer una región tan pobre de recursos como era el norte de Marruecos, terminarían abrazando la causa colonial. Díaz Morlán hace una radiografía de la incertidumbre del momento, en la que el gobierno marroquí y Bu Hamara, el autoproclamado sultán del noreste del país, presentado a sí mismo (falsamente) como hermano del soberano en el trono del imperio jerifiano, Mulay Abdelaziz, luchaban por el control de la zona y por captar los contratos millonarios que ofrecían los representantes de negocios europeos. Fue entonces cuando también aparecieron los grandes competidores de la CEMR, Alfred Massenet, que fundó la Compañía del Norte Africano (de capital francés), y los hermanos Mannesmann, que presentaron batalla a la CEMR en la lucha por los derechos mineros hasta los años treinta.

Es muy reveladora la relación de los fundadores de la empresa con las altas esferas de poder españolas, comenzando por el rey Alfonso XIII, y diversos barones del Partido Liberal, en especial el conde de Romanones, quien concentró las iras de quienes estaban en contra de las campañas militares para ocupar y “pacificar” el nuevo territorio colonial. Gracias al extenso mosaico de relaciones e influencias que se nos dibuja a lo largo de estos primeros capítulos podemos comprender mejor por qué la CEMR

consiguió a la larga sus objetivos: ante la inseguridad de derechos de los inicios, en la que todos los contendientes jugaban más o menos en igualdad de condiciones, la carta de las relaciones políticas fue decisiva. Esta situación sobre el terreno también nos lleva al escenario internacional, en el que España se adhirió a la política francesa (y británica) para apartar a Alemania de los negocios marroquíes. Los grandes perjudicados fueron los hermanos Mannesmann, sobre todo tras el fin de la Primera guerra Mundial, momento en el que perdieron la mayor parte de sus aspiraciones de asentarse en la zona para así ampliar su comercio industrial.

Esta situación de fragilidad y de incertidumbre no sólo lo era en el ámbito de las negociaciones. La Gran Guerra llevó al Rif la agitación interesada de agentes alemanes contra el colonialismo francés y provocó momentos de inestabilidad. Pero la penetración colonial española y la llegada de la CEMR estuvieron estrechamente vinculadas al levantamiento rifeño y a las sucesivas campañas militares que la trataron de sofocar. En este sentido en el texto podemos observar los vínculos que Romanones negaba entre los intereses económicos españoles, especialmente los mineros, y la rebelión del norte de Marruecos. Su estallido en 1909, tres años antes del establecimiento del protectorado, fue causado en gran medida por el inicio de la construcción de las infraestructuras que posteriormente utilizaría la CEMR. Unas obras y una penetración que la población autóctona identificó como un expolio. El ejército colonial no controló la zona de influencia española enteramente hasta 1927.

La guerra de Abdelkrim también afectó a la CEMR, pues el futuro minero de la región estaba en manos de quien ganara la contienda. Además, el cabecilla rifeño

comprendió cuáles eran las intenciones del colonialismo español. Si el mensaje oficial abogaba por una labor altruista que contribuyera a la modernización de la región, la actuación de la CEMR y otras empresas españolas desvelaron las intenciones reales: una explotación de los recursos naturales que dejaría pocos beneficios en la zona y en su población.

Así, la lectura de la primera parte del libro nos ofrece un panorama en el que la CEMR y sus representantes, ligados a las altas esferas políticas españolas, consiguieron que prevalecieran sus derechos e iniciaron la extracción de mineral del monte Uixan. Ello fue producto de largas negociaciones y disputas, pero la actividad de la empresa también precisó de la protección militar y fue la responsable del envío de miles de soldados españoles y del derroche de varios miles de millones de pesetas para derrotar por la fuerza a quienes se oponían contra la acción colonial española. Todos estos esfuerzos y sacrificios, también por parte de muchísimos anónimos, que no participaron de la vida de la CEMR, hicieron posibles que la empresa comenzara a generar grandes beneficios sobre todo a partir de los años treinta.

La segunda parte de la obra, que concentra los capítulos centrales, nos muestra la etapa más apacible y favorable para los intereses lucrativos de la compañía. Es entonces cuando Díaz Morlán repasa la evolución de la empresa en un momento de crecimiento, a pesar de la Gran Depresión y del posterior estallido de la Guerra Civil Española, cuando la actividad no cesó y se unió a los intereses franquistas (también en los años de la Segunda Guerra Mundial). Los beneficios también contrastaron con la situación de carestía y lenta recuperación económica que sufrió la metrópoli durante la posguerra. Ahora bien, las ganancias de la

empresa no sirvieron para mejorar los sueldos de los trabajadores. Esta obra también nos habla de los mineros, su situación socioeconómica y de sus desavenencias con sus superiores, que les negaron aumentos de sueldo en base unos ajustados márgenes de beneficios, que como decíamos, no eran tales. A lo largo del capítulo sobre la repercusión social de la CEMR podemos apreciar cómo nació y se desarrolló un poblado a los pies del yacimiento, y la influencia de ideas revolucionarias, que tuvieron menos eco que en la península, pero fueron igualmente cortadas de raíz a partir de julio de 1936. En esta parte también podemos observar la difícil conciliación entre los intereses empresariales y los objetivos oficiales del protectorado. La plantilla contaba con unos 1.300 marroquíes, los cuales realizaban las tareas más duras y cobraban un sueldo muy inferior al de los trabajadores españoles. Y no tenían acceso a las instalaciones que la empresa había mandado construir para el disfrute de sus empleados. El marroquí era, pues, un convidado de piedra en el banquete colonial.

Finalmente, el libro cierra la andadura de la compañía con la etapa que va desde la independencia del país hasta su disolución y la posterior actividad, ya bajo titularidad marroquí, que terminó prematuramente debido al contexto internacional de crisis del sector y a la competencia de los yacimientos de otros países emergentes. Hasta entonces los accionistas se habían beneficiado de unos cuantiosos dividendos que permitieron una mínima inversión sin nuevos desembolsos de capital. A partir de abril de 1956 (fecha de independencia de la zona norte), ante un nuevo horizonte de incertidumbre, en el que el estado marroquí solicitó su participación en el negocio, no se realizaron más gastos para renovar las instalaciones, ante la posibilidad, común

en otros contextos de descolonización de la época, de que el gobierno, encabezado por el Istiqlal, nacionalizara la empresa. Hay que tener en cuenta que desde la perspectiva local la actividad minera del Rif fue vista como una gran operación de expolio de las riquezas nacionales. En este sentido la etapa de participación del nuevo gobierno fue muy dura para sus dirigentes españoles, que se vieron forzados (después de un largo periodo de ingentes beneficios) a ceder ante las pretensiones del estado norteafricano y ante las peticiones del gobierno franquista, que quería evitar cualquier fricción con la entonces antigua colonia. El agotamiento de la veta que se podía explotar a cielo abierto (cuya inversión era más barata) marcó el final de la empresa y su cesión. Fue entonces, insistimos, cuando la explotación entró en declive.

El libro termina con un interesante epílogo en el que se nos relata lo que algunos soñaban: las minas del Rif eran la base del crecimiento y desarrollo de Melilla, una ciudad que en tiempos coloniales aspiraba a convertirse en la “Bilbao africana”. Díaz Morlán, conocedor de la historia industrial vizcaína, desmonta este sueño con dosis de realidad y una perspectiva comparada de ambas regiones. La evolución histórica de la ciudad norteafricana y su escaso tejido empresarial frustraron este proyecto, en contraste con la fuerte actividad económica que registraba Bilbao y el empuje de sus clases dirigentes. Los grandes beneficiarios de la CEMR no vivían en el norte de Marruecos, sino que eran acaudalados empresarios e inversores peninsulares que, salvo un grupo minoritario que fue desoído, su único interés consistía en cobrar los beneficios, pero no tenían intención de reinvertirlos para revalorizar la zona.

En definitiva, el libro de Pablo Díaz Morlán no es solamente una historia de

una empresa. Describe las aspiraciones de aquellos aventureros, como dice el mismo autor, que arriesgaron sus capitales en un momento de incertidumbre y tras largas disputas, alrededor de mesas de negociación, y en el campo de batalla, consiguieron llevarse, como se dice popularmente, la parte del león del colonialismo español en Marruecos. Una parte que provocó, como decíamos, el levantamiento armado de la población y un gran derroche de dinero para sufragar las diversas campañas militares que no cesaron hasta 1927. El estado español, en agradecimiento al acto de patriotismo que representó dicha inversión, no escatimó en la defensa de los intereses de la CEMR. El conde de Romanones, como decíamos, fue uno de sus principales garantes en estos momentos iniciales de incertidumbre, que negó la conexión entre los intereses mineros españoles y la guerra de Marruecos. Pero lo cierto, según se desprende de esta obra, es que los inversores de la empresa obtuvieron unos fabulosos réditos, especialmente a partir de los años treinta, y los justificaron como compensación por el riesgo que asumieron y la larga espera para consolidar su derecho y empezar a cobrar grandes beneficios. Pero lo cierto es que muchos de los españoles que murieron en el campo de batalla del norte de Marruecos, representaron a estos intereses y no participaron de los beneficios.

Jesús Marchán

(Universitat Pompeu Fabra – GRIMSE)

Alfredo González Ruibal, *Volver a las trincheras. Una arqueología de la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 2016, pp. 300.

“La arqueología nos permite acercarnos a la experiencia de todos: los restos materiales no discriminan entre generales y soldados ra-

sos, hombres y mujeres, políticos y campesinas. Es más, la gente corriente está bastante mejor representada que los personajes extraordinarios. Los restos materiales suelen revelarnos historias cotidianas que no siempre captan la atención de los historiadores (al menos de los historiadores de la Guerra Civil), más preocupados por cuestiones de tipo político, social económico o militar. A partir de los objetos la arqueología contribuye a construir una historia cultural de la guerra y la dictadura". La cita de González Ruibal sintetiza la tesis de su libro: el análisis de la historia a partir de la investigación arqueológica como fuente documental objetiva que permite focalizar el estudio del pasado en la realidad cotidiana del conflicto para comprender la intrahistoria de los hechos latente bajo las explicaciones generalistas. Un concepto de trabajo que deriva de los cambios estructurales en la forma de analizar la guerra iniciados hace ya tres décadas con la obra de Victor Davis Hanson, *The Western Way of War. Infantry battle in Classical Greece* (1989), continuadora del estudio de John Keegan, *The face of battle* (1976) y de la posterior *History of Warfare* (1993) y en la que el foco de la interpretación se ha desplazado de la historiografía militar de carácter épico focalizada en los jefes militares como hacedores de la historia, a los aspectos más sociales del conflicto analizados desde la perspectiva de los combatientes anónimos.

Dichas ideas se han abierto paso con éxito no sólo en el ámbito académico, sino también en la divulgación y entre la nueva museografía, como en los casos de los centros de interpretación *In Flanders Fields Museum* dedicado a la batalla de Ypres y organizado a partir de los poemas del teniente coronel médico canadiense John McCrae escritos en 1915; el remodelado museo de Mont Saint Jean en el que se explica la problemática político-social europea des-

de la Revolución francesa hasta la batalla de Waterloo y, en menor medida, el centro de interpretación *115 días de Corbera d'Ebre* dedicado a la batalla del Ebro. Con ello, la historia militar ya no responde a la concepción de Winston Churchill, quien indicaba que las batallas eran las marcas de puntuación de la historia, sino a la de Andrew Brown, quien indicó en 1995 que los campos de batalla eran los fragmentos de dichas marcas de puntuación pero escritos con la sangre de los que en ellos sufrieron para que otros alcanzaran la gloria.

En los últimos años, la Arqueología del conflicto ha representado una de las corrientes teóricas más innovadoras en el campo de la investigación arqueológica, aunando los trabajos previos sobre arqueología de los campos de batalla (*battlefield archaeology*) iniciados con la excavación del campo de batalla de Little Bighorn, escenario de la derrota de G.A. Custer en 1876, y sobre construcciones de carácter militar (*military sites archaeology*) con la inclusión de múltiples conceptos en una visión pluridisciplinar de la guerra y sus consecuencias que suma aspectos tecnológicos, culturales, sociales y psicológicos en la interpretación de los conflictos y la explicación de su proyección e influencia en el tiempo, campo de trabajo al que se ha sumado la reflexión sobre cuestiones políticas e identitarias; la influencia del nacionalismo en la definición y explicación de la guerra y, especialmente, la arqueología forense para dar respuesta social a las consecuencias de la guerra —masacres indiscriminadas, limpiezas étnicas, asesinatos políticos— sobre la población civil. La Arqueología del conflicto forma parte de la estructura académica desde hace más de una década como especialidad independiente en las universidades británicas, publicándose en la de Glasgow la revista monográfica *Journal of Conflict Ar-*

chaeology, fundada por Tony Pollard e Ian Banks, y representativa de la importancia que la preservación de los campos de batalla tiene en el Reino Unido, donde el English Heritage Register of Historic Battlefields identifica y obtiene la preservación legal de los espacios naturales en los que se libraron los enfrentamientos que definen la historia de las Islas Británicas, una actuación iniciada con el *Bloody Meadows Project* y en la actualidad extendida como proyecto de investigación a otras regiones europeas en las que combatieron tropas británicas.

El proceso conservacionista y de investigación indicado dista mucho de disponer de una réplica semejante en España pese a los esfuerzos de grupos de investigación como el DIPATRI de la Universidad de Barcelona y el Instituto de Historia del CSIC. Los problemas ideológicos y políticos que actualmente continúan definiendo el estudio e interpretación de la Guerra Civil y el franquismo cuarenta años después del inicio de la transición democrática, condicionan la aplicación de la legislación vigente, tanto en el ámbito estatal a partir de la Ley de Memoria Histórica (2007) como en el autonómico catalán con la Llei de Fosses (2009), cuya aplicación es insustancial por decisión política en el segundo caso con intromisiones alejadas de cualquier rigor científico como en la excavación de la Cota 562 de la línea de fortificaciones de Raimats durante la batalla del Ebro, en el que el cuerpo de un caído republicano, conocido como *Charlie*, no pudo ser estudiado por decisión político-administrativa de la Generalitat de Catalunya, y restringida a la acción privada no exenta de polémica en el primero. Por ello, el desarrollo de la arqueología de la Guerra Civil y de la represión posterior es esencial

para el análisis de un proceso en demasiadas ocasiones tergiversado.

El presente libro recoge las investigaciones desarrolladas por diversos equipos en todo el ámbito peninsular, con especial relevancia a los trabajos dirigidos por el Dr. González Ruibal, científico titular del CSIC. Tras una defensa de la necesidad de intervenir arqueológicamente en el período (cap.1), se expone la problemática de la represión en ambas retaguardias a partir del fracaso de la sublevación militar de julio de 1936, la subsiguiente revolución en amplias zonas bajo control del gobierno de la República, y el inicio de la Guerra Civil, en un texto que muestra tanto la profundidad de las matanzas cometidas (Madrid, Barcelona, Sevilla, Badajoz) como las dificultades para establecer no sólo censos exactos, sino tan siquiera una casuística específica de los procesos que determinaron dichas masacres debido a los múltiples factores ideológicos y de oportunidad que concurrieron en cada caso concreto (cap.2). El capítulo 3 recoge el resultado de las excavaciones en el área de la Ciudad Universitaria de Madrid, frente entre el otoño de 1936 y el final de la guerra, probablemente una de las áreas mejor estudiadas en la península y que ya fue tratada, junto a las batallas del Jarama y Guadalajara, además de otros yacimientos de los períodos de la guerra y la represión, en el monográfico sobre arqueología de la Guerra Civil, número 19-2 (2008) de la revista *Complutum* coordinado por el propio González Ruibal. Las campañas de 1937 se ejemplifican en los casos de Jarama, Belchite y en la ofensiva contra Bilbao, destacando especialmente el análisis de la fosa común resultado de la sevicia y ejecución colectiva de Valdediós (Asturias) perpetrada por unidades de la IV Brigada de Navarra en octubre de 1937, y excavada en 2003 por la Sociedad de Ciencias

Aranzadi, un excelente ejemplo del nivel de información que puede proporcionar la excavación arqueológica para corroborar las fuentes orales y/o documentales.

El capítulo 5, dedicado al estudio de las posiciones nacionales y republicanas en el sector de Abánades (Guadalajara) durante la ofensiva del Alto Tajuña en 1938, muestra el análisis de los enclaves de La Nava y la Enebrá Socarrá como ejemplos de la aportación de la arqueología a la microhistoria conformada por hechos —y lo que es más importante por individuos— considerados de menor relevancia o interés por los estudios generalistas. Cada uno de los materiales documentados y analizados encierra pruebas de los elementos esenciales que caracterizan la Arqueología del conflicto, como son las condiciones de vida, características del combate y la forma en que perecieron sus anónimos protagonistas, ideología, creencias y datos personales de los soldados que permiten entender las condiciones reales del conflicto y la complejidad de diversos aspectos de la contienda, como los suministros alimentarios y de pertrechos militares sobre la realidad de su empleo y a diferencia de las datos macroeconómicos de los aportes internacionales y la producción de las fábricas peninsulares. Tras los capítulos 6 y 7, dedicados respectivamente al estudio de las fortificaciones del Ebro y el hundimiento de los frentes republicanos entre diciembre de 1938 y el final de la guerra, el capítulo octavo se centra en el análisis de la arqueología de postguerra.

Junto a las referencias a la reutilización durante los años del hambre de enclaves militares abandonados como refugios improvisados, caso de las trincheras de la Ciudad Universitaria de Madrid, y la construcción de nuevos sistemas defensivos en respuesta a la problemática militar y política europea como la línea de for-

tificaciones pirenaica, el estudio se centra en la problemática de la recuperación de los cuerpos de los caídos en combate y, especialmente, en el llamado paisaje totalitario tras la contienda, producto de las modificaciones arquitectónicas destinadas a asegurar el control de la población por el régimen especialmente en las zonas que habían demostrado una mayor fidelidad a la causa republicana como prolongación de la guerra tras su fin. Aborda también el estudio arqueológico del universo concentracionario organizado por el régimen franquista, la denominada tecnología para castigar, tema sobre el que en los últimos años se han realizado importantes aportaciones desde la perspectiva del análisis de la memoria oral y documental, mostrando el amplio número y diversa tipología de edificios adaptados como lugar de reclusión de prisioneros de guerra y acantonamiento de batallones de soldados-trabajadores, desde fábricas de conservas en Galicia a monasterios en Castilla e incluso yacimientos arqueológicos como Ampurias en Cataluña, a los que el trabajo de campo aporta no sólo la constatación y modificación de los datos conocidos a través de las mismas, como en los casos del campo de concentración de Castuera (Badajoz) y el destacamento penal de Bustarviejo (Madrid), sino también la obtención de datos esenciales sobre planificación y arquitectura de los centros, empleo de las construcciones, características de la vida cotidiana desde la vigilancia de los presos a su alimentación, condiciones sanitarias, enfermedades y destino de los fallecidos, e incluso relaciones con sus familiares. El estudio del sistema concentracionario permite además enlazar los modelos de represión de la población empleados por el régimen franquista con los desarrollados en Europa antes, durante y con posterioridad a la Segunda Guerra

Mundial, recuperando las historias personales de los presos.

El estudio amplía el análisis de la arquitectura de la represión al sistema carcelario franquista más allá de la inmediata post-guerra con el ejemplo del simbolismo de la cárcel de Carabanchel (Madrid) como representación de las llamadas máquinas de castigar del régimen a partir de interesantes reflexiones sobre la ideología del modelo penitenciario español durante la dictadura y la ampliación del castigo de los penados a sus familias al vincularlos a los mismos mediante la residencia forzada de base económica en las proximidades de los centros de detención como paso inexcusable del proceso de estigmatización social. En conclusión, la obra del González Ruibal constituye un excelente ejemplo de la importancia que la investigación arqueológica tiene, pese a las reticencias generalizadas en el ámbito académico, en el estudio de las etapas cronológicamente más próximas de la Historia, pero especialmente y como principal derivada de la documentación aportada, de la importancia del estudio de los individuos anónimos en la investigación e interpretación de los procesos históricos, dado que, citando a González Ruibal “*los arqueólogos trabajamos para documentar la vida de la gente anónima. Recuperamos lo trivial y lo invisible –huesos, casquillos, botones, latas- y con ello recordamos (...) porque no hay nada insignificante en una vida humana*”.

Francisco Gracia Alonso
Universidad de Barcelona.

Carlos Collado Seidel, *El Telegrama que salvó a Franco. Londres, Washington y la cuestión del Régimen (1942-1945)*, Crítica, Barcelona, 2016, 350 pp. / Xabier Hualde Amunárriz, *El «cerco aliado». Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia frente a la dictadura*

franquista (1945-1953), UPV/EHU, Bilbao, 2016, 418 pp.

¿Por qué sobrevivió el franquismo al contexto internacional resultante de la Segunda Guerra Mundial (SGM)? ¿Cuáles fueron los principales actores y factores exógenos responsables de aquel desenlace? En suma, ¿quién o qué “salvó” a Franco una vez el fascismo había sido derrotado en los campos de batalla? Historiadores, estudiantes e interesados en la historia de España –y en menor medida en las relaciones internacionales de aquel periodo– vienen formulándose estas preguntas desde hace tiempo.

Los propagandistas franquistas y neo-franquistas, en versiones más o menos elaboradas, y con más o menos pudor, lo tuvieron claro desde el principio: a España –e incluso a los aliados y a la civilización Occidental de paso– no la salvó otro que el propio Franco. Lo habría hecho, concretamente, en Hendaya, y los aliados angloamericanos se lo habrían reconocido implícitamente durante la Operación Antorcha. Sin embargo, continua el relato, la secular incompreensión de las democracias hacia a España habría continuado hasta que la Guerra Fría y el abuelo de Kim Jong-un terminaron por abrir los ojos de Washington. Desde la perspectiva antifranquista, a Franco lo “salvó” la irresponsable o malévolamente inacción de los aliados (la misma actitud que le había permitido llegar al poder), disfrazada de no injerencia, pero en realidad plasmación de una combinación de la miopía política, la paranoia anticomunista y los prejuicios culturales característicos de las elites anglosajonas. Desde el punto de vista de los gobiernos contemporáneos en Londres y Washington, por el contrario, a Franco le salvaron sus dotes como dictador, los defectos endémicos de los españo-

les y, sobre todo, la “suerte” en forma del contexto internacional de la Guerra Fría. Los primeros factores se habrían traducido en la falta de consenso entre los sectores antifranquistas para deshacerse de un dictador capaz de mantener el control interno y la fidelidad de los militares; el tercero, habría dado lugar a que Washington y sus principales aliados europeos se viesen poco menos que obligados a trabajar con un gobierno indeseable, pero que al menos garantizaba la incorporación geoestratégica de la Península Ibérica a la “defensa de Occidente”.

El relato historiográfico vigente se ha ido construyendo a partir del contraste, reformulación y refutación de esas tres tradiciones interpretativas, siendo la segunda y la tercera las dominantes. El resultado puede verse reflejado en los trabajos de, entre otros, James Cortada, Charles Halstead, Stanley Payne, Ángel Viñas, Javier Tusell, Florentino Portero, Paul Preston, Massimiliano Guderzo, Jill Edwards, Boris Liedtke, Arturo Jarque, Mark Byrnes, Enrique Moradiellos y Joan M. Thomàs.

Los historiadores Carlos Collado y Xabier Hualde beben de las tradiciones interpretativas enumeradas con antelación, coincidiendo en que la política de las democracias liberales vencedoras en la SGM fue la clave internacional de la supervivencia del régimen. Sin embargo, ambos trabajos dejan entrever conclusiones distintas en el grado de voluntad achacable a esos países respecto al desenlace último —la supervivencia del franquismo. El primero lo hace poniendo la lupa en la política de Londres y Washington durante los años centrales y finales de la SGM; el segundo centrando el análisis en las consideraciones de Estados Unidos, Reino Unido y Francia desde el final de la SGM hasta el cierre definitivo de la “cuestión española” con los pactos de

Madrid de 1953. El orden de los factores altera el producto en los dos casos, con los autores presentando en los subtítulos la prelación de protagonismo atribuible a cada una de las potencias examinadas.

La publicación en el presente 2016 de los libros reseñados supone una feliz coincidencia. Carlos Collado, Profesor de la Universidad de Marburg, especialista de las relaciones germano-españolas, cuenta en su trayectoria con trabajos destacados sobre la política de Washington y Londres respecto a la neutralidad de la España franquista en la SGM, y en especial sobre la cuestión de los expatriados europeos (España y el Holocausto) y el programa *Safe-heaven* (España y la ocultación de agentes y bienes nazis). Xabier Hualde, que compagina su actividad profesional con su labor como historiador, nos presenta el resultado de su tesis doctoral. Además de compartir temática, otro hilo conector entre sus trabajos es el encomiable esfuerzo documental que reflejan a ambos lados del Atlántico y del Canal de la Mancha. La suma de los dos libros incluye los Archivos Nacionales de ambos países, la biblioteca presidencial Roosevelt y los principales fondos estatales franceses y españoles, así como varias colecciones personales custodiadas en la Biblioteca del Congreso de Washington D.C. y universidades norteamericanas. Las dos obras reseñadas reflejan también la creciente familiaridad de los autores españoles con la historiografía anglosajona —y norteamericana en particular— sobre el contexto internacional del periodo, si bien este es un capítulo donde tenemos todavía mucho camino por recorrer.

Carlos Collado nos ofrece un interesante relato *blow by blow* de la política británica y norteamericana respecto a España desde comienzos de 1942 hasta finales de 1945, si bien la narración se concentra en el perio-

do en el que coincidieron en Madrid las misiones del político británico Sir Samuel Hoare y el historiador norteamericano Carlton Hayes (mayo 1942-diciembre 1944). El estilo narrativo elegido hubiera agradecido de una mayor labor de edición, puesto que en ocasiones resulta complicado seguir el relato por los saltos cronológicos y la proliferación de nombres y fechas. El índice temático no es especialmente útil en este sentido (con ausencias notables como “Incidente Laurel”), y no hubiera estado de más, pensando en los lectores menos especializados, una breve cronología de los eventos más relevantes, así como un capítulo de conclusiones.

La importante labor de investigación llevada a cabo por Collado, especialmente productiva en los archivos británicos, permite la actualización del relato historiográfico en varios ámbitos. Así, se sitúa, creemos que correctamente, a la “guerra económica” como principal ámbito de actuación de los contendientes en España, si bien al igual que la mayor parte de los autores que han estudiado el periodo se deja de lado su análisis (la información al respecto, al menos en los archivos americanos o el Archivo Histórico del Banco de España, da para varias tesis doctorales). Es una pena, puesto que sus consecuencias fueron reales y profundas tanto en la economía española de posguerra como en su relaciones internacionales—Alfred W. Barth, uno de los cerebros de la U.S. Commercial Company en la Península, se convirtió por ejemplo en uno de los banqueros clave del franquismo al frente del departamento internacional del Chase Manhattan Bank, aprovechando para ello su experiencia en el mercado negro de divisas con base en Tánger y Lisboa y las operaciones de susti-

tución de importaciones características de la España de los cuarenta.

El autor incorpora también la presencia de George Kennan en la Península Ibérica en 1942-43, incluyendo referencias a sus opiniones sobre la situación interna española y la política aliada (pp. 101-110). Recordemos que Kennan, padre intelectual de la archiconocida “Política de la Contención”, fue el encargado de la argumentación que propició el giro definitivo de la política de Estados Unidos hacia el régimen franquista en 1947, proceso que se narra con detalle en el libro de Xabier Hualde. El diplomático norteamericano, cuyo archivo personal (Universidad de Princeton) no ha sido todavía trabajado en conexión con España, mantuvo reuniones y correspondencia (se conservan un par de cartas en la colección Hayes en Columbia) con el otro gran protagonista no español del libro de Collado, el embajador norteamericano Carlton Hayes.

La conocida antipatía entre los dos principales embajadores aliados en el Madrid de 1942-44 recibe amplia cobertura en el libro de Collado. Se traza en ese sentido un interesante paralelismo entre los choques de Hoare y Hayes con el Foreign Office y el Department of State, respectivamente, por el que estos habrían dejado un amplio margen de maniobra a los dos embajadores a fin de ofrecer a sus opiniones públicas un chivo expiatorio al que responsabilizar de la impopular política de no confrontación con el régimen franquista. Sugerente resulta también la inclusión de referencias al papel que la psicología de ambos personajes jugó en el desempeño de su misión, caracterizada por los roces continuos con prácticamente todos sus interlocutores y la divergente percepción de ambos sobre el futuro que esperaba al régimen franquista. La metodología de las Emociones viene

siendo incorporada a la historia diplomática por un creciente número de autores anglosajones, con el trabajo de Frank Costigliola como referente ineludible. La investigación de Collado en el caso de Hoare junto a la de Joan M. Thomàs sobre Hayes (de quien está preparando una biografía), apuntan a un camino por explorar en esa dirección.

La principal debilidad de *El Telegrama que salvó a Franco* tiene que ver con su premisa de partida y la sorprendente conclusión a la que se llega en materia de responsabilidades. Según Collado, a la altura de 1942 la supervivencia del régimen franquista en caso de victoria de las Naciones Unidas era poco menos que inconcebible. El libro pretende por lo tanto “escudriñar las causas” del “inesperado resultado”, dando en el camino con un culpable novedoso: el embajador británico en Madrid Sir Samuel Hoare. Concretamente, el autor acusa al político *tory* de echar por tierra cualquier oportunidad del exilio republicano de conseguir la colaboración activa de Londres para forzar la salida del dictador, “no por afinidad a Franco” sino por su “ambición personal” de “apostar por la restauración pacífica de la Monarquía en la persona de don Juan” (p. 13). Como el autor defiende –con todos los matices necesarios– que Londres llevó la voz cantante de la política angloamericana en España, Hoare sería pues el máximo culpable de que esta no se tradujese en un cambio de régimen.

Collado documenta de manera convincente la implicación de Hoare con la causa monárquica en España. Estas maniobras, aunque no se afirme directamente, enlazarían con la tradición de injerencia británica durante la II República vía contactos con círculos monárquicos y pagos a militares de alto rango, algo que investigadores como

Ángel Viñas vienen documentando en los últimos años. Sin embargo, se podría decir que el autor se contradice a sí mismo a la hora de defender que Hoare –y no Churchill– fue el máximo responsable de privar a la oposición antifranquista del abrazo británico durante los años centrales de la SGM. Y es que su propio relato apunta a que a la hora de la verdad fue el primer ministro, como por otro lado era lo normal, quien marcó el tono hacia España. El libro narra por ejemplo cómo Churchill no solo se encargó de enviar mensajes comprensivos para con la “neutralidad” de la dictadura franquista (véase su famoso discurso en los Comunes en mayo de 1944), sino también de frenar o descafeinar todas aquellas iniciativas abiertamente antifranquistas surgidas en el seno de su ejecutivo de coalición y su Embajada en Madrid (pp. 253-257). También de intervenir siempre que fue necesario para “calmar” a Washington, especialmente en el contexto de la “crisis del wolframio” iniciada con el denominado “incidente Laurel” (octubre 1943-abril 1944).

La obra de Collado se hace otro flaco favor con la elección de un título que en cierto modo falsea el contenido, si bien quizás este desliz sea achacable a la editorial. Y es que la historia narrada en *El Telegrama que salvó a Franco* no apunta a ningún momento o telegrama decisivo en concreto (lo más aproximado sería la negativa de Churchill a firmar el borrador de la carta de despedida que Hoare quería presentar a Franco en su última entrevista), sino que más bien viene a documentar que la decisión angloamericana de no forzar los acontecimientos en España se trataba de una decisión estratégica –inamovible desde el éxito de la Operación Antorcha– capaz de resistir a los errores franquistas y las iniciativas monárquicas alentadas por el propio

Hoare. Así, a lo largo de las páginas se pueden leer numerosos ejemplos en los que Washington y Londres acabaron por rechazarla mano dura con el régimen franquista contra la voluntad de relevantes—pero ojo, nunca mayoritarios o determinantes, como en ocasiones se sugiere elementos de sus respectivas opiniones públicas, clases políticas y aparatos burocráticos.

Volvemos así sobre el error de planteamiento que desde nuestro punto de vista penaliza al por otro lado sugerente libro objeto de análisis. ¿Por qué es tan complicado plantearse que quizás la supervivencia del franquismo no era tan impensable en caso de derrota del Eje? Al fin y al cabo, ¿por qué iban a arriesgar Londres y Washington la vida de uno solo de sus soldados para intervenir en un país al que consideraban (como bien documenta el propio Collado) *prone to chaos*, poniendo de paso en peligro la estabilidad de Portugal (país que por cierto pasa casi desapercibido en los dos libros reseñados)? Si prestamos atención a la diplomacia bélica de Estados Unidos y Reino Unido encontramos algunas claves que pondrían en duda la certeza desde la que tantos historiadores siguen partiendo en sus trabajos a día de hoy. Así, como de hecho denunciaron sectores progresistas —pero minoritarios— de ambos países durante la guerra, los acuerdos alcanzados con el colaboracionista almirante Darlan en el norte de África (otoño de 1942) y el fascista mariscal Badoglio en Italia (verano de 1943) dieron pistas de por dónde iban las prioridades angloamericanas en la Europa mediterránea, por no hablar de la ayuda prestada a antiguos colaboracionistas griegos y yugoslavos una vez expulsadas las tropas nazis de sus países. Asimismo, las estrechas relaciones de Washington con decenas de gobiernos autoritarios en el Hemisferio Occidental y la China del

Generalísimo Chiang evidencian los límites de concebir la SGM como una cruzada democrática. Por no hablar de que Gran Bretaña no tenía ninguna intención de liberar o democratizar su vasto imperio colonial afroasiático, ni tampoco el de otros países amigos ocupados por Alemania, caso de Francia, Holanda y Bélgica. Sin negar los fuertes tintes ideológicos de la SGM, su correcta comprensión requiere aceptar la existencia de múltiples matices que nos permiten contextualizar debidamente la doble política de *wait and see* *carrot and stick* seguida por Londres y Washington respecto al franquismo.

La flexibilidad ideológica de Washington y Londres, la misma que al fin y al cabo había posibilitado su alianza circunstancial con la Unión Soviética (la misma que no debería sorprender en cualquier estudio sobre relaciones internacionales), resulta fundamental para entender el porqué de la ulterior evolución de sus políticas hacia España, por más desprecio que generase el régimen español. Xabier Hualde nos lo recuerda en *El cerco aliado*. De hecho, una de las primeras tareas a las que se encomienda el autor es a resignificar y redimensionar la política adoptada por Washington, Londres y el París de la IV República respecto a la dictadura española al final de la SGM: “No existió ni mucho menos un cerco internacional”, sino una “libertad vigilada” (p. 18). Por cierto, creemos que ese hubiera sido un mejor título para el libro, ya que la principal aportación de este trabajo no es sino desmontar el mito del “cerco”.

La investigación de Hualde viene a reforzar los argumentos tradicionales que en el mundo anglosajón se han empleado para explicar la decisión de las potencias occidentales de no buscar activamente un cambio de régimen en España. Concretamente, habría sido la relevancia secundaria de la

cuestión española en el mundo y la Europa de posguerra (pp. 393-394), en contraste con los ingentes problemas y retos internos de las democracias liberales y la creciente percepción de una amenaza existencial por parte del comunismo soviético (desolación del continente, guerra civil griega, ascenso comunista en Francia e Italia), la que habría pospuesto y finalmente evitado la asunción de medidas drásticas en esa dirección. Si todavía hay expertos—principalmente españoles— que se escandalizan por ello es, según el autor, por el excesivo ombliguismo hispano-céntrico en la historiografía sobre la cuestión, una de las deficiencias que pretende contribuir a erosionar el autor (p. 20).

La investigación de Xabier Hualde permite la ampliación del relato historiográfico vigente gracias al encomiable esfuerzo documental en archivos de los tres países objeto de estudio, así como la correcta contextualización de la situación doméstica e internacional en la que los países escrutados visualizaron la cuestión española. De hecho, el trabajo está construido como una aproximación en paralelo al proceso interno que en el seno de los ejecutivos norteamericano, británico y francés explicó la transición de sus respectivas políticas hacia España entre 1945 y 1953, que en líneas generales evolucionó desde la condena retórica hasta el acomodamiento político y comercial.

Así, Hualde nos explica cómo la suerte de la cuestión española en la política francesa estuvo directamente relacionada con la evolución de la economía y la política domésticas. La presencia y expulsión del Partido Comunista Francés en los primeros gobiernos de posguerra fueron los que demarcaron la época inicial de beligerancia gala (ayudando a explicar de paso la negativa británica y norteamericana a secundarla). Así mismo, la creciente “derechización”

y militarización de la política exterior de París, al calor de sus conflictos coloniales y la Guerra Fría, fue clave para explicar la eventual aceptación de la España franquista como mal menor y oportunidad comercial, incluso a pesar de los roces en Marruecos. Por su parte, Hualde explica que los británicos siguieron marcando la pauta de la dupla angloamericana en España durante los dos primeros años de posguerra, en los que a pesar de la presencia de un ejecutivo laborista en Londres, nunca se estuvo dispuesto a ir más allá de la “descafeinada” Condena Tripartita de marzo de 1946. Además, la delicada situación económica del Reino Unido, con el racionamiento alimenticio y energético al orden del día, hacían del mercado español una opción demasiado apetecible. De manera muy ilustrativa, el autor demuestra cómo el regusto amargo de los escrúpulos de los líderes británicos y franceses sabía mejor con las frutas y hortalizas españolas, citando por ejemplo a Bidault en el parlamento francés: “*Il n’y a pas d’oranges fascistes, il n’ya pas que des oranges*” (p. 237). En la misma línea, pero más evocadora si cabe del contraste entre retórica, realidad y deseo en París y Londres, el autor relata la toma de posiciones de los dos países europeos frente a la eventual reapertura del mercado militar español, negocio que habían dominado hasta los años treinta y que temían perder a manos de Washington una vez se consumase la rehabilitación española a través de un acuerdo bilateral.

El libro de Hualde documenta que las dudas internas en Washington respecto a la política a seguir en España siguieron dando que hablar durante el trienio 1945-47, lo que explica que Londres mantuviese la iniciativa respecto a España. De hecho, y aunque el autor no lo desarrolla, estas dudas tuvieron su reflejo en la profusión de memorias de los protagonistas de la políti-

ca americana hacia España durante la guerra, que serían determinantes a la hora de fijar el tono y los temas de la historiografía sobre las relaciones bilaterales¹. Fue la imposición definitiva de una mentalidad de Guerra Fría en la visión del mundo en el seno de la administración Truman, consumada en 1947, la que cerró aquel debate e hizo que Estados Unidos tomase las riendas de la política occidental hacia España. Especialmente revelador resulta en ese sentido la narración de los pormenores en la elaboración del informe sobre España por el *Policy Planning Staff* liderado por Kennan (pp. 199-206). A partir de entonces, las diferencias en Washington sobre la política hacia España radicaron solo en el ritmo y dimensión de la aproximación al régimen franquista, escenificadas en el doble pulso entre el ejecutivo y el legislativo por un lado, y entre el Pentágono y el Departamento de Estado por otro.

El «*cercos aliados*» se hubiera visto beneficiado de la incorporación plena al relato de la contraparte española —al modo realizado por ejemplo por Collado—, y que en este caso depende en exceso del trabajo de Angel Viñas, especialmente sobre el *lobby español* en Washington. También hubiera agradecido una mayor ambición metodológica por parte del autor, una necesidad para integrar el papel de la psicología de los principales protagonistas y, en mayor medida si cabe, el peso de las opiniones públicas en cada país. Se echan en falta también, aunque suponemos que estas ausencias son en parte achacables a la editorial, un índice temático, un apéndice “quién es quién” de los responsables en la toma de decisiones sobre España, y un anexo con una cronología de los principales acontecimientos.

¹Véase mi reseña al libro de Joan M. Thomàs, *La batalla del Wólframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1947)*, *Historia del Presente*, 27 (2016), pp. 176-179.

Empero, bien documentado, pulcramente redactado y claramente estructurado (dando por bueno el relato cronológico *estándar*: 1945-47; 1947-50; 1950-53), El «*cercos aliados*» supone una solvente actualización del conocimiento historiográfico sobre aquel proceso diplomático en Estados Unidos, Reino Unido y Francia.

Pablo León Aguinaga
Centro Universitario de la Defensa,
Zaragoza

Timothy Snyder, *Tierra Negra. El Holocausto como historia y advertencia*, Galaxia Gutenberg Barcelona, 2015, pp. 528 / Jürgen Matthäus y Frank Bajohr (eds.), Alfred Rosenberg. *Diarios 1934-1944*, Crítica, Barcelona 2015, pp. 768.

El genocidio judío durante el Tercer Reich, sus orígenes intelectuales, objetivos, puesta en práctica y devastadoras consecuencias aúnan la lectura de estos dos libros traducidos al español, fruto, en sendos casos, de un excelente trabajo de investigación.

Por lo que al primero de ellos se refiere, en los últimos años la relevancia de Timothy Snyder dentro del panorama historiográfico español ha ganado enteros después de se publicasen sus conversaciones con el desaparecido Tony Judt (*Pensar el siglo xx*, Madrid, Taurus, 2012) y, sobre todo, *Tierra de sangre. Europa entre Hitler y Stalin* (Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011), donde reflexionaba, a partir del análisis de numerosas fuentes, sobre las políticas seguidas por ambos dictadores en el camino hacia el exterminio de unos catorce millones de civiles entre 1933 y 1945.

Tierra Negra ahonda en el estudio de la *Shoa*, de los fundamentos y mecanismos utilizados por Hitler para eliminar población durante la conquista de Europa

oriental y los países bálticos. En principio, como es obvio, la idea carece de originalidad si consideramos los escritos de todo tipo que han tratado el tema desde ángulos muy diversos, muchos de ellos más preocupados por vertientes morales o filosóficas, altamente pertinentes, pero con poca labor de campo. Sin embargo, la monografía de Snyder nos ofrece un estudio plenamente histórico a la vez que nos invita a meditar sobre los paralelismos del pasado con el presente. Con profusión de fuentes, con vasto conocimiento de la literatura científica y con la solidez de un autor capaz de leer en más de una docena de lenguas modernas, Snyder inserta la cuestión del antisemitismo en la disquisición general sobre la historia de Europa, sobre una civilización avanzada a la que no fueron ajenos quienes llevaron a cabo el programa genocida. Como queda probado en el libro, el exterminio de millones de personas en el Este no debe relacionarse en exclusividad con dirigentes nazis bien conocidos y con sus brazos ejecutores de las SS. Por el contrario el odio, la ambición, las conveniencias del momento y tantos otros componentes de la condición humana se unieron para provocar en muchas personas *normales* una mezcla letal cuyas consecuencias serían las deportaciones y el asesinato en masa; de ahí que el exterminio fuera una cuestión capital de la historia no solo alemana sino de toda Europa.

El autor bucea en nueva documentación además de reinterpretar otra ya conocida para definir las bases conceptuales a partir de las cuales se justificó la masacre. Al respecto resulta de gran interés el íntimo vínculo entre las teorías racistas y biologicistas con el expansionismo nacionalsocialista, así como la fundamentación presuntamente científica que de todo ello hace Carl Schmitt. El paso de la teoría a la práctica

va a producirse tras el *Anschluss*, cuando las inmensas y poco pobladas tierras de Ucrania, Bielorrusia y Polonia surjan ante los ojos de las autoridades alemanas como un escenario perfecto para aniquilar y repoblar. Los nazis fueron hábiles en revitalizar ese sentimiento antisemita – bien extendido por aquellas regiones, como nos demuestra Snyder – para lograr la aquiescencia de una parte de la población local ante su programa de muerte. Las fuentes archivísticas son al respecto pertinaces: a partir de 1941 muchos de los pueblos conquistados por los alemanes unieron voluntades con los conquistadores en la denuncia y persecución de los judíos.

Si proseguimos el hilo argumental del profesor de Yale nos encontramos con una tesis, también avalada por estudios previos, sobre la que incide hasta proporcionarnos una relectura de ella: la expansión territorial alemana, que tiene su razón en la superioridad racial, busca como meta el retorno al orden natural de las cosas, degenerado mediante la actuación del judaísmo en el mundo. Así, el humanitarismo, la germinación de las ideas débiles (democracia, liberalismo), ajenas a la naturaleza, habían favorecido el triunfo universal de los judíos, causantes de una “crisis ecológica”. A la perversión del orden natural, que había querido eliminar la competencia entre especies – esto es, la pugna entre razas –, cumplía dar una respuesta contundente: la supresión de los judíos permitiría restablecer el orden.

De modo particular, las regiones centrales de Europa ofrecían un campo muy adecuado para iniciar esta restauración. La destrucción de las estructuras del Estado después de las invasiones soviética y alemana había generado una ausencia institucional que facilitaba el programa de exilios forzosos y asesinatos masivos; el caso

de los países bálticos, analizado por Snyder, es paradigmático. La inexistencia de constricciones por parte de la administración y de las autoridades, así como la aquiescencia, cuando no el apoyo explícito, de una parte de la población local hizo de aquellas regiones – y por extensión, de la Europa oriental – el laboratorio idóneo donde la especulación se transformó en práctica brutal.

El Holocausto, por tanto, derivaba de las consecuencias no tanto de establecer un Estado totalitario en el Reich alemán como de generar en los amplios territorios sometidos una enorme confusión institucional, un caos adonde no llegara – por inexistente – la acción de los órganos estatales, para facilitar así el exterminio. Más allá de un antisemitismo rudimentario, estas situaciones sobrevenidas tras las ocupaciones y el sentimiento de rechazo a los judíos tanto latente como explícito facilitarían las muertes. El Holocausto, pues, estaría íntimamente relacionado con el proceso de ocupación de las tierras negras de Ucrania y los países adyacentes con el fin de repoblar la región con los elegidos de la raza.

Las conclusiones finales de la obra de Snyder rebasan el análisis histórico para acercarnos al presente; de ahí la advertencia del subtítulo. En un mundo sacudido por el cambio climático y con problemas cada vez más evidentes para obtener recursos energéticos, el porvenir puede ser manipulado por demagogos a la búsqueda de un poder que señale fácilmente cuáles son los enemigos que hay que combatir.

Si las tesis antisemitas habían sido difundidas y llevadas a la práctica en el este de Europa, indudablemente, uno de sus máximos defensores había sido Alfred Rosenberg. Su figura ha quedado un tanto marginada en el extenso campo de estudio

sobre las personalidades más destacadas del Tercer Reich. La escasa atención a este colaborador de Hitler nacido en Tallin – la capital de Estonia – contrasta con la importancia tanto de sus ideas como de la alta responsabilidad que asumió como ministro para los Territorios Ocupados del Este, aunque en la bibliografía española contamos con una extraordinaria semblanza biográfica de la mano del profesor Ferran Gallego (*Todos los hombres del Führer*, Barcelona, Debate, 2006). La amplia y cuidada introducción a sus *Diarios* corre a cargo de Jürgen Matthäus y Frank Bajohr, los cuales, con excelente conocimiento de fuentes y bibliografía, nos acercan al político nazi. Rosenberg fue un militante de primera hora del Partido, hombre de confianza de Hitler hasta el punto de ser designado por él para reemplazarle mientras penaba en la cárcel después del *Putsch* de Múnich. Una confianza tal desde los mismos inicios del movimiento nacionalsocialista mostraba la indudable afinidad ideológica, que se fortalecería durante los años posteriores y continuaría después de que el NSDAP asumiera el poder, tal como se desprende de su nombramiento de ministro en julio de 1941.

En cambio, como decíamos, Rosenberg suele aparecer en la tramoya nacionalsocialista como un secundario destinado a desempeñar reiteradamente el papel de autor de *El mito del siglo xx*. Identificado con un racismo visceral y primario, más preocupado por la retórica de las grandezas míticas del pasado y despreciado por muchos de los prebostes del Régimen, su participación en el exterminio fue relevante. Desde hacía tiempo se conocía la existencia de estos escritos suyos gracias a las informaciones parciales que sobre ellos hizo Robert Kempner (un funcionario prusiano destituido durante la época nacionalsocialista y

que sería uno de los representantes de la acusación durante los juicios de Núremberg), pero no fue sino a finales de 2013 cuando los originales quedaron depositados en el museo Memorial del Holocausto de Estados Unidos. Por desgracia para los investigadores, aunque de gran riqueza de contenido, el texto que ha llegado hasta nuestros días no abarca la totalidad del periodo cronológico definido en el título, ya que, sin duda debido a los avatares de la guerra, faltan las entradas de muchos meses de los años 1941, 1942 y 1943. Con todo, la publicación de lo que ha sobrevivido y su traducción a varias lenguas ha logrado reavivar el interés por este dirigente nazi que, como bien explican los editores, tuvo una notable importancia en la evolución del Partido y del Régimen que había contribuido a crear.

Sin las cortapisas derivadas de todo manuscrito destinado a salir a la luz, Rosenberg analiza para sí acontecimientos decisivos en la Historia. En sus observaciones sobre Gregor Strasser – no elogiosas pero sí deferentes – no tiene reparos en reconocerle sus méritos como organizador y estratega, aun cuando le critica su posición en la crisis de 1934 que iba a conducirle a su final. Jugosas son, también, sus apreciaciones sobre las controversias en torno a asuntos como la definición del Partido, la táctica de este a corto plazo o el modo de alcanzar determinados objetivos en los dos primeros años del Régimen, pues todas ellas arrinconan aquella versión unívoca del totalitarismo nazi que se desprende de una historiografía ya superada. De igual forma, y para comprender rasgos de la personalidad de la poliarquía del Reich, conviene seguir, a lo largo de las páginas, los juicios de valor que emite sobre Goebbels y Himmler, sobre la escasa talla intelectual de muchos de los que ocupaban

altos puestos en la administración, sobre la inercia exasperante de muchos cuadros del Partido, o el desprecio que le inspira Von Ribbentrop por su conservadurismo tanto en el pensamiento como en la forma de actuar. Por otra parte, tampoco dejó de observar en Europa a los grupos afines al nazismo; por lo que a España se refiere, en sus interesantes reflexiones sobre Falange parece valorarla en los planteamientos teóricos, siempre que sea capaz de lograr un auténtico distanciamiento de un catolicismo de Estado.

Nada mejor puede hacerse que leer los apuntes de Rosenberg para comprobar cómo su autor, más que un programa coyuntural, ofrecía al Partido una forma de entender el mundo presente a través de un vínculo – a veces difuso, pero siempre permanente – con un pasado mítico de la raza aria; un vínculo que había que revitalizar. En esa trama cobraba sentido el nacionalsocialismo como movimiento en cuyo seno residía el espíritu germánico, depositario de la grandeza pasada y de la del porvenir. De este modo, el engranaje teórico desarrollado por Rosenberg no servía para ganar a las masas, pero sí para edificar el nuevo Estado sobre un fundamento racial.

Como ministro, Rosenberg trató de atraerse a grupos sociales y étnicos antisemitas y anticomunistas, en un intento de fomentar el rechazo al Otro y convertir aquellos territorios en una suerte de cinturón defensivo frente a Rusia. Al igual que en el libro de Snyder, Ucrania destaca en los diarios, en este caso, como modelo para extender ese odio entre comunidades étnicas diferentes, favoreciendo a unas en detrimento de otras. Algunas de sus propuestas operativas, sobre todo aquellas que hacían referencia a la posibilidad de establecer alianzas o de dar un trato más cuidadoso a determinadas minorías eslavas, no

ocultaban el fin instrumental de la Europa del Este en el proyecto nazi ni su apuesta por la Solución Final en pro de una homogeneidad racial.

El nombramiento como ministro de los Territorios Ocupados del Este en el verano de 1941 le dio a Rosenberg ocasión de ensayar algunas de sus ideas. El objetivo era consumir el magno proyecto de alcanzar una comunidad nacional que no estuviera contaminada por siglos de moralismo anacrónico, humanitarismo decadente e ideas débiles, empapados, todos ellos, por el judaísmo; un empeño descomunal y, por tanto, solo realizable a largo plazo. Las regiones orientales de Europa fueron vistas como ese horizonte necesario para obtener recursos que en un futuro suministrarán bienes y servicios a la Gran Alemania; un espacio sometido y repoblado por alemanes cuya base económica contribuyera al enriquecimiento de la comunidad racial.

Por supuesto, en un tema profusamente abordado desde múltiples perspectivas, los *Diarios* no alteran el conocimiento sustancial del periodo, pero sí facilitan la comprensión de lo que pasaba por la mente de un alto mandatario nazi, de su percepción de la realidad, de sus cuitas y de su vida cotidiana. Precisamente Snyder, en una entrevista de hace un tiempo, aludiendo al enorme volumen de documentales televisivos, publicaciones divulgativas y reportajes fotográficos que siguen alimentando la producción de obras sobre el genocidio judío, mostraba su preocupación por que “la historia del Holocausto, aun cuando se le ha reconocido, cada vez más, su importancia, haya perdido un poco de su nitidez”. Probablemente, el autor de *Tierra Negra* ponía sobre la mesa un hecho constatable: todo ese tipo de material servía para mantener el recuerdo de aquella tragedia colectiva, pero no para mejorar el conocimiento

de los procesos que la desencadenaron, algo que, sin duda alguna, sí consiguen tanto su obra como el trabajo de los editores de Rosenberg.

Ricardo Martín de la Guardia
Universidad de Valladolid

Mercedes Yusta e Ignacio Peiró (Coords.), *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas. Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2015, pp. 217.

“Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas” es un trabajo coordinado por Mercedes Yusta e Ignacio Peiró, que recoge nueve artículos, cuyo denominador común es el análisis de actuaciones, individuales y colectivas, de las mujeres a lo largo de un amplio periodo histórico, que abarca desde el siglo XVI al siglo XX. La obra, que lleva por subtítulo “Resistencias femeninas en la España Moderna y Contemporánea”, está editada por la Institución *Fernando el Católico*, organismo autónomo de la Diputación de Zaragoza.

Estructurada en dos partes, en la primera, bajo el título “Mujeres heterodoxas en el tránsito a la Modernidad”, se agrupan cuatro artículos: “Resistencias femeninas a través de la religiosidad popular. Una mirada desde el siglo XVI”, de Françoise Crémoux; “Una visionaria en las Cortes de Cádiz. Género y profecía en la crisis del Antiguo Régimen”, de Francisco Javier Ramón Solans; “Españolas en la guerra de 1808: heroínas recordadas”, de María Cruz Romeo Mateo, y “Preparando el camino de la emancipación. Voces críticas y acción colectiva femenina en el XIX”, de Gloria Espigado Tocino. En ellos se repasan diferentes tipos de resistencias, individuales y colectivas, en contextos tales como las pe-

regiraciones populares al monasterio de Guadalupe, en el siglo XVI y, en el XIX, el Cádiz liberal, la guerra contra los franceses o la contestación de grupos de mujeres – escritoras, pedagogas, intelectuales– al modelo ilustrado del “ángel del hogar”, desde diversos frentes y por diversos medios.

La segunda parte, titulada “El siglo XX: Mujeres en lucha”, contiene cinco artículos: “Las mujeres que actúan son peligrosas ciudadanas en la España contemporánea”, de Danièle Bussy; “La movilización de las zaragozanas a través de redes asociativas, reivindicativas y huelguísticas durante la II República”, de Régine Illion; “Dignidad, supervivencia y luto. Agencias y resistencias de mujeres aragonesas de guerra y posguerra”, de Irene Murillo Aced; “Con armas frente a Franco. Mujeres guerrilleras en la España de posguerra”, de Mercedes Yusta Rodrigo, y, finalmente, “Tejiendo las redes de la democracia. Resistencias cotidianas de las mujeres durante la dictadura franquista”, de Claudia Cabrero Blanco. En el conjunto de estos artículos se exploran y analizan las resistencias femeninas, en la España del siglo XX, desde la II República hasta la Transición, pasando por la Guerra Civil y la dictadura franquista.

Las autoras y los autores de los artículos, así como los coordinadores del trabajo colectivo, son personas con una amplia contribución a la construcción de la historia de las mujeres y suelen nombrar su marco conceptual con la expresión “estudios de género”. Por ello, creo pertinente, siquiera sea brevemente, hacer una reflexión sobre esta cuestión, en bien del debate y más allá de nominalismos.

Tanto en el contexto académico, como en el político y social, es evidente que llamar “estudios de género” a los trabajos que tienen a las mujeres como protagonistas ha hecho fortuna. Sin embargo, estos estudios

están, algunos más lejos que otros, de ser estudios feministas. Porque la perspectiva de género y la feminista no son sinónimas, ni en la teoría ni en la práctica intelectual y política. La apropiación del concepto de género que hacen las instituciones, tomándolo del campo del feminismo, aun pretendiendo visibilizar a las mujeres, no obstante despoja la noción de igualdad, y, más grave, también la de desigualdad entre los sexos, de su origen político, en términos de relación de poder, a la vez que renuncia a explicar la situación de desigualdad. Porque el género, si bien es una categoría de análisis necesaria para leer la realidad social, por sí sola no nos proporciona una explicación de esa realidad.

Los estudios feministas intentan analizar las diferencias entre hombres y mujeres, y entre las propias mujeres, como consecuencia de las relaciones de poder intragenéricas e intergenéricas y explicar cómo estas estructuran lo social. Pero están dotados de un potencial emancipador y transformador, sin el que cualquier estudio se convierte en un mero juego intelectual.

No se trata, por tanto, de elaborar estudios, constructos intelectuales, más o menos interesantes, más o menos brillantes o imaginativos, que circulen en el ámbito académico, sino de intentar construir instrumentos de análisis, que propicien la reflexión sobre nuestro tiempo presente de mujeres. Eso es, pienso, un compromiso de feminismo militante inexcusable. Y creo cada vez más necesario rescatar el nombre de “estudios feministas” para aquellos que aspiren a serlo. Aunque le moleste a las instituciones. O precisamente por ello.

Tal y como expresan los coordinadores, la finalidad de este trabajo no es, no puede serlo, repasar exhaustivamente las resistencias, individuales y colectivas, de las mujeres, en distintos contextos históricos, sino ex-

poner ante los y las lectoras una serie representativa de actuaciones protagonizadas por las mujeres, que ponen de manifiesto tanto su persistencia a lo largo de la historia como una cierta relación genealógica con la actualidad. Y más concretamente, como declara Yusta en el capítulo introductorio –“Género, poder y resistencias en España”–, en toda época y en todos los lugares “las mujeres han desarrollado estrategias para enfrentarse a, vencer, subvertir o convivir con las diferentes formas de opresión a las que son sometidas”.

Esta afirmación, que es cierta en toda su dimensión, no obstante, no deja de sorprender que siga siendo necesario, al parecer, hacerla una y otra vez, a estas alturas de nuestra historia. Y para visibilizar, en primer lugar, estas resistencias, para rescatarlas de la veladura de la mirada patriarcal, pero también para reconceptualizarlas, es para lo que son necesarios los estudios feministas. También para establecer la genealogía de esas resistencias, de modo que a las mujeres de aquí y ahora se les hagan visibles luchas y acciones de quienes nos precedieron. Y, sobre todo, porque cuando la historia pasada, que nunca lo es en pretérito perfecto ni en tercera persona, se conecta genealógicamente con el presente, ofrece un conocimiento muy relevante y propicia la convicción de que nosotras, aquí y ahora, no estamos construyendo en un campo yermo, sino en un presente abonado por las mujeres que nos han precedido.

Especialmente relevante resulta, en este sentido de establecer la genealogía, el artículo de Gloria Espigado – “Preparando el camino de la emancipación: voces críticas y acción colectiva femenina en el XIX”–, que cierra la primera parte del libro. El artículo de Espigado contiene un análisis amplio de las particularidades que tuvo la construcción ilustrada de “el ángel del ho-

gar”, un modelo de mujer ligado a la construcción política del estado-nación liberal. Este discurso, que dictamina la expulsión de las mujeres de la vida pública, pero también de la noción de ciudadanía, tendrá su contestación por parte de algunas mujeres, tanto en sentido individual como colectivo. De hecho, esta relegación social será identificada como un problema por algunas de ellas y usada para buscar fórmulas de confrontación que las conectaran entre sí y con otras luchas sociales. Pero desde luego, y sobre todo, a donde las llevó su resistencia fue a transgredir la normatividad de lo doméstico.

Además del establecimiento de la genealogía, otra aportación de esta obra al conocimiento feminista es la profundización en el concepto del sujeto mujer resistente. Precisamente porque, en los últimos años, han aparecido muchas obras, sin duda necesarias, que han trabajado más desde la óptica del sujeto mujer víctima, es pertinente el trabajo sobre las identidades femeninas resistentes. De hecho, se plantea como otro de los objetivos expresos de esta obra “una reflexión colectiva sobre diferentes formas de resistencia”. Y no en vano, Yusta cita en la introducción las palabras de Foucault, en el sentido de que no hay relaciones de poder sin resistencia. Es decir, en cierto modo, las resistencias son inherentes a las relaciones de poder, pero que hasta muy recientemente no se haya explorado, en el sentido intelectual e histórico, el concepto de resistencia aplicado a las mujeres, tiene que ver con el hecho de no considerarlas agentes de su propia historia, sino elementos pasivos y subalternos.

Considerada la obra de manera global, prácticamente todas las acciones protagonizadas por mujeres de las que se da cuenta en los diferentes trabajos, de forma individual o colectiva, de forma conscien-

te o inconsciente, de forma planificada o espontánea, constituyen actos de resistencia. Las peregrinas de Guadalupe resisten y contestan la autoridad marital para emprender su peregrinación. Sor Rosa María de Jesús, se enfrenta, armada de sus visiones, a los diputados liberales de las Cortes de Cádiz, expresando en el territorio de lo público sus creencias contrarrevolucionarias y su interpretación de la política. Las mujeres enroladas en la lucha contra Napoleón, resisten, al ejército invasor, además de con las mismas armas que los hombres, también con “armas de mujer”, como propagandistas y “madres sociales”. Algunas escritoras e intelectuales, durante el reinado de Isabel II y el breve periodo republicano de la fallida I República, resisten al modelo hegemónico del “ángel del hogar”, tratando de construir y representar ellas mismas un modelo alternativo.

Ya en el siglo XX, tomando como referencia concreta en este caso, las actuaciones de las zaragozanas, las mujeres crearon redes asociativas, hicieron huelgas, construyeron reivindicaciones, en un claro ejemplo de participación ciudadana en igualdad, aprovechando el contexto favorable de la II República. Del mismo modo, tanto en la guerra como en la posguerra, las mujeres ejercieron una resistencia activa, primero contra los fascistas sublevados y después, o en paralelo, a las distintas formas de represión de las que fueron objeto. Así, crearon redes informales de apoyo y supervivencia, para las y los vencidos y sus familias, pero también empuñaron las armas, en el seno de la guerrilla, o prestaron apoyo logístico a la misma, para colaborar en la resistencia armada contra el franquismo. Y pagaron un alto coste por todo ello.

Del mismo modo, en la Transición, nada modélica, alzaron sus voces diversas los distintos colectivos para participar en la cons-

trucción de la democracia y en la configuración de la Constitución de 1978, aunque las fuerzas políticas entonces en liza prefirieran dejar fuera del texto constitucional aquello que pudiera molestar a quienes no debían ser molestados, muy en especial, a la Iglesia católica y a su todopoderosa jerarquía. Ello se tradujo en que el reconocimiento de algunos derechos, que afectaban particularmente a las mujeres, se fió a desarrollos normativos posteriores, con consecuencias palpables en la actualidad. Me refiero, por ejemplo, a los problemas con las sucesivas leyes sobre el aborto, que se vienen usando como campo de confrontación política partidista y partidaria, sin que, por el momento, se haya abordado la cuestión desde la perspectiva de reclamar y reconocer la soberanía de las mujeres sobre su propio cuerpo. Es decir, se elude reconocer dicha soberanía, y hablar sobre ella, aludiendo a la “salud sexual y reproductiva”, en un ejercicio de falseamiento del debate y de hurto y negación de la agencia política de las mujeres.

Por tanto, las dos principales aportaciones de este trabajo colectivo tienen que ver con la divulgación de la genealogía feminista y con la configuración de la identidad femenina resistente. Y, en relación a esto último, creo necesario plantear la pregunta de si toda resistencia puede interpretarse como una forma de heterodoxia. El término *heterodoxas* se utiliza por los coordinadores para adjetivar la primera parte del libro - “Mujeres heterodoxas en el tránsito a la modernidad”-. Aunque no se aclara en qué sentido se consideran heterodoxas las actuaciones referidas, ni en relación a que, parece que Yusta y Peiró aplican el concepto de heterodoxia en sentido amplio, entendiendo, en parte no sin razón, que en muchos comportamientos femeninos hay cierta dosis de heterodoxia, en tanto en

cuanto contradicen o desafían la ortodoxia patriarcal.

Pero, como es obvio, no todos los comportamientos y actuaciones protagonizadas por las mujeres pueden considerarse heterodoxos. Y, en concreto, encuentro dificultades para considerar heterodoxas las actuaciones que recogen los tres primeros artículos de esta primera parte de la obra.

Las peregrinas de Guadalupe, aparte de enfrentar, como dije más arriba, la autoridad del marido, con su actuación no parecen desafiar el rol reservado a las mujeres en la religiosidad popular. Se subrayan las diferencias entre hombres y mujeres en cuanto a las prácticas devocionales, en cuanto a los objetivos de esas prácticas y se señala cómo la voz de esas mujeres era usurpada por la voz, masculina y probablemente normalizadora, de un fraile. Pero no hay heterodoxia en cuanto al pensamiento religioso en sí: las mujeres acudían al monasterio en demanda de ayuda para cuidar de la familia. O sea, lo que correspondía hacer a las mujeres, eminentemente madres y cuidadoras.

Otro tanto ocurre con la figura de sor Rosa María de Jesús, a la que analiza Ramón Solans en su artículo. Una figura que puede considerarse resistente, sí, a la corriente liberal, representada por las Cortes de Cádiz, pero en absoluto heterodoxa, sino más bien una defensora de la ortodoxia conservadora y contrarrevolucionaria del absolutismo.

En cuanto a las “Españolas en la guerra de 1808”, Romeo Mateo, su autora, indica que estas mujeres “participaron activamente en la construcción de la nación española”. Y añade: “... las guerras contra Napoleón aceleraron el discurso sobre las diferencias ‘naturales’ entre hombres y mujeres...”. Estas actuaciones, si bien muestran un deseo de participar en la vida pública

– proclamas contra Napoleón, intervenciones en episodios bélicos desde la retaguardia–, se concretaron en la defensa de la patria, el rey y la religión. Por tanto, esta intervención puede considerarse resistente, pero poco heterodoxa. De hecho, Mateo afirma que las intervenciones de mujeres en favor de la causa liberal – la heterodoxia frente a la ortodoxia absolutista–, a juzgar por la documentación existente, fue muy escasa.

En cambio, sí pienso que pueden considerarse heterodoxas las actuaciones resistentes recogidas en el artículo de Espigado. Las “voces críticas” a las que alude la autora explicitan el pensamiento de mujeres que desafiaban no solo el discurso patriarcal, sino el discurso ilustrado de la complementariedad roussoniana, rechazando con ello el papel de *soffas* que se les reservaba, papel que debían aceptar de forma gustosa, como contribución al bien común y para el pleno desarrollo de los “emilios”, los auténticos y exclusivos protagonistas de “El contrato social”. De ahí la heterodoxia de su discurso y sus actuaciones.

Por tanto, no todas las actuaciones resistentes pueden calificarse, al menos en principio, de heterodoxas, aunque ello nos invite a reflexionar sobre otra cuestión no menor: las mujeres, como los hombres, no estamos estructuradas solo por el género, sino también por la clase, la etnia o la cultura a la que pertenecemos. Y ello incide en la necesidad y conveniencia de hablar y pensar-nos en plural y no en singular. Un plural diverso y complejo de sujetos históricos.

En definitiva, lo verdaderamente heterodoxo, en la obra analizada, considerada en su conjunto, es la mirada feminista. Ella es la que da relevancia a las vidas anónimas de las mujeres, la que recoge y analiza las actuaciones individuales y colectivas en su

complejidad, la que posibilita el uso de documentación histórica, muchas veces considerada irrelevante por los estudios androcéntricos, contaminada de la subalternidad de sus protagonistas, y la que permite un trabajo colaborativo, como el de este libro, que nos conecta con las experiencias individuales y colectivas de las mujeres que nos precedieron en la disidencia.

Pura Sánchez
Investigadora y escritora

Verónica Sierra Blas, *Cartas presas. La correspondencia carcelaria en la Guerra Civil y el Franquismo*, Marcial Pons, Madrid, 2016, pp. 361.

Mucho está cambiando el panorama de los estudios históricos sobre la Guerra Civil y el franquismo. Constantemente surgen trabajos que añaden nuevas miradas, con nuevas catas en la documentación conservada –pese a que la política institucional para con los archivos públicos continúa presidida por la mayor desidia, una realidad, ésta sí, impermeable al cambio– y nuevas interpretaciones. Casi pareciera como si tras la eclosión a principios de este siglo de estudios diversos sobre la temática, consecuencia necesaria y deseable de situaciones anteriores, el nuevo paisaje historiográfico se estuviera ampliando y enriqueciendo mediante una complejidad liberada ya de sesgos ideológicos o partidarios más o menos sutiles, de planteamientos excesivamente simplistas. O de connotaciones abiertamente vindicativas –en la acepción latina de “reclamación”, más que de “venganza”– que, aunque necesarias, han venido pesando quizá excesivamente, si no so-

bre los métodos o los resultados, sí sobre los temas de estudio elegidos.

¿Otro libro sobre la guerra civil y el franquismo? ¿No se ha estudiado ya todo, o prácticamente todo, sobre estos temas? Algunos así parecen afirmarlo. Recientemente nos recordaba, sin embargo, José Luis Ledesma que la pregunta era absurda, por la impertinencia de la premisa: la de que una generación determinada de historiadores haya podido agotar el tema. Decía Ledesma que cada nueva generación de historiadores produce su propio proyecto interpretativo propio y distinto, necesariamente construido a partir de los anteriores. Cada generación aporta una nueva mirada que “ve cosas” que no se habían visto antes, como la que propone Verónica Sierra en su libro *Cartas Presas*: para el caso, una historia social de la cultura escrita de raíz popular de los presos y presas (y sus familias) de la guerra civil y de la dictadura.

Es en este marco de estudios particular donde se inserta *Cartas presas*: al lado de los nuevos trabajos de historia social y cultural sobre “violencia política”, “control social” o “resistencias” a la dictadura; de los estudios de todo tipo sobre las políticas del franquismo –proganda, adoctrinamiento, cárceles y campos, trabajo forzado, patrimonio simbólico y memorial, política reconstructiva–; o de los trabajos de enfoque feminista sobre identidades de género y culturas políticas durante la República y la dictadura, para no hablar de los estudios culturales sobre la literatura carcelaria antifranquista o las aportaciones de la arqueología fruto de las campañas de la última década (véase al respecto la excelente síntesis de González Ruibal, 2016). Y todo ello aderezado con el recurso a las fuentes orales y a fuentes escritas hasta ahora cerradas o poco trabajadas, o incluso tradicionalmente ninguneadas en este país, como la

correspondencia carcelaria precariamente conservada de este periodo, en la que de manera fundamental se apoya este libro.

Cartas Presas viene a ser la culminación de los estudios sobre Historia Social de la Cultura Escrita que Verónica Sierra ha venido emprendiendo desde hace más de una década, con especial atención a la producción epistolar. La autora se inserta en la tradición ya asentada de esta disciplina en España –tan deudora de autores franceses e italianos, como Chartier y Petrucci– y muy concretamente en la universidad a la que pertenece, la de Alcalá de Henares, con la creación del grupo LEA (Lectura, Escritura y Alfabetización)–SIECE (Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre la Cultura Escrita), gracias al decisivo impulso de Antonio Castillo Gómez, su actual presidente. De la riqueza metodológica de esta tradición da buena cuenta la variedad de disciplinas implicadas: la Antropología, la Literatura, la Lingüística, la Sociología o la Historia de la Educación, entre otras.

Una historia “desde abajo y desde dentro” (p. 19) del fenómeno represivo español durante la guerra y la dictadura, mediante el estudio de los usos y funciones de la escritura en reclusión: esa es la nueva mirada que aporta la autora a la batería de trabajos existentes sobre el tema, a partir del análisis de los documentos epistolares producidos por los propios presos y presas durante y después de su cautiverio. Unos documentos que, al mismo tiempo, constituyen fuentes cuya importancia se halla en proporción inversa al desprecio –oficial– que tradicionalmente han sufrido y siguen sufriendo como documentos de archivo. Una de aquellas “cosas” que antes no se veían –en el campo de los estudios concretos sobre la represión franquista, que no en otros– y que solo ahora resultan visibles, y

relevantes, gracias en buena medida al presente trabajo.

El libro se estructura en cuatro capítulos, tras una introducción dedicada a asentar las premisas metodológicas y justificar el ámbito de estudio: aquellas “huellas de la gente común”, tenidas durante demasiado tiempo como “algo anecdótico, tangencial o incluso exótico en el ámbito académico” (p. 20): para el caso, las escrituras personales –que no producciones literarias, tan ricas en las cárceles de todo tiempo y lugar– generadas en prisión durante el periodo de la guerra civil y parte de la época franquista. El objetivo es ambicioso, pero la cata documental que realiza la autora es extensa: unas 1.500 cartas y numerosos documentos oficiales y personales procedentes de una gran variedad de fondos: desde las misivas de 1936–1937 interceptadas por las autoridades de diferentes prisiones –las del penal de El Dueso, depositadas en el CMDH– hasta las conservadas en la Causa General, también de tiempo de guerra, pasando por las contenidas en los expedientes de guerra depositados en el Archivo Militar de Guadalajara. No debe escaparse la gran cantidad de archivos consultados, aparte los mencionados: de alcance local y municipal muchos de ellos, pero, sobre todo, los jóvenes archivos de escrituras populares y las numerosas colecciones particulares.

Es de ese modo que la cata realizada por la autora, lejos de agotarse en los conjuntos epistolares extraídos de los archivos públicos, se adentra –y este es uno de los mayores méritos del estudio, por la complejidad de la labor– en los numerosos archivos personales, a través de la consulta de colecciones epistolares particulares, rastreando al mismo tiempo toda clase de cartas recogidas en diarios publicados o no, en autobiografías y en memorias carcelarias. La autora aprovecha para recordarnos, por cierto, el

origen –y el destino– opuesto de unas y de otras misivas: las depositadas en los archivos públicos oficiales y aquellas otras conservadas en los privados, en muchos casos reproducidas en obras de vocación testimonial, de memorialismo militante. Las primeras se conservaron –no siempre– precisamente porque fueron interceptadas y no llegaron nunca a su destino, mientras que las segundas sí que lo consiguieron. Aunque el problema de estas últimas ha sido otro: el de trascender el ámbito privado para pasar al público, en algunas ocasiones mediante su publicación en lo que la autora, con gran acierto, ha denominado “libros-archivo”, promovidos muchos de ellos de manera militante por colectivos ciudadanos ya en democracia,.

Se ocupa el primer capítulo –“Escrito en prisión”– de bosquejar el complejo panorama de las escrituras personales del medio carcelario, que abarcan modalidades tan diversas como los diarios o memorias de cárcel, los avales y las denuncias, las cartas de súplica, los periódicos y boletines clandestinos manuscritos o los grafitos, terreno este último abordado también desde la arqueología, como parte de esa reciente hornada de estudios a los que me refería más arriba. No es ociosa la reflexión que hace aquí la autora sobre la escasez de escritos personales conservados en archivos públicos, tal que los carcelarios, en comparación con la documentación oficial (también, por cierto, precariamente conservada o incluso desaparecida). Los escritos personales, cuando se han conservado en archivos oficiales, lo han sido siempre en función de su utilidad para fines represivos, como en el caso de aquellas cartas escritas por presos a sus familias que jamás llegaron a su destino por haber sido interceptadas y utilizadas a veces en su contra. De ahí precisamente la importancia otorgada a los archivos y co-

lecciones privadas, verdaderos depositarios de esa “cotidianidad” vivida por los presos y presas de la que la documentación oficial generada por la cárcel –la “máquina grafómana”, siguiendo a Artières– nos da cuenta escasa, falsa o incluso nula.

Escritura del poder –la “máquina grafómana” de la institución carcelaria– y escritura contra el poder en forma de diarios, memorias y boletines clandestinos como forma de supervivencia individual y colectiva, de escape al orden impuesto: ese es el paisaje gráfico general explorado por la autora, en la que los ejemplos mixtos o mestizos son múltiples, como aquellas “memorias impuestas”, habituales en los campos de clasificación y concentración y en los batallones disciplinarios de soldados trabajadores durante la guerra y la posguerra –que no en las cárceles– donde los prisioneros se veían obligados a redactar curiosas “autobiografías”, un fondo documental poco explorado y de grandes posibilidades, uno de los muchos apuntados por la autora.

La escritura estrictamente epistolar concentra los tres capítulos siguientes y centrales del libro, en sus diversas modalidades, analizando siempre las condiciones de producción, envío y recepción, mediatizadas por censuras y normativas, burladas o no: la red de relaciones, en suma, que unía a emisores y receptores en verdaderas comunidades lecto-escritoras que trascendían los muros de la cárcel, del campo de concentración o del batallón de trabajo forzado. La autora utiliza con gran aprovechamiento sus conocimientos sobre su campo especializado de estudio, la Historia social de la Cultura Escrita: los manuales epistolares y su huella en las cartas conservadas; las “escrituras populares” tan contagiadas por la cultura oral; o los propios conceptos de “comunidad epistolar”, “comunidad de

escribientes” o “microcosmos gráfico” (Pe-trucci).

La aplicación al ámbito de la prisión de este último concepto, entendido como “lugar privilegiado de producción, uso y conservación de la escritura”, queda perfectamente justificada y abre un nuevo horizonte interpretativo en los estudios carcelarios. Concretamente en el segundo capítulo –“¿Cartas cautivas?”– se aplican asimismo conceptos ya clásicos de la historia epistolar como los de “delegación gráfica” o “escritores vicarios” –aquellos individuos que de manera oficial o informal redactaban por encargo cartas dictadas por otros que carecían de las condiciones para hacerlo– cuyo abordaje en el libro, debido precisamente a su gran riqueza de posibilidades, nos sabe a poco. Darían seguro para una monografía específica que me permito sugerir aquí, si pensamos en la tradición solidaria de tantos presos y presas políticas de redactar cartas para sus compañeros iletrados de prisión –generalmente presos comunes– durante la época que nos ocupa, o en casos históricos muy concretos pero que generaron una gran actividad gráfica de esta clase en manos femeninas, como la llamada “oficina de penadas” creada en la cárcel de Ventas (1939–1940) gracias al impulso de la dirigente comunista Matilde Landa Vaz (Ginard).

Precisamente la aplicación del concepto de “comunidad epistolar” al análisis de numerosos casos mueve a la autora a sugerir la hipótesis más que plausible de que las cartas de la cárcel fueran “leídas de forma colectiva tanto en los domicilios particulares como en los patios y celdas de las prisiones” (p. 151), al igual que ocurría con los boletines manuscritos elaborados de manera clandestina por las organizaciones políticas en el interior de la prisión. Desde un punto de vista no ya histórico,

sino sociológico o antropológico, ese enfoque presidido por lo “colectivo” (familias, comunidades, redes) recuerda asimismo aquella tradición reflexiva que ha venido priorizando el concepto de “memoria colectiva” –siguiendo la línea de pensamiento de un Halbwachs– al de “memoria individual”, tan defendido en el reciente debate sobre el tan traído y llevado concepto de “memoria histórica” (Juliá, Moradiellos). Hablamos aquí de comunidades epistolares que han construido precisamente una memoria colectiva a través del tiempo, en la que se mezclan, fusionan y acaban por diluirse esas presuntas memorias “individuales” que, en la práctica, solo tienen existencia en un análisis asépticamente descontextualizado.

El tercer capítulo –“Suplicar o morir”– está dedicado a una tipología de cartas a caballo entre lo público y lo privado: las cartas de súplica a las autoridades por parte de los presos y sus familias en demanda de todo tipo de favores o reconocimiento de derechos. Su análisis se inserta en una larga tradición de estudios, la de las *lettere ai potenti*, aplicados a casos de todo tiempo y lugar, con las connotaciones clásicas de una “escritura habitualmente empleada por la gente sin historia para hacer sentir su propia voz” (Gibelli, p. 164), con mayor motivo al tratarse del estudio específico de la población carcelaria de la guerra civil y el franquismo. La autora defiende el carácter mestizo de esta modalidad de cartas, a caballo entre la “retórica de la sumisión” –evidenciada en las fórmulas y reglamentaciones formales de esta clase de escritura– y su funcionalidad como medio –a veces único– de expresión por parte del preso –o familiar de preso– peticionario. El asunto poco estudiado de los delegados gráficos, profesionales –secretarios de prisiones o juzgados– o no –compañeros de cautive-

rio- asoma también en esta modalidad de escritura, junto con campos de estudio igualmente vírgenes como la participación femenina en la misma -escritura, envío, mediación, recepción- de gran importancia a juzgar por los resultados de algunas catas documentales.

Como intercesoras de esta clase de cartas, la autora sí que se ocupa de subrayar un “mayor protagonismo” de las mujeres en esta actividad -esposas o familiares de los presos o prisioneros- que necesariamente había de convivir con las cargas de trabajo en el hogar y la familia -en las difíciles condiciones de la posguerra- o con la asunción de nuevas responsabilidades laborales tras la desaparición de sus hombres. Ilustrándolo con evidencias documentales, se resalta así que...

“Las mujeres de las familias de los presos y presas gestionaron en todo momento sus necesidades y lucharon sin descanso, fundamentalmente por medio de la escritura, para detener ejecuciones inminentes, pedir la reducción de las penas, conseguir abogados defensores competentes, (...) y solucionar determinados problemas o preocupaciones que los presos y presas pudieran tener o lograr algún trato de favor” (p. 196).

Una importante actividad femenina que engarza con otros trabajos -como los de las “mujeres de preso”, de Irene Abad- pero que sigue reclamando a gritos, insistimos, investigaciones que se ocupen de todo ese mundo de “cartas de súplica” escritas por mujeres, en el marco de la labor asistencial femenina de atención a presos y presas, plasmada en la escritura de misivas de toda clase, en las visitas, en la ayuda material y moral de todo tipo, incluida la actividad y propaganda política. Una labor que, lejos de terminar con la ejecución del familiar varón, se prolongaba aún más allá en aquellas cartas enviadas para reclamar sus documentos y objetos, o indagar en las

causas de su muerte y el lugar de ejecución, con vistas a lograr la recuperación de sus cuerpos (p. 203). Ojalá el estado (malo) de conservación de esta clase de fondos -esas cartas anejas a los expedientes, tan expuestas al desdén y a la desidia oficial- pueda permitirlo.

El cuarto capítulo -“En capilla”- es sin duda el más estremecedor: el de las “escrituras últimas” (Petrucci) de los condenados o condenadas a muerte de la guerra civil y el franquismo. Una vez más la autora relaciona su análisis con aquellos otros que se han ocupado de la misma tipología de escritura pero referida a lugares y periodos históricos bien diversos, como los condenados por los tribunales revolucionarios en la Francia de 1793 o las cartas de despedida de los militantes de la Resistencia francesa sentenciados por el ocupante alemán. Su estudio se enfrenta aquí con especiales dificultades, debido a la absoluta falta de centros oficiales en España que custodien esta clase de documentos, lo que ha derivado en que la inmensa mayoría de los conservados se encuentren en manos particulares: un rasgo evidente, y así lo señala la autora (p. 217) de la inexistencia de “políticas públicas de la memoria” en este país, tan denunciada desde hace años (Vinyes, Sánchez León, etc.).

Precisamente esta realidad, con la supervivencia de lo que la autora denomina “libros-archivo” -libros fruto de actividades de memoria “militante” que se han ocupado de difundir documentos privados pero a la vez de importancia pública fundamental, los cuales, de otra manera, seguramente no habrían podido sobrevivir a la labor del tiempo- le da pie a internarse en la reflexión sobre los procesos de conservación de los mismos, al lado de los de su producción. Se apuntan aquí datos más que interesantes, como el empeño constatado de

conservación de las “cartas en capilla” por parte de los familiares de los condenados, tal y como se evidencia en las entrevistas realizadas por Corbalán Gil a los familiares de los fusilados en el Campo de la Bota barcelonés, 1939-1957. O, por poner otro ejemplo de naturaleza ideológica opuesta, la labor de conservación efectuada por los religiosos claretianos en Jaén o Barbastro de las “escrituras últimas” de sus compañeros, relevante documentación bien publicitada durante el franquismo y utilizada para su posterior beatificación (1992).

El propio caso de los 51 mártires de Barbastro del año 1936 ilustra la diferencia que separa a unos y otros ejercicios de memoria pública, o “panteones de papel”. Si el primero fue sostenido por la política oficial del franquismo y de la propia institución eclesiástica con la aparición de diversas publicaciones a partir de los años cincuenta y la creación incluso de un museo *ad hoc* en 1992, otros tuvieron que esperar hasta la Transición e incluso después para arrancar de manera mucho más modesta, protagonizados en exclusiva por iniciativas ciudadanas. Fue ese el caso de la Asociación de Viudas de los Defensores de la República y del Frente Popular en Asturias a partir de 1977, con la publicación en 1984 del “libro-memorial” *Fosa común del Cementerio Civil de Oviedo* –que en posteriores ediciones incluiría algunas cartas en capilla escritas en 1938–, o el de la Asociación Héroes de la República y la Libertad en Cantabria, con la publicación del libro *Rescatados del Olvido* (2003, 2004), que recogió más de cuarenta cartas en capilla.

Pero al margen de constatar estas diferencias en la conservación y, sobre todo, en la publicación de una documentación de carácter privado como la de las cartas en capilla, el mayor mérito de la autora de *Cartas presas* no es otro que la riguro-

sa aplicación del mismo análisis formal de metodología comparada a esta modalidad específica epistolar. Ideologías aparte, sean los condenados de derechas o de izquierdas, religiosos o no, sentenciados por las autoridades republicanas o por las franquistas, estas “escrituras últimas” reproducen un mismo patrón formal y de contenidos: la noticia de la sentencia; la función de consuelo a sus destinatarios; el alegato de defensa; la expresión ocasional del miedo, el lamento o la venganza; la proclamación de la inocencia o la afirmación en el instante supremo de las propias ideas, sean estas la libertad o la justicia, la patria o las creencias religiosas.

Al lado de este análisis formal y riguroso, la autora busca empatizar –y logra conmover con sus numerosos ejemplos de “cartas presas” por fin liberadas al mundo y a la historia, las que habían permanecido encerradas hasta ahora en los archivos o aisladas en una memoria estrictamente familiar– con aquella humanidad encerrada, y principalmente con aquellos condenados y condenadas que, gracias a la escritura, se “sintieron un poco menos solos en sus últimos instantes de vida” (p. 299), corsés ideológicos aparte. Es imposible no recordar aquí, en perfecta sintonía con este discurso explicitado en el epílogo del libro, el último poema del escritor Robert Brasillach, condenado a muerte en 1945 por su colaboración con los nazis, a partir de la contemplación de los grafitos inscritos en los muros de su última cárcel, con los nombres y mensajes de sus enemigos políticos:

*“Llegados de aquí, llegados de otras partes
nuestros corazones no eran iguales,
nos dijeron. ¿Hay que creerlo?
¡Pero qué importa lo que fuimos!
Nuestros rostros ahogados en la bruma,
se parecen en la noche negra.
Es en vosotros, hermanos desconocidos,*

*en quienes pienso, cuando cae la noche,
¡Oh, mis fraternales adversarios!
El ayer está próximo al hoy,
a nuestro pesar estamos unidos
por la esperanza y por la miseria.”*

Fernando Hernández Holgado
Universidad Complutense de Madrid

José Luis Martín Ramos, *Territori capital. La guerra civil a Catalunya, 1937-1939*, Llibres de L'Avenç, Barcelona, 2015, 504 pp.

Quan vaig començar a llegir el darrer llibre que ha publicat José Luis Martín Ramos sobre la guerra civil a Catalunya, des del fets de maig de 1937 fins a la fi de la guerra (José Luis Martín Ramos, *Territori capital. La guerra civil a Catalunya, 1937-1939*. Llibres de L'Avenç, Barcelona, 2015), tenia la intuïció de que em trobava davant d'un llibre molt treballat, en el que darre- ra hi havia molta recerca i nombrosa feina d'arxiu, però davant del qual globalment em costaria estar-hi d'acord en tot allò que es refereix a les interpretacions de l'autor. No en va les vegades que hem coincidit en actes públics gairebé sempre hem discrepat en aspectes fonamentals i sovint ja he manifestat el meu desacord amb altres treballs –bàsicament centrats en la guerra civil– publicats per José Luis.

Dit això, caldria, en primera instància, destacar que ens trobem davant d'un llibre de gairebé cinc-centes pàgines que té com a objectiu centrar-se en un període relativament curt de temps –poc més d'un any i mig– que, com destaca el seu autor sovint ha estat passat per alt per la historiografia, com si la guerra civil a Catalunya, pràcticament, només hagués arribat fins el maig de 1937. José Luis Martín vol deixar clar que després dels fets de maig la vida política, social i econòmica en tots els seus aspectes,

que va viure Catalunya, va ser tant intensa com en el període anterior. I, certament, fa un estudi exhaustiu sobre la vida política, des de les dificultats per garantir una estabilitat en el govern de la Generalitat, fins a les crisis o discrepàncies que varen afectar a partits i organitzacions com la CNT o l'Esquerra Republicana, passant per la nova hegemonia del PSUC o per l'establiment a Barcelona del govern de la República i les discrepàncies que va mantenir amb la Generalitat. Sense oblidar aspectes de les relacions internacionals, en un moment en què un sector vinculat a l'Esquerra Republicana es va plantejar buscar un armistici per separat que portés a la independència de Catalunya. L'estudi entra en l'anàlisi de les reunions, dels articles de premsa, d'una manera completa i exhaustiva.

Més enllà de la política, però, la vida econòmica que va viure Catalunya també té en el llibre una presència significativa i José Luis Martín estudia tant l'actuació que va portar a terme la Conselleria d'Economia durant aquest període, com la municipalització de l'habitatge, que es va aprovar, justament, el mes de juny de 1937, els debats a l'entorn de la propietat de la terra, sense oblidar els problemes de subsistència que va conèixer la societat catalana en la mesura que la guerra s'apropava al territori.

Pocs són, –si bé n'hi ha alguns–, els temes que ha marginat José Luis Martín. Fins i tot dedica un capítol al nou funcionament de la justícia i de la repressió després dels fets de maig de 1937. Però, en canvi, a l'hora d'entrar en interpretacions dels esdeveniments i de jutjar actituds i interpretacions diferents a la seva no es reprimeix en cap cas. D'entrada es fa evident una actitud en general favorable a la política que va desenvolupar el Partit Socialista Unificat de Catalunya i clarament contrària al Partit Obrer d'Unificació Marxista i a la CNT.

Així, per exemple, es posa en evidència ben aviat quan parla de les accions que es varen produir durant els fets de maig i destaca que mentre en un bàndol les represàlies es van concretar en “forma d’assalt de locals i fustigacions personals, sense arribar al vessament de sang”, en altres –referint-se a la CNT i al POUM– van obligar als “seus rivals polítics a fugir de la població”. Obviant, entre altres casos, la fi violenta dels anarquistes italians Camillo Berneri i Francesco Barbieri. A partir d’aquí –l’afirmació textual apareix molt aviat, a la pàgina 48 del llibre– la majoria d’interpretacions tendeixen a justificar-ho tot. No passen gaires pàgines en què s’afirma que la repressió posterior als fets de maig “va representar escasses irregularitats des del punt de vista legal” i que els assassinats de Marciano Mera, Jaume Trepà, Joan Hervàs o les desaparicions d’Erwin Wolf, Kurt Landau entre d’altres van constituir “una cadena de fets aïllats” i que, en el cas del POUM, el major càstig que va patir va ser “l’expulsió dels seus representants de les institucions governamentals o locals”, com si la repressió a què va ésser sotmès –no foren pocs els militants que van anar a la presó– hagués estat circumstancial.

Aquest tema de la repressió reapareix en el capítol que Martín Ramos dedica al funcionament de la justícia i no deixa de ser sorprenent la justificació que fa del Servicio de Investigación Militar, creat l’agost de 1937, o el tractament que dedica als “tribunals especials” que es varen posar en funcionament a partir d’aquest moment i que considera gairebé modèlics –“la seva actuació ha estat denostada injustament” o “aquests tribunals reunien més garanties processals que molts dels tribunals populars dels primers mesos de la guerra”– i a les “suposades” txeques. Entre altra documentació oblidada l’informe que Jordi Olivà

Daidí va elaborar, a instàncies del conseller de Justícia de la Generalitat Pere Bosch Gimpera, el juliol de 1938, on denuncia –va nombroses irregularitats processals que estaven portant a terme els Tribunals Especials de Guàrdia. En cap cas no es poden comparar –perquè s’obvia el context històric de cada moment– les actuacions dels tribunals populars de la primera etapa de la guerra, quan la violència repressiva era fruit de la pròpia violència desfermada per l’acció dels militars insurrectes, amb la que estaven portant a terme aquests tribunals “especials” en un moment en què la guerra es trobava estabilitzada.

Però si passem a altres temes les interpretacions d’intencionalitat segueixen essent evidents, com quan, per exemple, considera que l’actuació d’Enrique Líster contra les col·lectivitzacions aragoneses i la intensa repressió que hi va portar a terme es van realitzar amb la “seva habitual fermesa” (pàg. 171) o quan qualifica de “posició congruent amb la seva concepció de revolució popular” la política que va seguir el PSUC (pàg. 187). El contrast amb aquestes afirmacions el trobem amb judicis que de manera permanent dedica a una CNT en “declivi i desconcert”, o a un Josep Tarradellas que, en permanent contradicció amb els comunistes, tampoc no queda massa ben parat.

Hi ha diversos episodis especialment rellevants en els que Martín Ramos pren també unes posicions que des del meu punt de vista són extraordinàriament polèmiques. En primer lloc l’arribada del govern Negrín a Barcelona la tardor de 1937 sembla justificada a la fi d’un dels capítols quan, després de considerar un greu error polític l’actitud de Negrín en relació al govern català, qualifica com una “barbaritat” que alguns historiadors considerin l’arribada de Negrín –amb els 250.000 funcionaris

que el varen acompanyar, les seves famílies, els serveis personals, etc.– com la primera ocupació de Catalunya abans de l'exèrcit franquista. I, en canvi, ni esmenta la famosa carta que Companys va escriure el 23 d'abril de 1938 a Negrín denunciant les extralimitacions dels serveis d'ordre públic i de la justícia i el fet de que la Generalitat s'hagués convertit des de que el Govern de la República es va instal·lar a Barcelona en una institució sense relleu. En segon lloc, es justifica plenament l'abolició de la Comissió d'Indústries de Guerra que havia posat en funcionament Tarradellas amb els anarquistes a l'inici de la guerra, intentant demostrar, amb un seguit de xifres, la insuficient capacitat productiva de les indústries de guerra. Però especialment greu em sembla l'èmfasi que dóna, basant-se en l'estudi de Joan Serrallonga, a l'actitud que van adoptar alguns intel·lectuals davant l'allau de refugiats que van arribar a Catalunya des de l'inici de la guerra i que a les darreries de l'any 1938 s'apropaven als 600.000. L'actitud xenòfoba i racista –utilitzant els seus adjectius– que podien haver utilitzat determinats intel·lectuals com Pompeu Gener en cap cas es contrasta amb l'actitud de solidaritat que el conjunt del poble català va manifestar amb els refugiats, la immensa majoria nens i nenes, que van arribar a Catalunya des de l'estiu de 1936 –foren ben pocs els pobles catalans, com han demostrat molts llibres d'història local, que no en fessin acollida. Però d'aquest darrer aspecte no se'n parla.

Una tema diferent seria les qualificacions que l'autor dedica a historiadors que no estan d'acord amb ell. Per exemple, quan afirma que “*s'ha escrit de manera infundada que al maig de 1937 es va produir un moviment contrarrevolucionari*” (pàg. 186), o com qualifica de “inaudit” un comentari d'Ignasi Cendra (pàg. 194). A vegades

determinades adjectivacions sembla que es fan servir per tal de desacreditar autors que no combreguen amb les seves pròpies idees.

En fi, serien moltes més les interpretacions que podríem discutir del llibre de Martín Ramos i també podríem destacar algun aspecte que va tenir una gran importància en la Catalunya de la darrera etapa de la guerra i del qual pràcticament no se'n parla –com les mobilitzacions constants de lleves i, en especial, la “lleva del biberó”. Aspectes tots ells que desgraciadament representen, sempre des del meu punt de vista, clarobscurs d'un llibre que, com deia al principi, té molta feina darrera, molta documentació i bibliografia consultada, però que en molts moments està condicionat per posicionaments polítics i ideològics prèviament adoptats pel seu autor.

Pelai Pagès i Blanch
Universitat de Barcelona

Abdón Mateos, *Exilios y retornos*, Eneida, Madrid, 2015, pp. 220 / Camil Torres Fabra, *La política en la maleta. Les relacions entre els partits i els sindicats catalans a l'exili*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2015, pp. 112.

Abdón Mateos López, catedràtic d'Història Contemporània de la UNED, és un reconegut especialista del socialisme espanyol, tema al qual va dedicar la seva tesi doctoral (*Continuidad y renovación del socialismo español 1953-1974*: 1990). Un bon nombre dels seus treballs posteriors s'han centrat en l'estudi del partit de Pablo Iglesias i de la UGT (*El PSOE contra Franco : 1993; Indalecio Prieto y la política española : 2008; Historia de la UGT. Contra la dictadura franquista: 2008; Socialista de otro tiempo: 2016*) i actualment és investigador principal del CIHDE (Centro de investigaciones Históricas de

la Democràcia Espanyola). Però, Mateos és igualment responsable de la càtedra de l'exili de la UNED, la qual cosa l'ha dut a fixar la seva mirada cap a d'altres latituds, principalment a Mèxic (*La Batalla de México: 2009 y Ruptura y transición. España y México, 1939*: 2011).

Exilios y retornos és una obra que con- juga les dues principals línies de recer- ca de l'autor: els exilis del segle XX i la història del socialisme espanyol. Tal i com argumenta l'autor, l'obra no és un treball *ex novo* sinó que beu de les investigacions realitzades per la Càtedra de l'Exili des de l'any 2007. Així, l'obra d'Abdón Mateos recull un conjunt d'articles i d'assaigs sobre les conseqüències de la derrota del bàndol republicà a la Guerra Civil i la «continuitat» de les institucions i de les organitzacions republicanes a l'exili. Per tant, l'ús del plural «exilis» emprat en el títol no fa pas esment al tractament sistemàtic dels exilis de l'Espanya Contemporània sinó a l'aproximació a totes les facetes de l'exili republicà del 1939, exili que a mesura que avança el discurs esdevé més i més imbricat amb la història dels principals líders del socialisme espanyol dels anys de la República. L'altre element que evoca el títol són els «retorns». El reconeixement envers els expatriats que es comença a sentir amb els primers passos de la democràcia serveix a Abdón Mateos per fer una anàlisi de les mentalitats i de l'ús públic que l'Espanya democràtica ha fet del llegat dels principals actors de la República i també del socialisme; l'autor dedica una part important del llibre a la confrontació pel control de les institucions republicanes entre Indalecio Prieto i Juan Negrín.

El treball d'Abdón Mateos s'estructura en tres parts: la diàspora, que ens condueix a la saturació de la República després del cop d'estat de Casado i des d'on l'autor endega la reflexió sobre la pervivència

del règim republicà més enllà del final de la guerra, tant a través de les institucions (Govern, Diputació Permanent) com del reconeixement institucional de l'exterior i especialment de Mèxic. La segona part del llibre, més escurçada, aborda l'antifranquisme des de dues perspectives diferents. D'una banda, a través de la denúncia internacional feta per la oposició exterior i, de l'altra, mitjançant el projecte alternatiu a la dictadura pensat per una minoria intel·lectual que volia impulsar una monarquia parlamentària. La tercera part ens condueix fins al passat recent per analitzar l'ús públic de la guerra i dels seus protagonistes durant la transició i la democràcia parlamentària. Per l'autor, és durant els anys de democràcia que es teixeixen els relats de l'exili que constituïran el pòsit per la formació d'una memòria col·lectiva. Un teixit que, sempre segons Abdón Mateos, s'hauria esberlat per les polítiques de memòria dels governs de José Luís Rodríguez Zapatero i les ingerències dels nacionalismes.

La primera part del llibre beu d'un bon nombre de fons primàries, com els arxius de Felix Gordón Ordás i d'Indalecio Prieto, i se'n desprenen elements importants i novadors que ajuden a comprendre l'evolució de la guerra i l'exili. Així, es posa de manifest l'ambivalència del govern francès davant de l'ajuda a la República des dels primers mesos de guerra. En concret, l'autor cita la retenció per part del govern francès de 20 avions comercials de transport que al desembre de 1936 havien arribat a França a bord del Sil. Certament, arran del bloqueig internacional propiciat pel pacte de No-Intervenció són molt pocs els països que continuen prestant ajuda a la República. Només Mèxic ofereix obertament ajuda; el govern Cardenas vendrà armament a la República per valor de 4 milions de dolars. Les relacions amb el govern mexicà

són un dels aspectes més detallats del llibre, oferint una mirada precisa i esclaridora de l'ajuda proporcionada per Mèxic més enllà de les qüestions lligades a l'armament, als subministres i a l'intermediació per a la compra en tercers països. Es tracta, també, de l'ajuda humana i de l'organització de l'acollida dels refugiats republicans. Per aquests aspectes l'autor emprà les fonts de l'Arxiu de la secretaria de relacions exteriors de Mèxic. En aquest punt sobresurt la figura de l'ambaixador mexicà a València, Ramón P. Denegri, que coordinà la sortida dels dretans refugiats a l'ambaixada de Mèxic i també l'evacuació dels nens republicans orfes. Aquest darrer punt va causar un notable enrenou diplomàtic ja que les autoritats mexicanes, en rebre els nens, s'adonaren que en bona mesura no eren orfes i a més venien acompanyats per mestres republicans, la qual cosa havia estat obviada per les autoritats republicanes. Al final de la guerra Mèxic acull 10.000 republicans espanyols, en la seva major part dirigents republicans i les seves famílies. Unes xifres que per Abdón Mateos haurien pogut ser superiors si l'organització de l'exili s'hagués fet tenint en compte les proposicions d'Indalecio Prieto. L'autor aclareix igualment el paper jugat per alguns dels principals representants del govern mexicà. Així, dibuixa el perfil de l'ambaixador mexicà a París, partidari de Negrín i responsable de l'organització de l'embarcament cap a Mèxic dels refugiats republicans. Narciso Bassols filtrava els refugiats negrinistes deixant a França els que eren considerats contraris a Negrín i els llibertaris.

Mèxic, més que França o Anglaterra, és l'indret dels del qual s'articulen les polítiques de les institucions i les organitzacions de l'exili i, especialment, del socialisme espanyol. L'Estat mexicà de Cárdenas reconeix les institucions republicanes, ofereix

refugi als exiliats i protecció al tresor de la República. Tot plegat permet a Abdón Mateos enllaçar amb les disputes entre els líders socialistes per orientar la política del govern republicà a l'exili. L'anomenada soviètzació de Juan Negrín, president del govern, tensa la situació amb l'ala més liberal del PSOE, encapçalada per Indalecio Prieto, que s'acabarà imposant amb el suport de la Diputació permanent.

El reconeixement internacional assolit per les institucions polítiques republicanes a l'exili és un altre dels aspectes destacats del llibre. El suport internacional als republicans fou suficientment important perquè des de l'exili es pogués denunciar la carència de legitimitat del règim franquista des de les principals tribunes internacionals: la Junta Española de Liberación, liderada per Indalecio Prieto, va promoure la resolució presentada per la República Mexicana i que excloué Espanya de les Nacions Unides (1945). Alhora, Mateos posa de manifest l'excepcionalitat de l'ajuda als refugiats republicans, organitzada per unes institucions que havien perdut la guerra. Resulta molt interessant l'avaluació de les despeses realitzades pel Servei d'evacuació organitzat per Negrín (SERE) i per la Junta d'auxili de Prieto (JARE). Per Mateos la denúncia internacional i l'ajuda als refugiats constitueixen els dos principals eixos d'oposició al franquisme i de defensa de la legitimitat republicana de les institucions de l'exili. Una altra cosa és l'equilibri entre aquests dos elements. Indalecio Prieto s'havia mostrat obertament favorable a consagrar l'ajuda als refugiats. En canvi, Negrín defensava de preferència la reserva de mitjans per a un futur retorn a Espanya, una postura que és considerada errònia per l'autor per bé que concedeix que en el marc de la Segona Guerra Mundial tenia un cert sentit assegurar la supervivència de

les institucions. Per Mateos «*una España democrática en la que mirar atrás, hacia régimenes desaparecidos, no era buena receta, por mucho que la Segunda Republica hubiese resultado una esperanza frustrada de democracia y cambio social. Entre otras cosas porque la responsabilidad de una parte de esa frustración colectiva pertenece a las organizaciones socialistas*». Per tant, el socialisme havia de cercar un discurs descarregat dels atributs de la Segona República. Aquesta posició s'associa clarament amb la línia política defensada per Indalecio Prieto des de l'exili si bé l'autor en marca els límits rebutjant les tesis de Salvador de Madariaga, que considerava que la divisió i radicalització del socialisme fou una de les causes principals de la Guerra Civil.

La segona part del llibre obra la porta a l'anàlisi de l'antifranquisme, que l'autor separa en dues etapes: primer, el període contemporani de la Segona Guerra Mundial, amb un primer franquisme marcat per una feixistització limitada i depenent de l'evolució del conflicte internacional i, segonament, una etapa d'aïllament i rebuig internacional que comença al 1945 i que només és atenuada per un projecte de monarquia sense rei. La visió d'un franquisme més o menys feixistitzat en funció dels avatars de la guerra entronca amb la teorització del règim elaborada, entre d'altres, per Ismael Saz però potser obvia el grau d'intervencionisme dels organismes pròpiament feixistes del règim, tal és el cas de la Falange, i els treballs recents d'historiadors com Martí Marín. En qualsevol cas, és interessant veure com l'autor posa de manifest les dificultats en l'àmbit de la diplomàcia i del reconeixement internacional que va viure la dictadura durant la postguerra. El franquisme és exclòs de les Nacions Unides, del Pla Marshall i de l'OTAN. Aquesta situació d'aïllament internacional conviu amb la pervivència i el reconeixement par-

cial de les institucions republicanes a l'exili. Per sostreure's a aquest aïllament, a partir dels anys seixanta la Dictadura va assajar diverses reformes cosmètiques. És així com neixen termes com l'anomenada «democràcia orgànica» o que s'estableix el sufragi universal masculí per a l'elecció del terç familiar. José Solís, secretari general del Movimiento, s'erigeix com el principal arquitecte d'aquestes transformacions. Aquest gir per oferir una imatge més conciliadora a ulls de les democràcies occidentals es veu enterbolit per l'activitat de les organitzacions antifranquistes i per l'acció repressiva del règim. Les condemnes a mort són més i més qüestionades i les organitzacions obres en surten reforçades. Al 1973 la UGT obté representació dins de l'Organització Internacional del Treball. En aquest context, el projecte de democràcia limitada del tardofranquisme, formulat per un grup de personalitats entre les quals hi havia José Maria Gil Robles, Joaquín Satrústegui, Dionisio Ridruejo o Enrique Tierno Galván arriba a destemps. A França, la política de fermesa i ostracisme envers els republicans espanyols conduïda pel General De Gaulle queda enrere i la crítica als crims del franquisme s'imposa durant els anys setanta. L'impacte del procés dels 1001, entre d'altres, causa una allau de solidaritat internacional. Davant d'aquests fets José Solís impulsa una reforma del codi penal per tal que els delictes de propaganda i associació il·legal siguin competència de la jurisdicció civil.

La democràcia limitada del tardofranquisme s'oposa al projecte socialista per ampliar les bases de l'antifranquisme i atreure monàrquics i catòlics en una oposició que forçosament comportaria una reconciliació d'Espanya. El sediment d'aquest projecte es troba en el pacte de Saint-Jean-de-Luz de 1948 però té pervivència fins al

final de la dictadura. Abdón Mateos defensen aquest posicionament no com una renúncia a l'herència republicana sinó com una alternativa de consens avantatjosa. La solució passava per l'establiment d'una monarquia parlamentària com un règim de transició cap a una nova república a través d'una consulta ciutadana. El procés de transició i la consulta són silenciats després del congrés socialista de Suresnes de 1974 per bé que havien estat reafirmats per la Junta Democràtica, que agrupava diferents grups de l'oposició.

En la darrera part del llibre, Abdón Mateos analitza els usos i abusos de la memòria republicana i de l'exili. Els capítols d'aquesta part són una barreja d'anàlisi històrica, de definició de les polítiques memòria i d'expressions més personals respecte als usos de la història. En el capítol «*Los españoles de América. Nacionalidad y ciudadanía desde la Segunda República hasta la España actual*» es fa una síntesi acurada de l'evolució del dret de ciutadania durant el segle XX. Entre altres qüestions, es posa de manifest que els espanyols expatriats no van tenir drets polítics fins al 1978 i que no va ser fins al 1985 que es va crear el Consell General de l'Emigració. Les víctimes de la dictadura haurien d'esperar fins al 2005 per ser reconegudes.

Entre els capítols relacionats amb la memòria històrica hi ha «*El uso público del exilio y del antifranquismo después de Franco*» i «*Memoria y vigencia de Prieto*». El primer presenta l'exili com el patrimoni comú de tots espanyols ja que els desplaçaments de població que es produeixen als anys trenta (1931, 1936 i 1939) són representatius, diu l'autor, de les tres Espanyes: «*los tres exilios de los años treinta, representativos de las «tres Españas», han permitido que la voz «exilio» se convierta en patrimonio común de los españoles [...], en memoria compartida de un nuevo patrio-*

tismo constitucional.» Aquest nou patriotisme nacional aglutinaria doncs a monàrquics, franquistes i republicans. Però, les polítiques de memòria i d'integració de l'exili dins del discurs nacional no apareixen fins als anys noranta. En els primers governs sorgits de la transició pesa més l'esperit de reconciliació i d'amnistia que el retard dels expatriats. Alguns exiliats, com Néstor de Buen, parlaran de la tercera derrota del socialisme per criticar la seva exclusió dels òrgans de govern a partir de 1977.

Amb l'arribada de Jorge Semprún al ministeri de cultura (1988) s'opera un primer i tímid gir de reconciliació amb el passat. Diversos aniversaris serveixen de pretext per realitzar commemoracions oficials de destacats personatges del període republicà. Tal és el cas del 50 aniversari del final de la guerra i de la mort de Manuel Azaña, de Julián Besteiro i de Lluís Companys. La tercera fase (1993–2004) rep la influència de les reivindicacions dels nacionalismes històrics propiciada per la manca de majoria absoluta dels partits estatals. En aquest sentit, Mateos considera que les batalles per la memòria es van encetar amb la reivindicació dels Papers de Salamanca feta per Jordi Pujol. Resulta curiós que l'autor doni tot el protagonisme de la vindicació del patrimoni espoliat a Pujol ja que la reclamació per part dels governs de la Generalitat de Catalunya i també dels parlamentaris i senadors catalans ve dels anys de la transició i és defensada per polítics de tot l'arc parlamentari (tampoc és exclusiva del govern Tarredellas), des de Josep Benet a Antoni de Senillosa. Finalment, Abdón Mateos situa una darrera etapa a partir de l'arribada al poder dels socialistes el 2004. En aquest moment es trenca, diu l'autor, el consens assolit durant la dècada precedent, fet que il·lustra a través de la Llei de memòria històrica de 2007, aprovada sense el consens

polític que hauria sigut desitjable per crear una cultura política comú. Així, Mateos considera que mentre el període 1993-2004 representa una etapa de construcció d'una memòria compartida on destaca la declaració comú dels parlamentaris per recordar les víctimes de la guerra civil i de la dictadura, declaració que va passar per alt la condemna de la dictadura franquista, a partir de 2004, els governs de José Luís Rodríguez Zapatero «*rompieron el consenso parlamentario que se había logrado en torno al recuerdo del exilio y al repudio del pasado de violencia política durante los años de gobierno del Partido Popular. Desgranant aquesta reflexió l'autor conclou que la «Memòria Històrica ha tendido a oscurecer la lucha por la restauración de las libertades de la mayor parte del exilio político y de la nueva oposición democrática surgida a partir de la mitad de los años cincuenta»*. Sertosament, matisa que la dreta durant els darrers anys ha reforçat la seva oposició frontal al reconeixement de l'antifranquisme.

En suma, Mateos considera els nacionalismes, així com els darrers governs socialistes, com una font d'instabilitat que esberla el model de patriotisme nacional comú de tots els espanyols i promou una memorialística excloent abanderada per les polítiques de «Memòria Històrica» que, diu l'autor, «*están debilitando, paradójicamente, la construcción de una memoria compartida constitucional y democrática, una de cuyas bases era la recuperación del exilio y, también por ello, del antifranquismo»*. Aquesta afirmació reclama una crítica severa i és que, la pretesa «memòria compartida», tenint la deguda consideració dels arguments de l'autor, sembla més encarada a afavorir el silenci, l'oblit i l'homenatge plebiscitari d'un grapat d'intel·lectuals de l'anomenada tercera Espanya que no pas a esmerçar esforços per promoure una democràcia amb majúscules, capaç de condemnar el règim

dictatorial que l'ha precedit. Aquest no és l'espai per defensar una o altra política envers el passat però és evident, observant la producció científica, que des de Catalunya s'ha avançat molt més en el coneixement de l'exili i del franquisme que en bona part de l'estat espanyol. I, això no s'ha fet únicament des de l'estudi dels moviments d'oposició a la dictadura o dels repressaliats sinó obrint les portes a tots els camps de recerca. No en va, és a Catalunya que s'ha elaborat (i ben d'hora) el primer estudi seriós de tot l'Estat sobre la repressió a la rereguarda (Solé Sabaté i Vilarroya : 1989-1990).

En el capítol «Memoria y vigencia de Prieto» es fa un elogi manifest del líder socialista, que l'autor defineix literalment com el principal sant laic del socialisme espanyol després de Pablo Iglesias. Malgrat tot, Mateos posa en bemoll alguna de les opinions més polèmiques del polític asturià i és que Prieto no es privà d'acusar els separatismes de ser la causa principal del drama espanyol: la guerra civil (!).

«Exilios y retornos» és un compendi de treballs rigorosos, a voltes acompanyats d'aportacions més polèmiques i d'una certa rancior, però que en general aporten elements novadors per al coneixement dels exilis de l'Espanya contemporània i, també, de la (les) trajectòria (es) del PSOE. No és, en canvi, una anàlisi de fons dels exilis i els retorns durant el curt segle XX, com es podria desprendre del títol de l'obra. Tampoc és una anàlisi àmplia de l'antifranquisme, que massa sovint l'autor assimila als quadres dirigents del Partit Socialista, deixant orfe l'espai ocupat pels altres grups que constituïen el gruix de les forces d'oposició a la dictadura, començant pel Partit Comunista. En fi, l'obra desenvolupa una tesi abrupte sobre els usos públics de l'exili segons la qual l'exili hauria esdevingut, a la darre-

ra dècada del segle XX, patrimoni comú immaterial d'un nou patriotisme constitucional. Un patrimoni que hauria estat esventrat per les polítiques de Memòria Històrica dels governs de Rodríguez Zapatero i del tripartit a Catalunya.

En quan a la darrera obra del professor Ricard Camil Torres Fabra, *La política en la maleta*, aquesta ens apropa a les relacions entre els partits i sindicats catalans a l'exili. Centrat en el període 1939 – 1950, aquest treball sorgeix de les mans d'un bon coneixedor de la història contemporània d'Espanya i especialment de l'exili i el camp valencià durant el primer franquisme. Doctor en Geografia i Història per la Universitat de València, Torres Fabra és especialista en didàctica de les ciències socials i és professor a la facultat de Ciències de l'educació de la Universitat de València. Paral·lelament, és autor de diverses monografies i articles d'investigació històrica i de divulgació. Entre els seus treballs recents hi ha la coordinació de l'obra col·lectiva *La represión franquista en Levante* (2014), *Alambardas, muros y corrientes de aire* (2013) – que ofereix un interessant i aprofundit estudi de l'univers penitenciari del País Valencià durant el franquisme – o encara *La represió franquista al País Valencià* (2008).

Els coneixements de l'autor respecte al camp valencià durant la Segona República i el primer franquisme així com dels darrers dies de la guerra a Alacant es posen de manifest al llarg d'aquesta síntesi de la política catalana a l'exili publicada per l'Abadia de Montserrat. *La política en la maleta* és una introducció en les elits polítiques de l'exili republicà que no es contenta de les fonts bibliogràfiques sinó que va més enllà. En efecte, l'autor ha consultat alguns dels principals arxius dels protagonistes de l'exili dels Països Catalans i també de la resta de l'Estat. Entre altres, trobem els

fons documentals d'Antoni Maria Sbert Massanet, Carlos Esplá o Largo Caballero i, respecte a les institucions, els fons documentals del Partit Comunista Espanyol, del Congrés dels Diputats o de l'Institut Obrer. És una llàstima que les notes de l'edició no comportin les referències als documents consultats en aquests arxius però el compromís entre una obra d'investigació i una de divulgació mai és senzill.

L'obra de Torres Fabra és un text curt en extensió però limitat a una cronologia ben concreta. No és tracta doncs d'un treball dens i enrevessat sinó d'una aproximació no mancada de rigor històric, pensada com una eina per incitar el lector a anar més enllà i descobrir un episodi de la nostra història recent que sovint ha quedat a l'ombra del drama humà que representà l'exili republicà del final de la guerra civil. No en va, Ricard Camil Torres Fabra és un especialista en didàctica: els elements que posa dins la «maleta» són els essencials per conèixer aquest període, com essencials eren les coses que els protagonistes del llibre van posar dins les seves maletes per emprendre el camí de l'exili. Val la pena recordar que un dels elements més simbòlics i representatius custodiat a l'exili és el cor del president Francesc Macià, que Josep Tarradellas va guardar amb totes les precaucions durant 40 anys. Però, aquest no és l'objecte d'estudi de l'autor, que es concentra en l'acció política i sindical dels catalans, sobretot en terres franceses però també en indrets més llunyans, com Mèxic. Inevitablement, la política catalana a l'exili s'entrecrua amb la política espanyola i endebades es poden dissociar. És per això que les històries i sobretot l'acció política a l'exili de Lluís Companys, Lluís Nicolau i d'Olwer, Carles Pi i Sunyer o Joan Garcia Oliver s'enllacen amb les d'Indalecio Prieto, Juan Negrín, Rodolfo Llopis o Diego Martínez Barrio.

És inevitable, la sort d'uns i d'altres havia estat la mateixa i són diversos els moments en què es projecten accions conjuntes, ja sigui des de les institucions que han sobreviscut a la derrota, com les Corts Republicanes o la pròpia Generalitat de Catalunya o a través dels diferents organismes que es creen a l'exili per reorganitzar l'acció política i ajudar els refugiats. Tal és el cas del Consell Nacional de Catalunya.

L'estructura del llibre s'articula en 5 capítols que van del final de la guerra als anys cinquanta. Ara bé, el detall ofert en cada capítol és desigual, alguns es limiten a sis o set pàgines mentre que els més densos en compten vint-i-cinc. Aquest desajust es pot interpretar com una falta de l'autor o bé com una invitació a explorar amb més detall els temes menys elaborats i pels quals, d'altra banda, Torres Fabra ofereix una bona bibliografia. En la introducció, l'autor ja adverteix al lector que el seu interès no són tant els esdeveniments en si com «els avatars que comportaven la interrelació de forces i els seus efectes en les formacions de l'àmbit cultural català.»

Seguint l'ordre original, el llibre s'inicia amb un capítol que ofereix un primer pla sobre el final de la guerra civil en els darrers escenaris de confrontació: la caiguda de Catalunya i el pas dels exiliats per la frontera dels Pirineus, el cop d'estat del coronel Casado, l'actitud d'Europa davant del final de la guerra i, finalment, l'entrada de les tropes nacionals al port d'Alacant, última via de fugida pels refugiats republicans. El text segueix amb un capítol dedicat als primers temps de l'exili, que permet al lector copsar com es va estructurar l'oposició catalana al franquisme des de la precarietat de l'exili. El tercer capítol segueix la trajectòria de partits i sindicats catalans durant els anys de la Segona Guerra Mundial. Aquest període està marcat per les conseqüències

del pacte germanosoviètic entre els partits catalans i notablement per l'impacte causat en el si del PSUC i del seu líder, Joan Comorera. Però, també és un moment en què els centres d'activitat política es dispersen més. Si al 1939 pràcticament tota l'activitat política es concentrava a França, amb el desencadenament de la Segona Guerra Mundial l'activitat política dels republicans a l'exili pren força al nou continent i especialment a Mèxic. El quart capítol pren en compte el gir de l'any 1945, quan les esperances de derrocar el franquisme s'esbronquen i l'acció conjunta de les forces catalanes es trenca, amb la dualitat entre el Front Nacional de Catalunya, creat el maig de 1944 i el Consell Assessor creat per Josep Irla, president de la Generalitat a l'exili. Aquesta duplictat de la representació institucional catalana s'acabaria al juny de 1945, quan l'aliança de diferents forces polítiques donà lloc a la creació del Consell Nacional de la Democràcia Catalana, presidit per Josep Irla. El capítol que tanca l'obra de Torres Fabra no deixa peu a les ambigüitats, es titula «Sense República, sense democràcia. Amb franquisme». En efecte, els esforços de les organitzacions catalanes a l'exili per derrocar el franquisme havien fracassat però, l'esforç de pervivència a l'exili de la República Espanyola també estava fracassant i, de camí, la democràcia s'esvaïa. L'antifranquisme s'exposava a «l'evidència definitiva de la continuïtat *in aeternum* del general Franco al capdavant dels destins de la Pàtria».

Malgrat les limitacions d'un text que no arriba al centenar de pàgines Torres Fabra posa l'accent en molts elements que condueixen a la reflexió. Respecte a l'exili republicà, subratlla la manca de preparació del govern francès per fer front a l'onada de refugiats que va arribar a França amb la Retirada i incideix en el fet que les autoritats no havien pres les decisions oportunes.

Aquesta apreciació, que contradiu la principal corrent de pensament desenvolupada per la historiografia francesa, segons la qual, el govern es va veure sorprès pel volum de refugiats, pren encara més valor mirant les xifres de les altres onades de refugiats. Entre juny i octubre de 1937, quan la República perd el front del nord, 200.000 refugiats republicans són acollits temporalment a França. L'efecte d'aquesta onada, limitada pels retorns en territori republicà de prop de 140.000 exiliats, no deixaven de ser un seriós advertiment del que podria representar la caiguda de Catalunya, un territori molt més poblat, proper als 4 milions de persones a mitjans de 1938 i amb un contingent de 600.000 refugiats interiors procedents d'altres punts d'Espanya. Respecte al País Valencià, els refugiats eren prop de 250.000.

Pel que fa a la derrota republicana, les observacions que fa l'autor respecte a les possibilitats de perllongar la guerra es sumen a les tesis que defensen la postura de Juan Negrín, que volia allargar el final de la guerra per obtenir el suport de les potències occidentals en el context d'una Segona Guerra Mundial que semblava més i més propera. Dit això, sembla més difícil poder afirmar, com fa Torres Fabra, que «encara que els soldats estaven famolencs, la moral dels combatents era alta i en això confiava el doctor ja que, tot i la derrota a l'Ebre i la caiguda de Catalunya, aleshores ja existia un veritable exèrcit». En suma, s'atribueix el final de la guerra a la preocupació dels caps militars republicans per assolir una solució política al conflicte més que no pas en concentrar-se en la lluita armada. L'afirmació en conjunt es pot discutir però el cert és que resulta ben vàlida per una part de la cúpula militar. No en va, la voluntat pactista va ser exposada per aquells que van donar suport al cop de Casado si bé les

bones intencions expressades no van canviar absolutament res: el franquisme havia engegat la seva maquinària repressiva i els rebels no van concedir cap pacte que frenés les represàlies.

Un altre dels temes tractats per Torres Fabra és el dels observadors internacionals. Durant la guerra civil, Espanya és un eixam de periodistes, agents secrets i diplomàtics que transmeten informació de la guerra en directe als seus respectius països. De l'activitat d'aquests estrangers se'n desprenen opinions interessants per conèixer l'evolució de la guerra així com l'opinió que els estrangers tenien del conflicte fratricidi espanyol. Del tractament d'aquestes fonts l'autor n'extreu tres idees essencials. En primer lloc, que el pacte de No-Intervenció, tal i com ho va manifestar el mateix Azaña, fou el pitjor enemic de la República; segonament, que l'estratègia dels estats europeus només va afavorir la causa rebel per més que els informes dels agents internacionals parlessin, poc abans de l'ofensiva franquista sobre Catalunya, d'un equilibri quasi perfecte i, en tercer lloc, que la Societat de Nacions es va inhibir del conflicte espanyol malgrat els esforços de les autoritats republicanes per fer sentir la seva veu. Arnau González Vilalta, que en el seu llibre *Amb ulls estrangers* segueix amb detall l'evolució de la premsa estrangera, mostra com la premsa no anuncia pas un equilibri de forces. Ben al contrari, de la lectura de la premsa francesa González Vilalta conclou que «l'any 1938 estaria monopolitzat pel ràpid i progressiu decantament de la guerra de la banda franquista». Així mateix, Yves Denéchère, especialista de les relacions diplomàtiques entre França i Espanya durant els anys trenta, posa de manifest la proximitat de l'ambaixador francès Jean Herbette amb els militars franquistes, la qual cosa va influenciar i molt en la lectura que el

govern francès va fer de l'evolució de la guerra. Per tant, les fonts de vegades ens ofereixen mirades contradictòries que és bo contraposar per esclarir la realitat complexa de la guerra i de la victòria franquista, massa sovint anunciada a destemps. Ara bé, cal tenir present, per exemple, que al 1938 es produeix la retirada de les Brigades Internacionals dels fronts de guerra i que el nombre de desertors entre les quintes mobilitzades al 1938 és molt elevat i esdevé un indicador de la percepció negativa de la població respecte a la victòria republicana.

Torres Fabra també posa de manifest el bloqueig que l'exèrcit franquista va exercir al Port d'Alacant durant els darrers dies de la guerra a fi i efecte d'evitar la sortida d'Espanya dels darrers contingents de tropes i de civils que defensaven la República. Només el carboner Stanbrook, capitanejat per Andrew Dickinson, va fer front al bloqueig del port i facilità el salvament de 2.638 persones. Aquesta situació contrasta de ple amb l'esforç exercit per les autoritats republicanes durant tota la guerra per facilitar la sortida d'Espanya d'elements de dretes perseguits sobretot durant els primers mesos, per les forces revolucionaries. Així, l'esforç humanitari de la República espanyola no va tenir cap contrapartida, ans el contrari. Els republicans van dirigir-se cap a l'exili camí dels Pirineus sota les bombes de l'aviació franquista o assetjats per la marina i l'entrada de les primeres tropes d'infanteria al Port d'Alacant.

La magnitud de l'exili republicà va donar lloc a l'aplicació massiva de les polítiques concentracionàries que el govern francès havia autoritzat a través dels decrets del 2 de maig de 1938. La invasió alemanya i la creació del règim de Vichy van agreujar encara més les condicions dels refugiats. L'impacte d'aquestes polítiques també afecta els polítics a l'exili. Torres Fabra des-

taca, per exemple, el cas de Rodolfo Llopis. El líder socialista va estar assignat a residència vigilada durant setze mesos en un poble al nord del departament de la Lozère. És per això, que la classe política catalana i espanyola es va traslladar massivament a Mèxic. L'acollida selectiva de polítics i intel·lectuals venia condicionada per les bones relacions que hi havia entre el govern de Cardenas i la República Espanyola. És en territori mexicà que Indalecio Prieto va organitzar la gestió del tresor republicà i va fundar la "Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles". Per Torres Fabra, tant la JARE de Prieto com la SERE controlada per Negrín «representaven el veritable poder econòmic de l'exili, i immediatament es van posar a disposició dels seus administradors, que no van dubtar a emprar ambdós organismes amb fins partidistes i polítics.» L'autor explica com Prieto va emprar el tresor republicà del *Vita* per reforçar el seu paper dins de la reorganització del PSOE i excloure els negrinistes. Entre altres iniciatives, va fundar el Centre Cultural Pablo Iglesias, institució que va ser utilitzada per a reorganitzar l'ala moderada del partit i del sindicat UGT. La dispersió geogràfica dels polítics catalans i espanyols s'estén per d'altres latituds, com la URSS o la Gran Bretanya. En aquest darrer país l'autor destaca l'activitat política de Carles Pi i Sunyer, membre d'ERC i antic conseller i ministre. Des de Londres Pi i Sunyer va voler impulsar un Consell Nacional de Catalunya per reafirmar la legitimitat de la Generalitat i la continuïtat constitucional de les institucions. El Consell creat a Londres va esdevenir, durant els anys de l'ocupació francesa, «una veritable Generalitat a l'exili».

Les relacions, sovint tenses, entre els polítics catalans a l'exili, van crear un joc de poders i de contra poders que Torres Fabra sintetitza amb un text curt però carregat de

pistes per seguir i escutar. En definitiva, *La política en la maleta* és una obra que ofereix una perspectiva general de l'activitat política i sindical catalana a l'exili. Com és natural en els treballs breus i de divulgació, hi ha aspectes que queden poc desenvolupats i hom trobarà a faltar referències a algunes obres recents, com les de Josep Calvet, Gabriel Jackson o Pelai Pagès si bé la bibliografia final dóna prou elements per als lectors que vulguin aprofundir la qüestió.

Jordi Rubió Coromina
GRANMA – Universitat de Barcelona

Xavier Casals, *La Transición española. El voto ignorado de las armas*, Pasado & Presente, Barcelona, 2016, pp. 791.

Que la Transició no va ser una festa, com durant un temps se'ns va voler fer creure, ja fa bastants anys que se sabia. Però demostrar que la violència política fou un fenomen tan present com per considerar-la determinant en el desenvolupament dels esdeveniments, ha costat anys de treball per part d'un reduït però valent grup d'investigadors, entre els qui Xavier Casals (Barcelona, 1963) mereix, per mèrits propis, un lloc destacat. Professora la Universitat Ramon Llull i autor de textos imprescindibles sobre l'extrema dreta a Catalunya i Espanya i l'ascens dels populismes, en aquesta obra aconsegueix condensar en 600 pàgines molt ben aprofitades tots els atemptats, grups armats de signe divers, escamots para-estats i trames negres que van tenir lloc a Espanya entre la mort de l'Almirall Carrero Blanco i l'intent de cop d'Estat del 23-F. Una dècada escassa que, segons l'autor, fa olor de pólvora cremada del primer a l'últim dia.

Casals no és el primer en atrevir-se a analitzar la cara més fosca del trànsit de la

dictadura a la democràcia. Aquest calvari d'arxius tancats a pany i forrellat, testimonis esquerps i sensibilitats a flor de pell ja ha estat explorat anteriorment per periodistes juristes, politòlegs i historiadors amb resultats diversos. Des dels reportatges de Xavier Vinaderal rigorós estudi de Sophie Baby –probablement el millor de tots fins ara–, passant per les obres de Mariano Sánchez Soler, Alfredo Grimaldos o Paloma Aguilar i Ignacio Sánchez Cuenca, per esmentar només uns quants. *El voto ignorado de las armas* pren el millor de cadascuna de les disciplines que s'han atrevit amb aquest assumpte –de les que el propi llibre en dona compte al seu detallat i voluminós apartat de fonts–, però supera amb escreix totes les obres anteriors en quant abast i profunditat d'anàlisi. I no perquè hagi pogut accedir a informació confidencial fins al dia d'avui –aquest obstacle continua, malauradament, essent infranquejable, tot i que, com apuntarem més endavant, Casals aconsegueix a través de camins alternatius transitar per zones d'ombra–, sinó, sobretot, perquè ha estat capaç de compilar, sintetitzar i interpretar centenars, milers de dades, narracions, testimonis i hipòtesis, molts d'ells confusos, molts altres contradictoris entre sí, els quals un cop processats amb el rigor i la meticulositat que caracteritza el seu treball, ens aporten una visió nova i suggerent de la Transició.

Al ordenar cronològica, temàtica i geogràficament els principals focus de conflicte, entre el fum de les pistoles s'entreveuen les línies explicatives que condueixen a la gran tesi de l'obra: la violència política no va desestabilitzar el procés de transició de la dictadura a la democràcia, sinó tot el contrari, va ajudar a la seva consolidació. Les accions armades van provocar la desafecció de la majoria de la població en vers la ideologia i les sigles que la recolzaven, el que va

enfortir les posicions centristes, moderades, que van esdevenir hegemòniques. L'autor sosté que la violència terrorista d'extrema esquerra i d'extrema dreta no van obeir a una "estratègia de tensió" amb la finalitat de fer descarrilar el procés, més aviat es van neutralitzar mútuament, configurant el que anomena un "equilibri del terror". Si aquest equilibri obeïa a un pla predeterminat –dubte que gravitava en el moment de començar a donar forma a l'estudi, bastants anys enrere–, avui Casals té clar que no es pot parlar de mans negres, en sentit "conspiranoic", però tampoc creure en la complerta espontaneïtat de determinats actors.

Una obra de tanta envergadura com aquesta, presenta, forçosament, un cert aspecte de calaix de sastre on s'encabeixen elements i protagonistes molt dispars entre sí, amb l'únic denominador comú de l'ús de la violència amb finalitats polítiques. Aquesta *melange* queda ben resolta però, en la distribució en tres grans parts, que podrien funcionar sense gaires problemes com a monografies independents.

La primera gira entorn de la mort de Carrero a mans d'ETA, les teories sobre la implicació d'altres organitzacions i les conseqüències del magnicidi (incloses unes suggerents hipòtesis contrafactuals sobre el paper que Carrero hagués pogut jugar en la Transició de no haver-se produït l'atemptat). La creació dels serveis secrets del franquisme i la seva implicació en la lluita contra la subversió, tant de forma legal, com a través de grups clandestins, i l'aparició de diverses organitzacions armades d'esquerres (FAC, MIL, FRAP, GRAPO i MPAIAC) completen aquest panorama sobre l'amenaça i l'ús de la força en el marc de la crisi final del franquisme. Per rematar aquest bloc, un breu però imprescindible epíleg sobre el paper de la Policia ens endinsa en la més fosca de les clavegue-

res de l'Estat, avançant una de les tesis més sòlides de l'obra: la connivència i implicació d'agents de l'ordre en molts dels atacs contra la democràcia que es van produir aquells anys.

La segona part, i la més extensa, compren els anys centrals de la Transició (1976-1980) i és, en sí mateixa, tan densa en episodis tan diferents que costa trobar un lligam entre els seus capítols a banda de la cronologia. Un escull que Casals supera amb nota al proposar una estructuració de la violència armada, sobretot a partir de 1977, en quatre grans escenaris. Madrid, com a feu de l'ultradreta, "caixa de ressonància" dels crims del GRAPO i centre dels complots militars, que no comencen amb l'"Operación Galaxia" del 1978, sinó molt abans, i acabaran cristal·litzant en el 23-F, del que Casals s'ocupa extensament en la part final del llibre. El País Basc, on les accions d'ETA van esdevenir un dels acceleradors del colpisme militar. Barcelona, per la triple combinació d'elements d'ultradreta, independentistes i llibertaris. I, segurament el menys conegut, les Illes Canàries, on més que a les accions armades del MPAIAC, la tensió va estar lligada a les pressions internacionals que va exercir Algèria –país protector dels independentistes guanxes– sobre el govern espanyol.

En aquests capítols es tracten atemptats i complots prou coneguts, com els fets de Montejurra, la matança del advocats d'Atocha o el Cas Scala, juntament amb d'altres als quals els estudis sobre la Transició han parat molta menys atenció o cap ni una, com l'"Operación Bienvenida" per assassinar Enrique Tierno Galván o la relació entre el grup independentista ÈPOCA i el Mossad. Casals no sols desxifra la sopa de lletres de les organitzacions i els col·lectius més extrems (a dreta i esquerra de l'arc ideològic), sinó que els posa en relació a l'acció estatal

—subratllant les vinculacions amb la Policia, Guàrdia Civil i l'Exèrcit— i fins i tot explora les seves vinculacions amb organitzacions i ens internacionals. Poc importa, a efectes de l'elevat nivell de detall que aporta, si es tractava d'una sòlida organització armada, com ETA, o d'un grup juvenil amb ínfules de notorietat i vocació de força de xoc, com la Juventud Española en Pie. Si va jugar un paper, per marginal que fos, en la configuració del clima de violència durant la Transició, Casals l'analitza. I ho fa suplint la impossibilitat d'accedir als arxius amb un coneixement enciclopèdic de les fonts periodístiques i la literatura generada per les pròpies organitzacions, així com a partir dels testimonis dels seus integrants. Tot reconeixent, amb honestedat, que moltes de les afirmacions que provenen d'aquests no poden ser contrastades i doncs no passen de la categoria de mereshipòtesis. Algunes, s'ha de dir, força inversemblants.

Si fins aquí el llibre ja té prou solidesa i coherència interna com per donar-ho per conclòs, Casals, encara hi afegeix una última part, més succinta, per explicar un dels efectes més visibles dels anys de plom: la reacció política i castrense, o el que és el mateix, els intents de cop d'Estat. En plural. La temptació de donar un “cop de timó” per corregir la deriva erràtica del darrer govern Suárez i redreçar una situació política en plena crisi a través de l'anomenada “Solución Armada”, en referència al general que havia d'emular a De Gaulle, d'una banda. I el cop militar dur, “a la turca”, que acabaria liderant el Tinent General de la Guàrdia Civil Antonio Tejero, d'una altra. D'aquesta manera Casals acaba de donar forma a una de les tesis del llibre: la importància d'un “partit armat”, en sentit figurat, format tant per les organitzacions i grups diversos analitzats en pàgines precedents com pels militars colpistes. Dos pols antagònics —amb

paper predominant d'ETA entre els primers— que des del judici de Burgos (1970) interactuaven alimentant l'espiral de tensió.

Finalment, entre d'altres conclusions ja explicades, Casals referma el fracàs dels promotors de la violència en forma de rebuig social i l'arraconament majoritari de les seves idees (carlisme, socialisme de base insurreccionalista, anarquisme, neofeixisme...), però en canvi destaca el fet que la Constitució els tingui en compte de diverses formes: bé preveient mesures d'excepció per fer-los front (art. 55.2), bé atorgant privilegis a les comunitats més conflictives (Euskadi i Navarra, per un costat, i Canàries). Tot i que el pol del “partit armat” que més va condicionar la Carta Magna va ser l'exèrcit (arts. 2, 8.1, 62.h), com ja se sabia, però no està de més recordar.

Hagués arrodonit encara més l'obra una cronologia sintètica o una taula-resum amb totes les accions armades —consumades i temptatives— de les que l'autor fa esment, ja que és fàcil perdre's en aquest núvol de fum i metralla. I tampoc no estaria gens malament que en cas que —com desitgem que succeeixi— es produeixin futures reimpressions del llibre, l'autor incorporés algunes de les conclusions de l'estudi coetani signat per Gonzalo Wilhelmi: *Romper el consenso. La izquierda radical en la transición española, 1975-1982* (Madrid, Siglo XXI, 2016), ja que ajudarien a matisar i enriquir les seves tesis. Especialment pel que fa al fracàs de certes ideologies polítiques, no sols desacreditades per l'ús de la violència de grups minoritaris, sinó també —o especialment— per una combinació de coaccions estatals —policials i electorals—, sectarisme dels seus líders i manca de capacitat de mobilització dels seus potencials seguidors. En tot cas, a hores d'ara, *La Transición española. El voto ignorado de las armas* és un llibre de referència obligada. I ho seguirà sent, com a mínim,

fins que no es produeixi la tantes vegades reclamada desclassificació dels arxius estatals que tracten aspectes tan sensibles, però tan foscos avui dia, com els serveis secrets o el paper de la corona durant el 23-F.

César Lorenzo
Doctor en Història per la UB

Marc Andreu Acebal, *Barris, veïns i democràcia. El moviment ciutadà i la reconstrucció de Barcelona*, L'Avenç, Barcelona, 2016, 510 pp.

L'estudi que ressenyem s'insereix en el marc d'una historiografia que ja des de fa anys segueix emfatitzant el paper jugat per aquestes associacions sobre les quals, però, sempre cal seguir aprofundint des de camp de la recerca històrica a partir de diferents angles, interrogants i espais. De fet, el moviment veïnal, en les seves diferents expressions locals, ha estat des de fa pocs anys un objecte particularment atès per la historiografia catalana –tot i que també de l'espanyola– dedicada a l'etapa final de la dictadura i la transició a la democràcia a Espanya. Ens referim als diferents treballs publicats o presentats recentment, com ara el coordinat per Carme Molinero i Pere Ysàs, *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició* (2010) o bé les tesis doctorals del Iván Bordetas (2012), d'original però llarguíssim títol, sobre anàlisi del sorgiment i trajectòria del moviment veïnal en l'Espanya del tardofranquisme i el procés de canvi polític, i de José Miguel Cuesta (2014), molt més acotada, sobre el moviment veïnal al Barcelonès Nord. Aquest conjunt de recerques ha esperonat en bona mesura la reno-

vació de la història social, cultural i política d'aquest període.

L'autor del llibre “Barris, veïns i democràcia” és Marc Andreu Acebal (Barcelona, 1973), historiador i periodista la trajectòria del qual s'ha caracteritzat per estar interessat en explorar la relació entre política, cultura i ciutat. Sempre amb un peu en cada professió, ha estat capaç de combinar el seu interès per la difusió històrica i la recerca: codirigeix la revista *Carrer*, portaveu de la Federació d'Associacions de Veïns de Barcelona (FAVB), forma part de l'equip del projecte cooperatiu d'informació *Crític* i col·labora de manera habitual a diaris com *Diario.es* y *El País*, a més de haver publicat en revistes especialitzades com *L'Avenç*, *Segle XX* i *Sàpiens*. En el terreny de la investigació històrica està vinculat a la universitat, doncs ha estat també col·laborador del Grup de Recerca i Anàlisi del Món Actual de la Universitat de Barcelona.

En la seva tasca investigadora, el seu principal objecte d'estudi són els barris, els moviments socials urbans i, concretament, aquells arrelats a la ciutat Barcelona durant la “Transició” a Catalunya. La seva tesi, que porta per títol “*El moviment ciutadà i la transició a Barcelona: la FAVB (1972-1986)*” (2015), és el nucli original del llibre que ressenyem. Aquesta obra que ha estat premiada el 2016 amb l'Agustí Duran i Sanpere d'Història de Barcelona. A més, M. Andreu ha participat en nombroses publicacions, algunes de les quals ens serveixen també per trobar part de les arrels del llibre que aquí ens ocupa, per exemple, en la seva col·laboració amb el periodista ja desaparegut Josep Maria Huertas Clavería “*Barcelona en lluita: el moviment urbà 1965 – 1996*” (1996). També recentment ha publicat la recopilació d'una sèrie llarga d'articles titulada “*Les ciutats invisibles. Viatge a la Catalunya metropolitana*” (2016), on es

recull una panoràmica sobre els diferents barris, lligant passat i present, i que dona peu a claus de reflexió sobre la Gran Barcelona i l'articulació entre espai urbà, història i societat. Pot dir-se que, fins a cert punt, aquest conjunt d'articles representen una línia de continuació de la tasca iniciada a la investigació que es objecte d'aquesta ressenya. En definitiva, l'autor té al cap una concepció ben travada sobre l'evolució de la ciutat en la història més recent.

A "Barris, veïns i democràcia" l'autor reprèn amb interès historiogràfic el *dret de la ciutat* de Henry Lefebvre, posant com a centre de l'estudi el marc urbà, Barcelona i la comunitat que hi conviu, els seus veïns. Des del punt de vista metodològic, Marc Andreu pren com a eix vertebrador de la investigació la FAVB, l'entitat veïnal més sòlidament organitzada, la més potents entre les associacions veïnals de Catalunya i possiblement d'Espanya. L'autor, per altra banda, no es conforma en l'acumulació de les dades recollides a un ventall ric però reduït de fonts primàries, que complementa rescatant de manera molt particular la premsa de l'associacionisme veïnal, a més de fer un balanç acurat de les publicacions dedicades al tema: des de monografies, articles i biografies, etc. Ans al contrari, ens aporta un retrat detallat de la vida dels ciutadans que s'organitzen i lluiten, de les seves condicions, motivacions i les raons que connecten acció ciutadana i reconstrucció de la raó democràtica de la ciutat. Ens facilita conèixer l'univers personal que componen els col·lectius que actuen durant aquells anys. La voluntat del Marc Andreu és la d'obrir al lector una finestra al passat a partir de facilitar eines de coneixement per l'anàlisi del present; guiant-lo perquè compregui la imbricada relació entre la vida, la ciutat i la batalla per fer-la un espai habitable, capaç de contenir les relacions hu-

manes d'una comunitat diversa i complexa que se sap ja amb el dret de reclamar unes condicions de vida millors per a tothom. I ho fa amb un estil d'escriptura precís i clar, molt sovint amb un to de crònica que li proporciona un ritme i un pols narratiu i en d'altres moments amb una voluntat analítica plena de referències útils de cara una compressió dels esdeveniments complexes.

Proposar una narració d'aquest tipus requereix, doncs, del coneixement en profunditat el context històric i el desenvolupament tant de l'evolució de la dictadura com la dinàmica que caracteritzà l'organització antifranquista durant les darreries de la dictadura, les actituds socials i, per suposat, la gènesi de la constitució de les Associacions de Veïns a la capital catalana. Tal com mostra la seva aposta per una determinada estructura d'anàlisi, articulada en grans apartats i successius capítols, es necessita alhora de l'examen de tots aquells successos contemporanis que acompanyaran i influenciaran al moviment social urbà al llarg de les darreries del segle XX. Des de la *Revolució dels Clavells* a la *Nova Cançó*, passant per l'assassinat de Puig Antich, les festes populars, el periodisme *canalla* dels barris perifèrics, els nous partits polítics –avui en dia, que semblen tan clàssics–, les primeres eleccions democràtiques, etc. Però, en definitiva, el propòsit de l'autor és clar: comprendre la història dels grups i de les persones que queden al marge de l'ordre establert i que responen o no a la necessitat de prendre una determinació i intentar canviar per si mateixes allò que les rodeja i no els agrada. I per aconseguir-ho caldrà transmetre un gresol plural, confeccionat d'allò més polític, allò més popular i allò més quotidià, de forma que res quedi al

marge per poder fer un retrat el més complet possible del passat estudiat.

Això, Marc Andreu ho farà prenent una altra posició analítica clau per marcar un perfil propi, compartir amb alguns dels estudis historiogràfics més recents: prendrà el veïnatge com a subjecte polític central, capaç de desenvolupar una tasca associada a uns interessos propis com a agrupació organitzada. Aquesta perspectiva, si bé no és nova, si que encara pot resultar extraordinàriament fèrtil des del punt de vista històric, facilitant la transmissió i coneixement de fenòmens que encara avui actuen de forma rellevant en el nostre propis context. Ens resulta especialment rellevant tenir en compte aquest tipus de perspectives d'anàlisi perquè hem d'integrar a la reflexió històrica abordatges multidisciplinars, que puguin entendre totes les formes d'organització social que permeten els canvis històrics, donant-hi la rellevància que tenen pel seu paper de *constructors* de l'hegemonia social d'una comunitat.

En aquest sentit, l'autor examina i proposa una interpretació sobre els orígens de la seva creació, les seves reivindicacions més conegudes, els aspectes del dia a dia, aquells més subtils però també força importants i il·lustratius, durant les acaballes de la dictadura del general Franco i el procés de transició a la democràcia. Ara bé, això no ho fa per proposar una història "institucional" i organitzativa, o no solament per reduir la seva anàlisi a aquesta qüestió. El propòsit és analitzar el grup humà i les xarxes que es configuren el moviment social urbà i alhora oferir explicacions sobre les formes en les quals durant aquells anys es va anar constituir al seu voltant una massa crítica i una proposta d'alternativa social, cultural i política als barris. Sense deixar de banda la importància que per això va tenir el protagonisme de les mobilitzacions

i proposicions del moviment veïnal en la dialèctica política plantejada a l'administració franquista, però també a partir de les seves relacions amb les organitzacions polítiques de l'antifranquisme. En aquest sentit, M. Andreu posa en qüestió algunes de les interpretacions fixades amb anterioritat en quan a la relació entre AAVV i partits polítics, una relació que "*mai va ser fàcil i tampoc gens simple; ben lluny que el tòpic, en especial per als comunistes i el PSUC, redueix la comprensió del fenomen del moviment ciutadà popular, igual que amb les Comissions Obreres, a una corretja de transmissió d'interessos partidistes*" (p. 286).

Podem observar, per altra banda, un dels exemples que exposa Marc Andreu al seu llibre per il·lustrar aquest aspecte que se subratlla; ens referim al que va anomenar-se "El Ball de l'Estatut", una festivitat organitzada per la FAVB al voltant de les reivindicacions per un Estatut a Catalunya a l'inici de la democràcia, feta sota la premissa d'organitzar un concert de conscienciació i visibilització de les demandes polítiques. Amb això, la Federació posarà en relleu el seu impuls de moviment social, encaixant qüestions de debat tan complexes com la identitat, el catalanisme popular i plural, els valors democràtics i la protesta organitzada canalitzant-ho tot plegat en un espai festiu i cultural (p. 357). Ens fixem en aquest detall, gens menyspreable, perquè agrupa tot un conjunt d'elements de caire històric, sociopolític i antropològic que, per poder abordar-los en la seva plenitud, requereix recórrer a diversos angles d'anàlisi si es persegueix, novament, retrobar la ciutat i els seus habitants com a eix central de la recerca. Perquè la lluita de la FAVB anirà directament relacionada amb l'embat per dibuixar un model de ciutat que estigui proposat des de la base de la societat, sovint en oposició al representat pel

model defensat per les institucions de poder local. Això, alhora, ens permetria veure les formes en que les persones, en un context de crisi i canvi, proposen activament models organitzatius amb valors polítics democràtics socialment estesos, impulsant projectes per aconseguir una societat més democràtica.

“Barris, veïns i democràcia” aporta un coneixement històric i específic de l’actuació de les associacions de veïns que els va fer protagonitzar el procés de transició a la democràcia. Aconsegueix transcendir un bon grapat de les conclusions de la pionera tesi doctoral de l’Anna Alabart (1981) sobre l’associacionisme veïnal barceloní. L’estudi constitueix, sens dubte, una nova contribució d’interès tant pel el seu ambició plantejament com ocupar-se de construir una història del moviment ciutadà d’aquells anys a la ciutat de Barcelona. Ofereix línies clares i un marc interpretatiu per continuar avançant en el coneixement del món urbà contemporani. Línies que ens podem ser útils, per quan encara necessitem aprofundir més en els estudis socials i culturals al voltant de la ciutat, ja que l’anàlisi de l’espai urbà –sense oblidar l’interès de l’espai rural– ens pot obrir una porta per tal d’observar el passat des d’un angle enriquidor pel coneixement històric. Aquest ens permet contemplar, analitzar i categoritzar l’esdevenidor.

Laura Rozalén Piñero
Universitat de Barcelona

Amparo Gómez, Antonio Fco. Canales i Brian Palmer (ed.), *Science Policies and Twentieth-Century Dictatorships. Spain, Italy and Argentina*, Ashgate, Farnham (Anglaterra), 2015, pp. 223.

El llibre ressenyat té l’objectiu d’aproximar-se a l’estudi de les polítiques científiques desenvolupades sota sistemes dictatorials durant el segle XX i adopta una perspectiva comparativa a partir de tres països: Espanya, Itàlia i Argentina. Tracta d’analitzar la relació entre ciència i política i, tal com constaten els editors, els autors parteixen de la premissa que els factors polítics, socials i econòmics influeixen en el desenvolupament científic i tècnic d’un estat, que no podem entendre la ciència com un àmbit aïllat del context en què es desenvolupa.

L’opció adoptada pels coordinadors del volum té interès per diverses raons: són tres estats que podríem qualificar de perifèrics (en la mesura que no se situen en el nucli del progrés tecnològic i científic contemporanis, tot i que el cas italià seria matisable i que els editors prefereixen el concepte “North-South borderline”) i en què els règims dictatorials van tenir un impacte notable en la dinàmica històrica de la darrera centúria. A pesar que els editors admeten que no fan una comparació sistemàtica de tots els elements caracteritzadors de cada país, al cap i a la fi el lector acaba adonant-se dels elements comuns i de les diferències principals. L’obra demostra que els tres països van considerar en determinats moments històrics que el desenvolupament científic era un factor fonamental per impulsar el seu progrés, malgrat que la concreció d’aquest desig no sempre fou ben gestionada i de vegades fou estroncada per moviments reaccionaris. Això sí, al llibre existeix un biaix cap al cas espanyol: dos dels tres editors són espanyols i (a banda de l’assaig inicial) cinc dels nou treballs estan dedicats a Espanya, en front als dos sobre Itàlia i altres dos sobre Argentina.

El text introductori dels editors del llibre (Amparo Gómez, Antonio Fco. Cana-

les y Brian Palmer) té el mèrit de no simplement resumir les aportacions principals dels autors que hi han col·laborat, sinó de plantejar consideracions de caràcter general, d'afrontar debats teòrics a partir d'altres recerques existents, de manera que acaben construint una bona estructura explicativa. El fil conductor d'aquest capítol és el debat sobre si l'existència d'un sistema democràtic és una precondition necessària per a un bon desenvolupament científic, i arriben a la conclusió que aquesta assimilació entre llibertat política i desenvolupament científic és excessivament simplista, davant d'una realitat més complexa i d'exemples de règims dictatorials com l'Alemanya nazi i la Unió Soviètica que van aconseguir un progrés científic notable.

El primer capítol dedicat a Espanya és obra d'Amparo Gómez i s'escapa de l'àmbit temàtic marcat pel llibre, en la mesura que no estudia únicament un període dictatorial sinó els anys anteriors a la Guerra Civil. Aquesta falta de rigidesa cronològica ha estat una bona decisió, ja que el text aporta una reflexió excel·lent a partir de la noció de "social contract" per caracteritzar la política científica entre 1907 i 1939, un "contracte" que teòricament implica que l'estat donava suport a la producció científica amb la convicció que això suposaria un benefici social i adquiria el compromís de no interferir-hi, a la vegada que els científics premen consciència de la importància del suport públic i de tenir un comportament íntegre. Aquesta política s'acabà concretant sobretot en la *Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas* (JAE), creada el 1907 al marge de les universitats i amb un ampli autogovern, i va tenir uns resultats importants en camps tan diversos com les publicacions, la creació de centres de recerca o la política de beques. Tot i el progrés substancial que

es produí en la recerca científica, l'autora també afronta les limitacions dels resultats d'aquell "contracte": van romandre actituds intervencionistes de les autoritats, la malfiança dels conservadors i alguns comportaments dels científics inadequats a la confiança que se'ls diposità. La dictadura franquista va anorrear aquest pacte social, amb unes conseqüències nefastes.

Francisco A. González Redondo també parteix d'una perspectiva àmplia per encarrar el cas espanyol. Repassa la convergència amb la resta d'Europa que es produí abans de la Guerra Civil i que aconseguí fites com la creació d'un Institut nacional de física i química l'any 1932, capaç d'atreure científics d'altres països. La repressió franquista acabà amb els progressos aconseguits, amb un exili massiu i unes polítiques de purga política que afectaren els científics que havien donat suport a la República i els que havien estat neutrals. El franquisme va impedir qualsevol possibilitat de reconciliació fins als anys setanta, la qual cosa porta a González Redondo a afirmar: "*I firmly believe that Francoism had begun to lose the war from 1939, precisely because of his decision to deter any project of national reconciliation*" (p. 75).

Antonio Fco. Canales analitza amb més detall aquesta política franquista que qualifica de "Reactionary Utopia" amb l'anàlisi del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), substituït del JAE. El poder franquista apostà per reconstituir una "ciència imperial" a partir d'un plantejament reaccionari que considerava el catolicisme com l'essència de la identitat espanyola, enfront del que qualificaven com a excessos materialistes. Finalment, les autoritats no van poder imposar la seva utopia reaccionària ni construir una ciència nacional-catòlica, i van haver d'adoptar una sortida pragmàtica que mantingué

igualment els mecanismes de control de l'activitat científica. Aquella utopia va marcar la política i la mateixa dinàmica del CSIC: l'aspiració a una nova ciència no era una simple expressió retòrica sinó que era una part essencial del projecte de refer el conjunt de la societat espanyola.

Aquesta política científica dels inicis del franquisme és la que explica Rafael Huertas aplicada a les neurociències: una estratègia ben definida va suposar l'expulsió dels principals investigadors del període republicà i la promoció de personal lleial que sovint ni tan sols eren especialistes en el sistema nerviós. És un exemple demolidor de com des de les estructures de poder es va acabar amb el progrés anterior i els científics no addictes van quedar sota sospita, mentre que els més fidels podien beneficiar-se de facilitats per al seu ascens acadèmic. Una de les institucions que més ho van sofrir fou l'Instituto Cajal, que fins aleshores havia tingut un notori prestigi internacional.

L'últim capítol dedicat a Espanya és l'elaborat per Xavier Roqué, que indaga en el camp de la Física i en particular en les seves relacions internacionals a partir de la successiva incorporació d'Espanya (1961), baixa (1968) i reincorporació (1983) a l'*European Organization for Scientific Research*, una institució dedicada a la recerca en altes energies. Tot i que podria suposar-se que la política no tindria per què afectar al treball d'un físic, tota la ciència resultà impactada per un context de manca de llibertat d'expressió i per la ingerència dels poder polítics. La inexistència d'una atmosfera adequada per al progrés científic, d'una "cultura científica", acabà penalitzant la seva presència internacional, amb unes estratègies que sovint es basaven més en raons diplomàtiques que en criteris científics.

Comptat i debatut, el conjunt dels cinc treballs anteriors corroboren que el fran-

quisme va significar una involució substancial de la recerca científica a Espanya, amb uns costos immensos per al conjunt de la societat. L'excepcionalitat de la política repressiva del franquisme en el context europeu (tant per la intensitat com per la durada) que han mostrat tantes recerques realitzades les últimes dècades, queda de nou confirmada en l'anàlisi de la seva política científica. No obstant això, els resultats mediocres obtinguts van forçar finalment la dictadura a aplicar un cert pragmatisme.

Quant a Itàlia, al llibre podem llegir el treball de Roberto Maiocchi sobre el Consiglio Nazionale delle Ricerche (CNR) i el de Jean-Guy Prévost sobre rivalitats i política de guerra al camp de l'Estadística. Roberto Maiocchi analitza la institució científica italiana més important en l'època del feixisme i els resultats que obtingué, que no van respondre plenament a les expectatives que s'hi dipositaren per impulsar el projecte autàrquic (proclamat per Mussolini l'any 1935) i per aconseguir que Itàlia esdevingués una gran potència econòmica i militar: la mobilització d'especialistes fou incapaç de donar una mínima viabilitat real a l'autarquia. I el capítol de Jean-Guy Prévost explica el desenvolupament institucional de la ciència estadística i les crítiques entre els especialistes, a banda de la rivalitat creada entre l'estadística italiana i les aportacions anglosaxones amb la consolidació d'un nacionalisme "tècnic-científic". Tot plegat solament es pot comprendre en el seu context històric: "*Our intent here is therefore to move away from the kind of interpretation that envisions the history of science as the rational reconstruction of concepts and techniques to a more historically and sociologically grounded analysis*" (p. 159).

En balanç la Itàlia feixista, a diferència de l'Espanya franquista, va continuar donant suport al progrés científic i no va impugnar les bases racionalistes de la ciència

moderna, tot i que va limitar l'autonomia universitària i va entendre que el progrés tecnològic havia d'estar al servei del projecte polític. La persecució contra científics va ser més restringida i la majoria s'hi van poder adaptar.

Pel que fa a l'Argentina, els dos treballs que l'analitzen superen de nou (i amb èxit) el marc temàtic dibuixat en el títol del llibre. El capítol de Pablo Miguel Jacovkis, a l'hora d'establir un balanç de la política científica argentina, no es limita a estudiar els períodes dictatorials sinó també els constitucionals i demostra, després de fer un repàs a gairebé tot el segle XX, que no hi hagué cap relació unívoca amb els tipus de règim: "*Not all was darkness during military governments and not all was light during democratic governments*" (p. 195). D'altra banda, el text de Diana Maffia focalitza l'interès en els anys setanta i principis dels vuitanta, tot i que acaba repassant diversos períodes dictatorials que ha patit Argentina durant el segle XX. Qualifica els anys anteriors al cop d'estat de 1976 com a un "període sinistre", formalment democràtic però amb unes institucions en fallida i en què s'estava preparant el terreny que legitimaria una política de repressió generalitzada. Aquell període de domini peronista abans de l'aixecament militar va tenir vincles estrets amb el franquisme, es va anar desinteressant per la recerca científica a la vegada que focalitzava la preocupació en el control de l'ordre públic i de la vida universitària.

La conclusió que se n'extrau és que a l'Argentina no va existir una relació directa entre sistemes parlamentaris i progrés científic, i que els sectors més refractaris a la ciència coincidien amb els més reticents a la millora del sistema educatiu. Els governs peronistes de 1946-1955 ja havien aplicat una política intervencionista que va expul-

sar o interrompre la carrera acadèmica de molts professors universitaris, a la vegada que van donar suport intens a la recerca en sectors com el de l'energia atòmica o la indústria aeronàutica. El règim militar posterior va suposar una democratització i millora de les universitats (una "edat d'or") i, en canvi, l'última dictadura argentina augmentà la violència utilitzada, amb purgues i desaparicions. I en aquesta dictadura, de manera semblant a Espanya, va tenir influència la malfiança d'un cert catolicisme reaccionari contra la ciència i el món de la raó, però sense arribar al nivell de radicalisme del franquisme.

En balanç, el conjunt del llibre analitza tres països que tradicionalment no havien despertat gaire interès en l'àmbit de la història de la ciència i on l'Estat va tenir uns resultats limitats en la seva inversió científica, i així aconsegueix el seu objectiu de "*to provide a plural and polycentric picture of Western scientific and technical development*" (p. XVI). Tal com hem constatat als paràgrafs anteriors, els continguts del llibre superen un títol que no acaba de fer prou justícia i acaben internant-se en períodes parlamentaris i en aspectes com la fe en la tecnologia per al desenvolupament d'un país, les relacions internacionals, el paper de les institucions científiques o la influència de les conviccions ideològiques. Els treballs recopilats evidencien fins a quin punt la política pot arribar a afectar el desenvolupament científic d'un país i l'aprofitament que se'n pot obtenir, amb les conseqüències socials que això comporta.

Josep M. Pons-Altés
Universitat Rovira i Virgili –
Grup ISOCAC

Bichara Khader, *Europa y el mundo árabe. Una evaluación de las políticaseuropeas, 1957-2015*, Icaria, Barcelona, 2015, pp. 280.

Bichara Khader, nascut a Zababdeh (*al-Zababida*), Palestina, el 1944, fundador del Centre d'Estudis i Recerques sobre el Món Àrab Contemporani (CERMAC), de la Universitat de Lovaina, professor emèrit d'aquesta universitat i professor convidat a diverses universitats àrabs i europees. Va ser membre del Grup d'Experts sobre la Política Exterior i de Seguretat Comuna (PESC) de la Unió Europea i membre del Grup de Savis pel diàleg cultural a la Mediterrània. Ha escrit més de vint llibres sobre el món àrab i les relacions amb Europa. Entre els seus treballs més recents podem destacar: *El mundo árabe explicado a Europa: historia, imaginario, cultura, política, economía, geopolítica*, Icaria/Institut Europeu de la Mediterrània, Barcelona, 2010; *Les migrations dans les rapports euro-arabes et euro-méditerranéens*, L'Harmattan, París, 2011 i *Le prin temps arabe: un premier bilan: points de vue du sud* (édit.), Editions Syllepse, París, 2012.

La majoria dels 22 països que formen part del món àrab pateixen, encara que amb intensitat diferent i des de fa molt temps, greus problemes estructurals¹: a nivell intern, de governança² (especialment en els terrenys d'administració pública, d'estat de dret i de responsabilitat del sector públic davant dels ciutadans), socials, eco-

nòmics, de gènere³ i mediambientals⁴. Les economies estan estancades i escassament diversificades amb una feble o nul·la integració regional. Es constata un fort creixement demogràfic, amb increment de la proporció de joves –menys de 25 anys– en el conjunt de la població, que ara supera el 50%. Aquests joves, homes i dones àrabs, estan més ben formats que abans, estan més ben connectats i tenen unes aspiracions creixents que topen amb unes limitades oportunitats de treball, uns elevats nivells d'atur o de subocupació i uns règims força autoritaris. Això genera frustracions de tota mena. Les tensions d'ordre polític, ètnic i religiós, així com les ingerències externes (Estats Units, Israel, Rússia, Turquia, Iran...) són endèmiques⁵ i mantenen actius conflictes armats de llarga durada (“Qüestió palestina”; sunnites-xiïtes; Estat Islàmic, ...). Tot plegat genera inestabilitat social i política i una forta emigració.⁶ La regió és, i era,

³ A més del sotmetiment tradicional de la dona, la desigualtat de gènere es manifesta, també, en la seva escassa incorporació al món laboral: tan sols un 25% de les dones àrabs integren la força de treball.

⁴ Mamdouh Nasr, “Assessing Desertification in the Middle East and North Africa: Policy Implications”, a Hans Günter Brauch et al (dir.), *Security and the Environment in the Mediterranean: Conceptualising Security and Environmental Conflicts*, Springer-Verlag, Berlin–Heidelberg, 2003.

⁵ Amir Nour, *L'Orient ert l'Occident à l'heure d'un nouveau “Sykes-Picot”*, Alem El Afkar, 15 de setembre del 2014; Olivier Zajec, “Basculementstratégique au Proche Orient”, *Le Monde diplomatique*, novembre 2015, pp.1, 6 i 7.

⁶ Martin Baldwin-Edwards, *Migration in the Middle East and Mediterranean*, A Regional Study prepared for the Global Commission on International Migration, Mediterranean Migration Observatory University Research Institute for Urban Environment and Human Resources Panteion University, Atenes, gener del 2005; UNHCR, *Global Trends. Forced displacement in 2015*, disponible a: <http://www.unhcr.org/statistics/unhcrstats/576408cd7/unhcr-global-trends-2015.html>

¹ *Arab Knowledge Report 2014. Youth and Localisation of Knowledge*, Dubai, United Nations Development Programme, 2014; Peter Harling; Sarah Birke, “The Arab World in to the Unknown”, *The Arabist*, 14 de gener del 2014

² Moncef Marzouki (conversa amb Vicent Geisser), *Dictateurs en sursis. Unevoiedémocratique pourlemondearabe*, Éditions l'Atelier, París, 2009; Pierre Vermeren, *Maghreb, la démocratie impossible?*, Fayard, París, 2004.

un autèntic polvorí en potència. Aquest és el substrat que explica les “primaveres àrabs” que s’iniciaren el 2011. Per completar el panorama, cal tenir present que l'àrea és clau pels recursos energètics que conté (hidrocarburs, gas natural) i per les potencialitats econòmiques que ofereixen algunes de les economies que disposen de més recursos (inversions, consum).

Aquest marc de referència és clau per entendre l'obra de Khader. Tres idees estan presents en tota l'obra de l'autor. Una, els dirigents dels països àrabs són responsables del deteriorament general que pateix la regió, per no haver encarat ni resolt aquests problemes estructurals. Dues, l'història de la Unió Europea com a promotora de reformes és força negatiu i la seva resposta a la Primavera Àrab, deixa molt a desitjar. I tres, Europa i el món àrab tenen un destí compartit i un futur comú. Aquesta convenció el porta a suggerir propostes per reconduir aquestes polítiques, per traçar un nou rumb d'acció que pugui beneficiar ambdues parts de la relació. En el llibre *Europa y el mundo árabe. Una evaluación de las políticas europeas, 1957-2015*, centrat en el Magrib, els Estats del Consell de Cooperació del Golf i Palestina, manté que aquestes tres idees constitueixen els eixos vertebradors de la seva anàlisi.

L'obra està estructurada en una introducció general, seguida per quatre capítols. Tots ells porten una introducció i unes conclusions. En el primer, passa revista a l'evolució de les polítiques europees envers el món àrab en conjunt. Dedicava especial atenció a la incidència de les “primaveres del món àrab”. El segon, es centra en la transformació gradual de la postura europea sobre els palestins i la “qüestió palestina”, que, d'acord amb l'autor, hauria passat per quatre grans etapes: 1957-1967, en què hauria predominat el quasi desin-

terès europeu; 1967-1980, caracteritzada per un interès creixent; 1980-1990, uns anys en què la diplomàcia europea va sent progressivament marginada, i finalment, 1990-2015, de frustració per la distància entre la retòrica, les proclames i les bones intencions, per part de les autoritats europees i la realitat, la ineficàcia de les seves polítiques, la no resolució dels problemes dels palestins, agreujats per les agressions de tota mena perpetrades pels governants d'Israel. El tercer capítol s'ocupa del Magrib, l'àrea geopolítica més propera i prioritària en l'agenda europea, per raons polítiques, econòmiques i de seguretat. Les qüestions comercials i les relacionades amb la immigració ocupen un lloc rellevant. En el quart i últim, Khader, en primer terme, esbossa una anàlisi retrospectiva de les relacions entre la Unió Europea i els Estats del Consell de Cooperació del Golf entre 1981, any en què es crea aquesta institució, i 2014; tot seguit, i després d'haver posat sobre la taula l'interès econòmic i energètic per Europa d'aquesta àrea del món àrab, suggereix vies per aprofundir aquestes relacions, dins del marc de canvis profunds que s'estan esdevenint en la geopolítica regional i mundial.

Especial interès tenen les seves reflexions crítiques sobre les polítiques europees envers el món àrab. Europa és la gran absent a tot l'Orient Mitjà i avui ha estat totalment marginada en el conflicte siríà. I això, per tres raons principals. Una, perquè sempre s'ha mostrat dividida sobre totes les qüestions geopolítiques essencials; els interessos immediats dels estats membres són prioritaris, i, per tant, ha estat incapaç de definir una línia política comuna. Dues, Europa va a remolc dels Estats Units, subordina les seves polítiques als interessos geopolítics del seu aliat i, per tant, està mancada d'autonomia en política exterior. Tres, en conjunt, les polítiques de la Comunitat

Europea han estat més conservadores que transformadores. Per la seva dependència energètica i per la importància geoestratègica de la regió, ha prioritzat l'ordre, la seguretat i l'estabilitat, que garanteixin l'accés a l'energia i el seu subministrament, per sobre de l'impuls de reformes democratitzadores i de la modernització econòmica.

Pel que fa a la "qüestió palestina", Khader recorda que Europa n'ha estat part integrant des dels seus inicis (Creuades, expedició de Napoleó a Egipte, establiment dels primers consolsats europeus, incompliments de les promeses al xeic Husein, l'acord secret Sykes-Picot, la Declaració Balfour, el Mandat britànic de Palestina, el Pla de partició patrocinat per Occident i, en darrera instància, el reconeixement de l'Estat d'Israel per part de la majoria de països europeus. Europa té, per tant, una responsabilitat històrica envers els palestins. Ara bé, des del 1948, la principal preocupació dels països occidentals ha estat garantir la seguretat de l'Estat d'Israel, al qual consideren l'aliat preferent que protegeix els seus interessos en aquesta àrea geopolítica. Malgrat les seves grans declaracions de principis i la retòrica oficial, la Unió Europea sempre s'ha decantat del costat de l'Estat israelià, malgrat les seves contínues violacions del dret internacional. Li ha atorgat tota mena de facilitats per accedir al seu mercat i per gaudir de la condició d'interlocutor privilegiat en temes de seguretat. S'ha limitat a donar suport financer a l'Autoritat Palestina, a la UMRWA i a diverses organitzacions no governamentals palestines, i no ha buscat una solució justa a llarg termini. En conjunt, els qui dissenyen les polítiques de la Unió han estat incapaços d'entendre la importància cabdal que té aquesta qüestió des d'un punt de vista geopolític i simbòlic, en l'imaginari de molts àrabs i musulmans. Ara bé, l'autor considera que, tot i aquesta

vessant tan negativa de les polítiques tradicionals europees, incoherents i contradictòries, les declaracions de la Unió Europea han contribuït a reforçar les legítimes reivindicacions palestines i han estat decisives pel reconeixement mundial dels drets palestins.

Quines polítiques alternatives suggereix Bichara Khader? Pel propi interès econòmic i de seguretat de la Unió, caldria intensificar els vincles que han unit històricament ambdues regions, sobre la base del respecte i l'entesa mutus, prioritzar el desenvolupament regional, la integració econòmica, la democratització política i fomentar la pau. En el cas del Magrib, la Unió Europea hauria de deixar enrere l'obsessió per la immigració irregular i per les qüestions d'identitat i facilitar l'estada dels nous arribats, per transformar la Mediterrània en un pont que uneixi, en comptes d'una barrera que separi. Quan al conflicte àrab-israelià, l'autor considera que el que es necessita és una tercera Intifada (en la mateixa línia de Thomas Friedman), de naturalesa completament diferent de les anteriors, basada en el boicot, la desinversió i les sancions econòmiques a l'Estat d'Israel. Des d'una vessant més positiva, Khader suggereix que la Unió Europea fomenti, de manera decidida, sense ambigüitats, una pau justa, l'autodeterminació palestina, la solució que passi pel manteniment dels dos estats, en base a la reafirmació del dret internacional (il·legalitat de les polítiques d'assentament i d'annexió, no acceptació de l'adquisició de territoris conquerits mitjançant la força).

Fins aquí l'exposició del contingut de l'obra. El que segueix són algunes consideracions crítiques que, en cap cas, la desautoritzen. Tret de la primera, la resta les formularem en forma d'interrogants. Al meu entendre, tot i que el llibre porta un introducció general i que cada capítol

s'introdueix amb un preàmbul i unes conclusions, manca una recapitulació final, que reprengui les idees avançades a l'inici i faci un balanç de conjunt. El llibre s'ocupa de dues entitats, per una part, la Comunitat Europea i la seva successora, la Unió, i, en segon lloc, el món àrab. La primera, segons Khader, ha seguit polítiques envers la segona que, molt encertadament, com acabem d'exposar, denuncia per les seves limitacions, contradiccions i inconsistència. Però, de què s'estranya l'autor? Podria ser d'una altra manera? Per què creu que poden canviar les coses en el futur? Com molt bé va assenyalar fa temps Jacques Delors, la Unió és un "objecte polític no identificat". És un sistema polític poc precís, que pateix problemes greus, entre els quals sobresurten els que tenen més relació amb el disseny d'una eventual "política exterior" i la presa de decisions: els dubtes dels estats entre la conveniència de cedir sobirania per poder encarar amb millors condicions els reptes que plantegen els canvis geopolítics mundials i la reafirmació de les entitats nacionals; la dispersió del poder entre diverses instàncies i dividit entre una multiplicitat d'actors; el dèficit democràtic: Europa es construeix, en bona part, al marge dels pobles, o sense ells, la qual cosa li resta legitimitat i suport per part dels ciutadans europeus. Aquests responen, en bona lògica, amb elevats nivells d'abstenció en les eleccions al Parlament europeu, símptoma de la crisi profunda de la institució. En conseqüència, la crisi interna, els problemes interns, fan molt difícil, o impossible, la coherència exterior. Si hi ha desconexió absoluta entre l'opinió dels ciutadans de la Unió i la política exterior que segueixen els estadistes, quin sentit té la crítica que apunta Khader a les deficiències de la diplomàcia de la Unió en la regió àrab en base a la suposada distància entre la postura oficial envers l'Estat d'Isra-

el i el "sentiment popular", que seria més favorable als palestins?

I el "món àrab", existeix realment com a tal? Deixant de banda l'existència d'una comunitat lingüística i d'una organització política, com la Lliga Àrab, ens dona la història proves d'algun tipus d'unitat (identitat cultural, d'origen comú) i de comportaments conjunts, fins i tot en relació amb qüestions tan punyents com la palestina? El concepte "món àrab" és força polèmic. Molts analistes han destacat la forta diversitat que sempre ha existit dins del conjunt de territoris i de poblacions que integren els 22 estats que en formen part, amb una població d'uns 357 milions d'habitants.⁷ Per exemple, molts grups que viuen a la regió no es consideren àrabs, per exemple, els berbers, els kurds, els assirians, els maronites i els coptes, minories que, en alguns casos, ja habitaven al nord d'Àfrica, Mesopotàmia i la Mediterrània Oriental, abans dels àrabs. Per no fer referència a l'antagonisme confessional entre sunnites i xiïtes.⁸ Llavors, per què demanar polítiques a la Unió Europea respecte de quelcom l'existència del qual és més que dubtosa?

Per acabar, no sobrevalora les "primaveres del món àrab" i la seva transcendència real? En alguns moments de l'argumentació matisa la seva incidència i reconeix els escassos assoliments dels diferents moviments i que cap dels greus problemes presents als països àrabs s'han resolt plenament. Però, en altres per exemple, quan afirma que la Primavera Àrab ofereix a la Unió l'oportunitat de reavaluar estratègicament la seva política, o que la força a fer-ho, predomina la impressió general que li atorga una gran importància, per haver posat de manifest el dinamisme de les societats àrabs,

⁷ Per exemple: Bèligh Nabli, *Comprendre le monde arabe*, A. Colin, París, 2013.

⁸ "A Shia Crescent?", *Middle East Policy*, vol. XII, n. 4, hivern, 2004, pp.1-27.

per haver obert vies de modernització política i econòmica, per haver provocat, ella sola, canvis dràstics a tota la regió, però especialment a Egipte, Síria, Iraq i Iemen. És més que dubtós que, des de la perspectiva actual, es pugui acceptar aquesta visió, com a mínim a nivell general del conjunt dels estats àrabs.

Jaume Suau i Puig
Universitat de Barcelona

Jordi Canal, *Història mínima de Catalunya*, Turner, Madrid, 2015, 294 pp.

Si entenem per manual d'Història un llibre en el qual es fa la sinopsi del més substancial d'un determinat període cronològic, ja podem avançar que l'obra que ens ocupa no pot tenir aquesta consideració. Són massa les limitacions que es troben en el seu contingut, com per poder qualificar amb aquesta adjectivació a *Història mínima de Catalunya*. Tampoc considerem que aquest fos un aspecte cabdal en els motius primigenis de la seva gestació. Estem davant d'un llibre de combat, amb una clara voluntat d'impartir doctrina a partir d'un determinat matís ideològic que impregna totes i cada una de les seves pàgines. A aquest objectiu es subordina tot el seu contingut, sense prestar atenció a possibles errors, omissions i deformacions, que de tot es troba en les seves vora tres-centes pàgines.

En el cas que a un lector avesat en textos en l'àmbit de l'assaig, se li digués que a l'obra Arcadi Espada es considerat un dels columnistes de referència, al costat de Francesc de Carreras, adornant a aquest amb la consideració d'"intel·lectual més destacat de la Catalunya actual" (p. 281), ja podria tenir una referència clara respecte davant de quin tipus d'obra ens trobem. Si,

a més, afegim que en la bibliografia es cita l'obra d'un talibà del nacionalisme espanyol com Francisco Caja, *La raza catalana*, o bé, fins i tot, que Loquillo rebí la dubtosa consideració d'artista de renom internacional (p. 273), no hi haurien d'haver dubtes respecte quin és l'ataronjat missatge que es pretén fer arribar al lector. I pel que fa als historiadors, són Ricardo García Cárcel i Carlos Martínez Shaw els únics esmentats per l'autor.

Davant de qualsevol tipus de manual, que està forçosament limitat pel que fa a l'espai a emprar, sempre és un recurs fàcil i estèril entrar en el joc de fer esment del que no hi és i hauria d'haver estat a les seves línies. Però en aquest llibre sí que considerem que les absències són en algunes ocasions poc justificables, atès que l'obra s'hagués pogut desprendre de no poc llast, que en cap cas es pot valorar d'imprescindible en una obra amb aquests límits i característiques. Així, si a les seves pàgines s'ha trobat espai per fer esment a Jiménez Losantos i al Cobi, la Casita Blanca i Loquillo, a un reguitzell de jugadors del Barça, i àmplies relacions de motociclistes, tennisistes, alpinistes, nedadores de natació sincronitzada, el *dream team* i els germans Gasol, a més d'Els Pets i Muchachito Bombo Infierno....., per posar només uns exemples, encara resulta més sorprenent la manca de presència a les seves pàgines de determinats esdeveniments històrics que creiem que sí que hi haguessin d'haver tingut cabuda. Exemples? El paper de les classes populars en la Història del país, la *Sanjurjada*, la pràctica de tots tipus de tortures per part de la policia durant el Franquisme, els acords de 1953 amb els EUA, el naixement del diari *Avui*, el pes de les mobilitzacions al carrer

durant la Transició, o bé, l'absència en tot el relat de les sigles de la UGT.

Història mínima de Catalunya? Certament. Atès que sota mínims es troba a les seves pàgines el rigor, la capacitat de síntesi, la concreció cronològica, la reflexió i la imparcialitat. Tal com es diu a la portada del llibre, es tracta d'una obra "imprescindible", certament. Imprescindible per poder apreciar com es pot subordinar el rigor a uns plantejaments ideològics determinants, que per molt "emergents" que aquests siguin no deixen de fer un nul favor a una ciència històrica que, en principi, s'ha d'intentar portar a terme amb la major asèpsia ideològica i el màxim rigor. Argumentar que es lluita contra determinades manipulacions de la Història, que hi són i s'han de denunciar i combatre, no atorga *per se* una suposada àuria d'imparcialitat. Però, en tot cas, i per dir-ho ras i curt, sí que podem afirmar que aquells que consideren que Catalunya no és una nació i que el catalanisme és un invent de determinades elits, entre d'altres consideracions de les mateixes característiques, ja tenen un llibre de capçalera pel que fa referència a la Història de Catalunya. El menys important és que sigui d'un valor "mínim", segons el nostre criteri, des del punt de vista historiogràfic.

Hem esmentat errors, omissions i deformacions. Posem alguns exemples. Entre els primers, citem alguns que afecten al període medieval. Un període allunyat de l'escenari habitual dels treballs del professor Canal sobre el carlisme, però que no per això ha d'implicar que les seves pàgines tinguin menys rigor. Així, no és cert que Ramon Berenguer IV regís Aragó (p. 37), o bé que Múrcia fos conquerida el 1296 (p. 56), quan ho va ser trenta anys abans. Igualment també es comet un error quan es diu (p. 65) que Pere IV va posar fi al regne de Mallorca el 1343, atès que el Tractat de la

Unió que formalment ratificava aquest fet i la rendició de Jaume III es produí l'any següent. Però la manca de rigor i els errors impropis d'un autor amb el currículum del que ens ocupa, també els trobem en altres períodes històrics. Així, l'inici del regnat de Felip II s'ubica deu anys més tard, 1566 en lloc de 1556 (p. 91), o bé, ja a l'etapa contemporània es cometen errors criticables en un alumne de batxillerat, com el de dir que Macià el 14 d'abril de 1931 proclamà en nom del "poble de Catalunya" —expressió que no s'empra en el ban— l'"Estat Català que, amb tota cordialitat, procurarem integrar a la Federació de repúbliques ibèriques" (pp. 176-177), quan en el conegut ban de proclamació s'explicita que es tracta de la "República Catalana com Estat integrant de la Federació Ibèrica". Igualment es fa difícilment comprensible com les dates de dues de les tres eleccions a Corts que es van produir durant la II República estiguin equivocades: 28 de juliol de 1931 (p. 178), en lloc de juny, i 19 de febrer de 1936 (p. 189), en lloc de 16.

A nivell formal, el lector també hagués agraït una major concreció respecte a la nomenclatura a emprar quan s'esmenten determinats fets o períodes històrics, atès que no és lògic emprar les minúscules en referència al Trienni Liberal, Sexenni Democràtic, Bases de Manresa, les Vespres sicilianes o les Corts espanyoles i, en canvi, escriure en majúscules II República i I Guerra Carlina. Igualment dir que Alfons IV "va entrar triomfant a Nàpols en la dècada de 1440" (p.70), no deixa d'amagar la data concreta de l'esdeveniment històric, 1442.

Si bé l'obra també fa incursions a aspectes culturals, econòmics, demogràfics i, tal com hem vist, a l'àmbit de l'oci, reserva el moll del seu contingut al que és el seu veritable objectiu: oferir una visió, suposa-

dament oberta i gens contaminada pel nacionalisme català, de l'evolució dels territoris que s'acabaren anomenant Catalunya des dels seus orígens. Encara que, precisament, un aspecte cabdal al respecte, com el trencament entre Borrell II i la monarquia franca no sigui ni esmentat. Després d'afirmar que a partir de la conquesta de Siurana als sarraïns “Una entitat que responia al nom de Catalunya quedava, a grans trets, formada” (p. 38), a les seves pàgines té lloc una inexplicable incursió en la història de “les quatre barres”, que culmina, ni més ni menys (pp. 42-43) en el període actual, on s'afirma que s'ha produït una “extrema banalització de la senyera i l'estelada”, es fa esment a l'equiparació del Barça que empra la senyera i es conclou amb un “La guerra de banderes està servida” (sic!).

Pel que fa a un dels aspectes del relat identitari que poden ser objecte de més crítiques, com és el de la Guerra de Successió, cal dir que les pàgines dedicades a l'episodi pel professor Canal són manifestament limitades i insuficients. Així, s'obvien treballs importants al respecte, com els del professor Joaquim Albareda, a la vegada que no es fa esment a la lluita dels austriacistes catalans, no només per la defensa de les institucions del país, sinó per una perspectiva paral·lela i més àmplia d'una “Espanya plural”. A més d'obviar episodis, com el de l'execució del general Josep Moragües. Això sí, no s'està d'afirmar que “No es va tractar ni de la fi de la nació catalana ni de la supressió d'un sistema democràtic” (p. 107)., afirmació que caldria clarificar en referència a la definició de “nació” i “estat”, i també respecte la significació de la paraula “democràcia” a inicis del segle XVIII. Però des del “nacionalisme banal” tenyit d'un suposat cosmopolitisme que creiem que professa el professor Canal, ja sabem

que la negació de la nació catalana forma part axial del seu *constructum* ideològic.

I és a partir d'aquest punt del relat cronològic quan l'autor cala baioneta amb la intenció de construir el seu discurs, sempre subordinat a la ideologia subjacent en el mateix, sense tenir cura dels “danys col·laterals”. El seu discurs a partir d'ara es centrarà a intentar demostrar que “la nació catalana” és una construcció artificial, que s'articula a partir de finals del segle XIX: “Abans del s. XX no hi havia cap nació anomenada Catalunya” (p. 151), atès que van ser els nacionalistes [catalans], segons el criteri de Canal, qui van crear/inventar una nació i nacionalitzar els catalans. Aquest projecte assoliria els seus objectius a partir d'actes com les commemoracions de la derrota de 1714 (p.119), la reinvençió de la sardana, la utilització del cant d'Els Segadors, o bé l'oposició al flamenc i als toros, als quals, per cert, també s'hi oposaven els socialistes, gens dubtosos, per altra banda, de suposades vel·leïtats nacionalistes perifèriques. En un relat del significat de l'11 de setembre que també s'allarga fins a l'actualitat. De manera significativa, les grans mobilitzacions sobiranistes són explicitades de forma molt superficial, però, en canvi, sí que hi ha lloc, com no, per fer esment de l'acte quantitativament molt inferior organitzat per Societat Civil Catalana a Tarragona l'any 2014. Aquest es contraposa amb la utilització de la Diada que farien els nacionalistes catalans, en la seva voluntat de “construir el demà des de l'ahir” (p. 122). Un procés “constructor” en el qual jugaria un paper clau la tasca portada a terme per Prat de la Riba des de la Mancomunitat, en un “assaig nacionalitzador [que] va tenir força èxit”, i respecte al qual l'autor no s'està d'assenyalar unes “suculentos possibi-

litats de funcionarització” (p.162), com una de les seves raons.

Arribats al segle XIX, estranya que un període en el qual el professor Canal ha centrat bona part dels seus treballs, tingui un tractament tan superficial a les pàgines de l'obra. Però és sobretot quan la *Història mínima* aborda el anys de la II República que les fòbies de l'autor arriben al seu zenit, sobretot quan es parla de la figura del president Companys. Fer un relat de la rebel·lió d'octubre de 1934 sense apuntar els aspectes de caire intern i internacional que la motivaren (que no justificaren) és, com a mínim, una lleugeresa, però fer recaure el seu origen en una actuació per part de Companys “populista, viril i martirial” (pp. 185-186), no deixa de ser un disbarat. Aquest assoleix la seva màxima i grollera dimensió quan es parla del “cor i l'entre-cuix” de Companys com una de les raons de la insurrecció, atès que, segons Canal en el rerefons dels Fets d'octubre cal ubicar, ni més ni menys, la suposada pugna del President amb Miquel Badia per aconseguir els “favors sexuals de la seva amant” Carme Ballester (p.186). Un Companys que és obvi que no compta amb les simpaties de l'autor com a personatge històric, el qual, des d'ara, assumiria una “posició victimista. I destinada [sic!], fatalment però fecundament, al martiri”.

Arribats a les pàgines dedicades a la Guerra Civil, no deixa de ser confosa l'explicació de la derrota del rebels als carrers de Barcelona el 19 de juliol per part de policies “anarcosindicalistes i d'algun grup de paisans” (p. 194). Atès que la redacció de la frase ens porta a la pregunta: si els cenetistes no eren policies ni paisans, llavors, què eren?. O igualment podríem considerar una lleugeresa inapropiada dir que el fracassat desembarcament a Mallorca de l'estiu del 1936 va acabar “com el rosari de

l'aurora” (p. 199). En aquest àmbit, l'autor ens assenyala encertadament que el conflicte bèl·lic “no va constituir, ni molt menys, una guerra contra Catalunya” (p. 197), però obvia que un dels eixos vertebradors de la rebel·lió fou l'aversion vers l'autonomia catalana, entesa com una amenaça a la unitat de la pàtria espanyola.

Del relat de l'etapa Franquista, presentada amb pulcritud però sense cap tipus d'anàlisi, crida l'atenció l'escàs paper que s'atorga al caire repressiu del règim, liquidat només amb una referència a la “intensa repressió” (p. 211) de postguerra. I quan arribem a les pàgines dedicades a la Transició, crida l'atenció el nul esment a les nombroses i àmplies mobilitzacions populars del període i el cost a nivell de repressió que van tenir, sobretot en temps del govern Arias-Fraga que pràcticament és absent a les pàgines de l'obra. En aquest sentit només es fa referència a la manifestació del 8 de febrer de 1976 (p.254), però incomprendiblement s'obvia la prèvia del dia 1. I quan ens endinsem en el relat del període, no podem menys que trobar notòries insuficiències en el relat. Així, s'esmenta l'“operació Tarradellas”, però sense aportar-ne cap justificació o explicació. O bé quan es fa esment a la multitudinària manifestació de l'11 de setembre de 1977, i es diu que “va reunir segons la llegenda un milió de persones” (p.258). Una peculiar forma, “llegenda”, de referir-se al que va publicar la premsa del moment. És cert que es van exagerar les xifres de participació, de totes formes, extraordinària; però la manca de concreció posa de manifest l'existència d'estudis rigorosos que quantifiquen la participació de forma molt més acurada, en uns 750.000 manifestants. I quan es parla de la redacció de l'Estatut de Sau es diu que “Es va destacar llavors el concert

econòmic” (p.260), un error tipogràfic quan es volia dir “descartar”?.

A les seves pàgines també trobem lloc per a una relació de columnistes i col·laboradors als mitjans de comunicació més àmplia que els noms ja esmentats a l'inici d'aquesta ressenya. Tots ells de clara afinitat ideològica amb els referents ideològics de l'autor que són presents al llarg de tota l'obra (p.275), que destacarien en mig d'una cultura catalana “entotsolada i autoreferencial”, on predominaria, segons l'opinió de l'autor, la quantitat més que la qualitat (p.273).

En l'apartat corresponent, el *Pujolisme* és objecte de dures crítiques per part de Canal, tant pel seu projecte de “construir [una visió determinada de] Catalunya”, com del procés de “nacionalització” que sota els seus governs va patir la societat catalana. Una circumstància que, afirma, també es va donar durant els dos governs tripartits. De fet, l'única ocasió en el decurs de l'obra on es reproduïx un escrit, és en la crítica indistinta dels governs de Pujol i tripartits, signat per l'intel·lectual de referència de l'autor, Francesc de Carreras. I ubica en aquests paràmetres l'origen de la situació actual de la societat catalana, al costat de la crisi econòmica i social (pp. 283-284). Aquesta, segons els seus criteris, estaria caracteritzada per un “estès clientelisme”, amb un paper cabdal d'opïnadors i polítics que comptarien amb el suport inestimable d'un televisió de règim –TV3, sense deixar de banda d'aquest malèfic *totum revolutum* nacionalista (català) la normalització lingüística, de la qual es diu, sense cap tipus d'embut, que ha estat emprada com una eina de manipulació en l'àmbit de les idees i les estructures mentals (p. 284). També tindria la seva responsabilitat un Memorial Democràtic, des del qual “es van travar clientele i es va repartir i malgastar molts diners per

intentar imposar una visió profundament maniquea de la història catalana del segle XX” (p. 278). Una acusació greu, i en la nostra opinió completament esbiaixada que, en tots cas, s'hauria d'argumentar més enllà de la mera desqualificació. De la crema, només es salvarien, a part de les plomes afins esmentades, dos polítics, curiosament gironins com l'autor: Joaquim Nadal i Santi Vila (p. 283). Casualitat, o es tracta d'allò que “la terra tira”?.

I ja en la recta final de l'obra, s'acaba d'arrodonir la peculiar però gens casual *Weltanschauung* de l'autor sobre la Història de Catalunya. Així el conegut “cepilló” d'Alfonso Guerra respecte l'Estatut de 2005 és reduït a “modificacions” i la posterior sentència del Tribunal Constitucional a “petita retallada del text”. En canvi, la resposta ciutadana a ambdós fets s'atribueix a la manipulació de ciutadans “indiferents”, que serien mobilitzats “per la via de la crispació, el victimisme i la defensa de la pàtria amenaçada”. I en el segon dels episodis esmentats, s'hi adjectiva de “desmesurada”, “estimulada per associacions [quines?] en mobilització permanent”. Aquesta reducció d'amplis sectors de la ciutadania al de meres titelles, acabaria tenint com a resultat, segons l'autor i de forma monocausal, un “deteriorament de la convivència” (pp. 279-282), sense precisar en quins àmbits aquesta s'hauria posat de manifest.

Per acabar el discurs, la conclusió a la qual arriba l'autor a l'hora d'interpretar la situació actual de Catalunya, el veritable epicentre que justifica les dues-centes setanta pàgines anteriors, no pot ser menys que el d'una societat catalana actual dividida i fracturada. Amb uns responsables molt clars, segons l'autor, al respecte de com s'hauria arribat a aquesta situació. Tota l'obra traspuja aquesta intencionalitat. En el que sí que estaríem d'acord seria en

la darrera frase del text, en el sentit que la sortida de la situació actual precisa d'“intensos esforços d'imaginació i exercicis convençuts de pedagogia política”.

Per acabar, malgrat que l'ara professor de l'Escola d'Alts Estudis en Ciències Socials de París va voler presentar la seva obra com un instrument per “acabar amb les perversions de la historiografia catalana” (*Diari de Girona*, 10-9-2015), podem afirmar que, segons el nostre criteri, aquest objectiu no s'assoleix en el contingut del llibre que ens ocupa. No es poden combatre les deformacions de determinada historiografia a partir d'una visió completament oposada, legítima i, fins i tot, necessària, però no com, en aquest cas, també carregada de “perversions”. És a dir, d'una visió subjectiva, esclava d'un evident plantejament de caire polític que condiciona tota l'obra. On la necessària imparcialitat està completament absent, amb excessives i deformadores filies i fòbies. A més, si aquests condicionants de caire ideològic que hem intentat desgranar al llarg de la ressenya, no fossin suficients com per no poder valorar el llibre com una aportació substancial al mercat editorial, els errors i omissions que conté acaben de fer-nos valorar a la baixa el seu pes en el context del manuals d'Història de Catalunya. A no ser que se'n vulgui llegir una visió molt concreta, gens amable amb el nacionalisme (només el català), i de marcats matisos taronges. Si en l'esmentada entrevista al rotatiu gironí, l'autor ens diu que l'obra ressenyada és una obra d'encàrrec, podríem respondre que objectiu assolit. Producte al mercat. Això sí, com a exercici de rigor, *Història mínima*, molt mínima.

David Ballester Muñoz
Universitat Autònoma de Barcelona

Alejandro Andreassi Cieri, *El compromiso fàustico. La biologización de la política en Ale-*

mania, 1870-1945, El Viejo Topo, Barcelona, 2015, pp. 388.

La gran cuestión que aborda este libro es la relación entre las ciencias, las ideologías y las culturas políticas. La legitimación que antiguamente daba la religión a las ideologías políticas fue sustituida, en la época contemporánea, por el prestigio de la ciencia, de donde se deriva el interés por fundar cualquier proyecto social en verdades científicamente fundadas. Esta gran transformación del pensamiento occidental se puede observar, de forma palmaria, en lo que el autor denomina la “biopolítica”, es decir, en la aplicación de supuestos principios científicos de la biología a la organización social y política.

En su nivel más inocuo, la biopolítica supone una concepción de la sociedad y del Estado desde una perspectiva organicista, como un gigantesco organismo dotado de una estructura similar a la de los animales superiores. En su versión aplicada significa la gestión de la vida humana por el Estado, con políticas públicas de natalidad, de promoción de la salud, o de prevención de enfermedades, y en algunos casos con verdaderos proyectos de ingeniería social.

El caso de estudio de esta obra es el de la ciencia y la política alemana, en un periodo largo que va desde 1871 hasta el final de la experiencia nazi. Un periodo excepcional que coincide con la difusión de la teoría de la evolución de las especies, la construcción de un nacionalismo alemán orgulloso y expansionista, y el desarrollo de un racismo biólogo que inspiró la ideología que alcanzó el poder en 1933. El interés del caso alemán radica en que allí la biopolítica, en su versión más extrema, llegó a convertirse en política de Estado: “El nacionalsocialismo no es otra cosa que biología aplicada”. El libro se propone reconstruir el contexto político y cultural en el que se desarrolló,

rastrear los orígenes ideológicos de la política criminal y genocida de los nazis, y explicar cómo se construyó un imaginario social que hizo posible la barbarie de aquél régimen.

El análisis se centra en los medios académicos y científicos, donde se fraguó esa lectura biológica de la organización social y política. Los científicos, según el autor, fueron los responsables de difundir una concepción determinista de la existencia humana según la cual las leyes naturales determinan la acción humana social y cultural. La extensión de esas concepciones en el tejido social extraacadémico y en el propio debate político también fue propiciada por los propios académicos, a través de sus obras de divulgación, de su participación en ligas y asociaciones, o inspirando las políticas públicas de la propia administración. De sus teorías se nutrieron los círculos militares, los dirigentes económicos y los líderes del nacionalismo radical. Los científicos, por lo tanto, contribuyeron a crear un marco teórico que hizo posible que la cultura alemana acabara “normalizando” esas ideas, sin provocar el repudio moral que merecían desde una perspectiva humanista o ilustrada.

Para demostrarlo el autor analiza de forma minuciosa la influencia de las ciencias naturales en la construcción del paradigma biodeterminista. El método consiste en el análisis de textos científicos, debates académicos y cualquier producto discursivo en el que se aplican las supuestas enseñanzas de la ciencia natural a la organización social y política. El escrutinio comienza con la antropología física de finales del XIX, que manejaba la hipótesis de que los rasgos anatómicos y las variables vinculadas a las características físicas, al menos en el caso de Alemania, podían ser definidoras de la nacionalidad. Si en la primera mitad del siglo

la fundamentación de las características nacionales de los alemanes se hacía desde una perspectiva fundamentalmente lingüística y cultural, el propio desarrollo de la antropología hizo que cada vez más se hiciera sobre bases biológicas.

El organicismo y la teoría del Estado celular fue otra aportación, en este caso de la biología, a la reducción de la naturaleza social y cultural del ser humano a las férreas leyes de la naturaleza. Una lectura organicista de la sociedad consideraba la división del trabajo y la diferenciación de funciones como un fruto natural de la evolución y un signo de progreso, lo que, aplicado al ámbito social, servía para descalificar las teorías y las doctrinas igualitaristas. Como dice el autor de la obra, la hipóstasis, más que la metáfora, del mundo biológico fue un recurso utilizado para legitimar el orden social y político existente, incluso sistemas como el autoritarismo y la autocracia.

Pero fue la teoría de la evolución, en sus diversas versiones, la que mejor sirvió para dar una base científica a ideologías conservadoras, racistas y ultranacionalistas. El socialdarwinismo, basado en una lectura sesgada de la teoría de la evolución, fue una ideología pseudocientífica que impregnó las investigaciones de numerosos antropólogos, biólogos, médicos y otros científicos de la época. El concepto de supervivencia de los más aptos, por ejemplo, se utilizó como demostración de la superioridad de las clases favorecidas, pues las desigualdades sociales se podían interpretar como el resultado natural de la competencia y de la adaptación. Dando un paso más, algunos científicos llegaban a afirmar que las capacidades de los individuos dependían de sus características biológicas, las que a su vez eran resultado de los mecanismos conjuntos de la selección natural y la transmisión hereditaria de sus características. De ello se

deducía que las diferencias sociales representaban en realidad diferencias biológicas, lo que podía llevar a considerar las clases sociales como verdaderos “grupos raciales” antagónicos.

En su afán por vincular las aportaciones de la ciencias naturales al devenir social y político, algunos científicos alemanes se propusieron luchar contra lo que se consideraba pérdida de la vitalidad biológica de los pueblos, y que se designaba como degeneración. Los socialdarwinistas formulaban directrices para inspirar unas políticas públicas que fueran adecuadas desde el punto de vista de la higiene racial. Las medidas que se adoptaban desde el Estado para proteger a los sectores más desfavorecidos de la sociedad, por ejemplo, eran indeseables porque creaban incentivos “antiselectivos”: al permitir la supervivencia de los más débiles, los incipientes sistemas de protección social impedían que operaran los mecanismos naturales de selección. Con el tiempo, afirmaban, esas medidas tendrían graves consecuencias porque mermarían la potencia militar del país y con ello podían afectar a las posibilidades de Alemania como gran potencia. El socialdarwinismo, por supuesto, también se aplicaba al sistema internacional: la posición de las naciones dominantes se explicaba por su mejor adaptación a un medio caracterizado por la lucha continua por la supervivencia.

Resulta curiosa, en este sentido, la consideración que hacían de los efectos de la guerra en el *stock* genético de la población. La guerra podía tener un efecto “contra-selectivo” cuando enfrentaba a países desarrollados, como ocurrió en el conflicto de 1914-18, ya que provocaba grandes pérdidas entre los individuos más aptos, los que eran llamados a filas, mientras multiplicaban las posibilidades de procreación de los elementos más débiles. Pero también podía

tener una función positiva al actuar como “un intenso estímulo”, de forma similar a los estímulos aplicados a los órganos en el campo fisiológico. En las guerras entabladas contra pueblos no europeos, como ocurrió durante la expansión colonial, el efecto era siempre positivo, pues el resultado era elevar el promedio de dotación genética de la especie humana al imponerse las naciones genéticamente más aptas.

Cuando la genética se impuso a la antropometría, es decir, cuando el estudio de las diferencias funcionales sustituyó al análisis de las categorías fenotípicas fijas, se desarrolló también su correlato práctico, la eugenesia o higiene racial, una especie de antropología social aplicada que gozó de gran prestigio científico a comienzos del siglo XX. La eugenesia se proponía luchar contra las causas de la decadencia de los pueblos, provocada por la degeneración de la raza, con medidas profilácticas y preventivas. La que concitaba más consenso era la de impedir la reproducción de los miembros de la sociedad que presentaran trastornos mentales o enfermedades consideradas hereditarias, mediante la esterilización o la prohibición del matrimonio. Fue durante la República de Weimar cuando la eugenesia empezó a penetrar en los ámbitos legislativos y gubernamentales, con propuestas que trascendían del ámbito académico para ser incluidas en la agenda de las administraciones públicas. Con ello la libertad del individuo quedaba subordinada al perfeccionamiento de la calidad biológica de la comunidad nacional, tarea cuya responsabilidad incumbía al Estado. Al mismo tiempo se produce el avance de ideologías claramente racistas, basadas en la convicción de que los factores biogenéticos determinaban las dotes mentales y físicas de los pueblos. La confluencia de racismo y eugenesia durante el régimen nazi daría

lugar a una legislación volcada al logro de una comunidad nacional homogénea y saludable psicológica y biológicamente.

La tesis del libro, por lo tanto, es que “el nazismo posee un núcleo biopolítico que utilizaba para afirmar de modo radical la desigualdad entre los individuos de la especie humana”, y que esa construcción biopolítica potenciaba el racismo ideológico. Es decir, que toda aquella producción pseudocientífica que se realizó en los medios académicos alemanes en las décadas anteriores acabó dando cobertura “científica” a los objetivos racistas de los nazis.

El problema, así planteado, consiste en demostrar que una interpretación determinista y una comprensión del mundo *-zeitgeist-* de origen científico pueden orientar un comportamiento político. ¿Hasta qué punto un producto cultural como aquél tiene potencial explicativo como factor causal de una práctica política? ¿Aquellas obras, leídas por los ideólogos nazis, sirvieron de fundamento a sus delirios racistas? ¿Las ideas de antropólogos y médicos eugenistas inspiraron las famosas leyes de Núremberg? La solución del autor consiste en considerar la cultura no como una causa, en el sentido comúnmente entendido en el mundo científico, sino como algo que establece un campo de posibilidad de lo que puede y no puede hacer (p. 330). Frank Ninkovich, en *Global Dawn: The Cultural Foundation of American Internationalism, 1865-1890* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2009), utiliza una curiosa metáfora biológica para ilustrar este punto: no es que el internacionalismo, su tema de estudio, tenga raíces culturales, sino que la cultura proporciona el tipo de suelo en el que ciertas acciones pueden o no germinar. Las ideologías, como las bellotas caídas de los árboles, sólo prosperan si encuentran un humus que favorezca su germinación.

Las opiniones socialdarwinistas del mundo académico alemán y los principios biopolíticos de la cultura política alemana no fueron la causa del genocidio, pero hicieron posible que los alemanes lo consideraran como una solución adecuada para resolver ciertos problemas. La cultura define los parámetros de lo que es posible, proporciona un contexto causal, aunque no determine la elección que cada pueblo puede hacer dentro de esos límites. Por ello es importante estudiar, como hace este libro, los fundamentos culturales de las ideologías políticas.

Antonio Niño

Universidad Complutense de Madrid

Mercedes Peñalba Sotorrió, *La Secretaría General del Movimiento. Construcción, coordinación y estabilización del régimen franquista*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2015, pp. 466.

Factor clave en la desestabilización de la democracia republicana, catalizador de la movilización derechista durante la guerra civil, persistente enclave autoritario durante el periodo de transición, pero, ante todo, omnipresente partido único durante casi cuatro décadas de dictadura fascista, Falange Española ocupa, forzosamente, y en cualquiera de sus denominaciones *-jonsista, tradicionalista, renovada, auténtica o, más cínicamente, etiquetada de forma oficial como Movimiento Nacional-* un lugar muy destacado en la historiografía española sobre el siglo pasado. Por todo ello, resulta todavía más sorprendente que, a pesar de contar con brillantes aproximaciones al falangismo desde toda clase de perspectivas, hasta el momento ningún estudio de envergadura hubiera abordado monográficamente el análisis de su principal organis-

mo de gestión, la secretaría general (SGM), una tarea que ahora ha quedado felizmente completada, de manera prácticamente definitiva, con la aparición del libro de Mercedes Peñalba que constituye el objeto de las siguientes líneas.

Actualmente profesora de Historia contemporánea en la Manchester Metropolitan University, Mercedes Peñalba representa la creciente internacionalización de nuestra profesión, y ya no sólo en cuanto a su consolidada presencia en congresos y encuentros académicos más allá de los pirineos, sino también como docentes en centros europeos y americanos, una circunstancia que —al margen de que se haya visto indudablemente impulsada por la falta de oportunidades laborales derivadas de los recortes en el ámbito educativo— es una buena muestra de la capacidad formativa y la calidad científica alcanzadas por numerosos departamentos universitarios. Es de esperar, en este sentido, que dicha doble presencia contribuya a asentar definitivamente nuestra producción historiográfica entre las referencias utilizadas por las grandes obras de síntesis histórica, lo que supone todavía una asignatura pendiente. Así, por ejemplo, y a propósito del ámbito concreto de estudio que nos ocupa, la mayoría de las interpretaciones sobre fascismo genérico continúan ignorando en cierta medida el caso franquista, o se limitan a dar cuenta del mismo con una serie de afirmaciones obsoletas sin rastro de las últimas investigaciones, y todo ello a pesar de que la dictadura española puede constituir una experiencia interesante para profundizar en determinados aspectos de la naturaleza del fenómeno, al tiempo que, para el periodo posterior a 1945, proporciona un modelo concreto de su intento de adaptación a un contexto completamente diferente al de su marco de referencia originario, y sin

necesidad de recurrir a ejercicio contrafac-tual alguno.

Resultado de su tesis doctoral, defendida en la Universidad de Navarra, y publicada por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales dentro de su colección de Estudios Jurídicos —cuyo cuidado catálogo incluye algunas de las aportaciones que han contribuido a redimensionar numerosos elementos de la estructura política y doctrinal del régimen de Franco—, la obra de Mercedes Peñalba, que retoma y matiza las argumentaciones ya presentes en sus trabajos anteriores (en especial la monografía *Falange Española: historia de un fracaso (1933-1945)*, EUNSA, Pamplona, 2009), está llamada a convertirse en una referencia ineludible para los estudios sobre la falange y el franquismo. De factura clásica, la obra se articula mediante una secuencia cronológica que da comienzo en plena Guerra civil española, con la creación de Falange Española Tradicionalista (FET-JONS) como resultado del decreto de unificación de abril de 1937, y abarca hasta el verano de 1945, momento en el que la secretaría general de Falange pierde su condición ministerial y es dejada vacante por Franco, en lo que suele ser considerado como un oscurecimiento del partido único del que ya nunca conseguiría recuperarse.

Dentro de este esquema general, y tras una detallada exposición de las bases organizativas sobre las que iba a levantarse la nueva estructura partidista (capítulos I y II), el eje central de los distintos epígrafes es la gestión de cada uno de los titulares del cargo durante dicho periodo, Raimundo Fernández Cuesta (capítulo III), Agustín Muñoz Grandes (capítulo IV) y José Luis de Arrese (capítulos V y VI), personaje este último sobre el que la autora se detiene especialmente, en lo que constituye, uno de los nudos centrales de su aportación histo-

riográfica. A este respecto, particularmente lograda es la importancia otorgada a la personalidad y trayectoria formativa de cada uno de los secretarios y cómo dichas circunstancias se transmitieron en cada momento al conjunto de la institución, una identificación que refleja muy acertadamente la fusión entre esfera privada y pública tan característica de los sistemas dictatoriales, y que en el franquismo alcanzó cotas notables, en particular entre los históricos del falangismo. Como hemos señalado, el final de la Segunda Guerra Mundial marca el punto final de la monografía, algo que, por más que se adapte a la realidad del contexto internacional y quede adecuadamente justificado en la introducción (p. 24), pues habría sido muy difícil mantener el mismo nivel de exhaustividad para un periodo más dilatado, no deja de suponer una lástima, ya que haber prolongado el análisis apenas unos años más, por ejemplo hasta 1948, con la inclusión de la etapa gestora a cargo de Rodrigo Vivar Téllez y la vuelta a la secretaría general de Fernández Cuesta, nos habría permitido arrojar algo de luz sobre una zona en la que todavía predominan las sombras acerca de las estrategias seguidas por el Movimiento para conseguir sobrevivir a la posguerra, así como a sus condicionamientos para adaptarse al mundo de la Guerra Fría. De esta forma, lo único que cabe esperar es que esta aproximación a la historia del principal organismo falangista se vea completada en futuras investigaciones.

Entre los elementos más reseñables de la obra se destaca el minucioso análisis que se realiza de las dificultades para integrar en el seno del nuevo partido a la Comunión Tradicionalista, muchos de cuyos militantes rechazaban la unión con los falangistas (a modo de ejemplo, pp. 78-83 y 245-249), así como de sus sucesivos intentos por fa-

vorecer una restauración monárquica de signo carlista. Nada sorprendente, puesto que otra de las contribuciones previas de la autora (*Entre la boina roja y la camisa azul. La integración del carlismo en Falange Española Tradicionalista y de las JONS (1936-1942)*, Gobierno Foral de Navarra, Pamplona, 2014) versaba justamente sobre dicha problemática, ahora muy bien enlazada en la exposición general sobre la SGM.

Del mismo modo, Mercedes Peñalba clarifica y contextualiza toda la dinámica reorganizadora acometida en el seno del partido tras el final de la Guerra civil, desde la creación de la categoría de vieja guardia, considerada un «valiosísimo elemento de continuidad política», hasta el proyecto de creación de un Frente del trabajo, a imagen y semejanza del existente en Alemania, pasando por la reordenación de las milicias, a las que dedica unas interesantes páginas que anticipan sin duda una futura investigación como estudio de caso, y las interminables discusiones en torno a la definitiva estructuración de los sindicatos, finalmente sancionada mediante la Ley de Unidad Sindical, pero que quedó desprovista de nervio político tras el conocido cese de Gerardo Salvador Merino (pp. 218-254). Para toda esta labor de documentación, y en lo que constituye otro de los jalones fundamentales del libro, se destaca la puesta en valor de las fuentes conservadas en el Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN), que incluyen los registros privados de actores políticos tan relevantes como Manuel Fal Conde, Diego Salas Pombo o Manuel Valdés Larrañaga. De esta forma, si bien no se trata de la primera ocasión en la que ha sido consultada, hasta el momento la utilización de esta documentación se limitaba, por lo general, a una mera reproducción positivista en obras sin carga analítica alguna, y sin que dichas fuentes fueran en

ningún momento cruzadas con otras de distinta procedencia. Por el contrario, la autora combina en su exposición las circulares y boletines oficiales emanados desde la secretaría general con la documentación pública y privada del AGUN, con lo que se consigue una argumentación mucho más sólida. En este sentido, particularmente importante es el recurso al fondo de Gregorio Marañón Moya, el que fuera jefe de la secretaría política de la SGM, una figura muy representativa no sólo de los cuadros intermedios falangistas, señalados acertadamente como una de las nuevas líneas de trabajo a profundizar en próximas investigaciones, sino también de un fenómeno, apuntado entre otros por Antonio Elorza hace ya unos años, crucial para comprender el auge del fascismo en España: la progresiva derchización de amplias capas de las clases medias – incluidas varias jóvenes promesas del republicanismo, algunas de ellas, como en este caso, de apellidos familiares particularmente simbólicos– durante la Segunda República.

Este caudal de referencias conduce a unas conclusiones bien trabadas y más ponderadas que en los primeros trabajos de la autora. Así, aunque sigue presente la idea de «fracaso», que, como vimos, vehiculaba su anterior monografía sobre la SGM, se ha abierto igualmente paso el reconocimiento de que «FET logró establecer una serie de canales de influencia nada desdeñables, entre los que podemos destacar el Frente de Juventudes, la Sección Femenina, los Sindicatos y las estructuras locales del partido, a través de los cuales poder difundir la doctrina nacionalsindicalista y garantizar su pervivencia», al tiempo que se señala que *«la burocratización no fue causa del fracaso falangista, sino necesidad y destino insoslayable de todo partido que deja de ser instrumento de lucha para convertirse en gestor de las funciones*

que le encomienda el Estado». Por todo ello, a su juicio, la supuesta «debilidad» de Falange «debe ser matizada» (pp. 414-415), algo que, sin duda, contribuye, en línea con otras recientes aportaciones de los investigadores de la experiencia franco-falangista, a que vayan desterrándose determinadas visiones, en general muy complacientes tanto con el conjunto del régimen como con la –sobre todo tras la muerte del dictador– muy compungida y tremendamente responsable socialmente militancia falangista, que eluden su plena identificación con la dictadura y acuden a refugiarse en el manido discurso de la «traición» y la «revolución pendiente».

En el debe de la obra, por su parte, se destaca la ausencia de un mayor esfuerzo comparativo, en especial con la Italia de Mussolini. Así, aunque se realizan referencias bibliográficas de forma puntual (por ejemplo, pp. 91-93), indudablemente, haber cotejado de manera más sistemática la estructuración, funciones y trayectoria de la secretaría general del Partito Nazionale Fascista (PNF) y de sus titulares con lo acontecido en el caso español habría supuesto una piedra de toque fundamental para calibrar la significación del organismo falangista. Si bien la autora justifica igualmente dicha ausencia (p. 26), resulta difícil evitar la sensación de que la perspectiva elegida produce una visión excesivamente autóctona del fenómeno falangista. En esta misma dirección, podría haberse profundizado más en la propia interpretación que la autora atribuya a la naturaleza de la dictadura franquista.

En efecto, sin que desde luego el interminable debate sobre las esencias ideológicas del régimen deba ocupar la totalidad del espacio en cada ocasión, y por más que en la obra se deslice la cercanía a una definición del franquismo como *fascistizado*,

la amplitud del trabajo realizado sobre la SGM facultaba la posibilidad de ensayar una interpretación más personal a propósito del marco general objeto de estudio. A este respecto, de nuevo, en varias ocasiones se desliza una hipotética incompatibilidad entre el componente católico del falangismo y la doctrina social de la Iglesia con respecto a los modelos estatales nazi y fascista, una asunción controvertida dado que, lejos de configurarse como espacios antagónicos, el catolicismo político y el falangismo coexistieron y colaboraron en el seno del régimen más allá de sus choques por aumentar sus respectivas cuotas de poder, e incluso numerosos intelectuales falangistas que transitaron entre ambos mundos quisieron hacer de este componente católico la específica aportación española al nuevo orden continental forjado por los ejércitos del Eje.

En este sentido, tampoco la apoyatura de la argumentación en el pensamiento joseantoniano y su supuesto rechazo de los modelos totalitarios en razón de su religiosidad resulta suficientemente convincente, puesto que declaraciones en sentido contrario son igualmente abundantes en la incoherente producción de José Antonio Primo de Rivera, como cuando le recordaba en 1933 a Julián Pemartín que «*mientras en Roma se firma el Tratado de Letrán, aquí tachamos de anticatólico al fascismo [...] que en Italia, después de noventa años de masonería liberal, ha restablecido en las escuelas el crucifijo y la enseñanza religiosa*». De la misma forma, aunque en absoluto supone una pauta a lo largo de la obra, en ocasiones la utilización de los testimonios y libros de memorias de los protagonistas puede resultar un tanto inconsistente, con razonamientos y explicaciones aceptados de manera algo acrítica, cuando, como todo material corrosivo, los recuerdos de personajes como José Luis de

Arrese o Javier Martínez de Bedoya deben manipularse con extremo cuidado. Un riesgo lógico, en cualquier caso, en vista de la falta de documentación de archivo capaz de ofrecer una alternativa interpretativa más sostenible.

Se trata, no obstante, de objeciones menores y de sugerencias para estimular el debate académico en torno a los distintos aspectos de la dictadura y el papel de su partido único, en absoluto de críticas que pudieran empañar la valoración global del trabajo de Mercedes Peñalba, que constituye una estimable aportación al conocimiento de la larga noche del franquismo.

Nicolás Sesma Landrin
Universidad Grenoble-Alpes

Mercedes Cabrera, *Jesús de Polanco, 1929-2007. Capitán de empresas*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015, 479 pp. / Juan Luis Cebrián, *Primera página. Vida de un periodista, 1944-1988*, Debate, Barcelona, 2016, 380 pp.

Cuando Vázquez Montalbán se instaló en Madrid hacia 1995 para escribir su acelerado reportaje sobre *Un polaco en la corte del rey Juan Carlos*, en las vísperas de una derrota segura del PSOE en 1996, apenas se sabía nada demasiado fiable sobre Jesús de Polanco. El ya antiguo colaborador de *El País* constató que Polanco llevaba tirantes y que el periódico no había nacido veinte años atrás para situarse en el centro izquierda sino en el centro derecha-derecha, estrechamente tutelado por el reformismo franquista de Fraga. Pero a Fraga dejaron de salirle las cuentas muy pronto y el periódico escapó a su control, sobre todo tras la elección de Adolfo Suárez en 1976 como sucesor de Arias Navarro al frente del gobierno. Sintió que el periódico incumplía

la función que él le había prefijado como portavoz preferente de sus aspiraciones en la nueva etapa posfranquista. También habían creído en ese reformismo franquista y liberal-conservador otros intelectuales de referencia de su Consejo inicial, como Julián Marías, Pedro Laín Entralgo o el mismo cofundador e inicial impulsor, José Ortega Spottorno.

En seguida detectaron que el periódico se distanciaba de sus planes y el tándem sorpresivo Jesús Polanco-Juan Luis Cebrián lo acercaba como mínimo desde 1977 a la fuerza emergente de aquellos primeros años de transición, el PSOE. O en palabras que apenas se citan nunca de Polanco a Vázquez Montalbán: “*cuando el PSOE está en la oposición toma su línea política de la de El País. El diario va diciendo una serie de cosas que el PSOE va haciendo suyas*” hasta convertir en verdad, tal como lo formula el mismo Polanco, que “*el grupo Prisa está condicionado por una audiencia mayoritaria de centro izquierda*” (pp. 117 y 127). La famosa frase de Alfonso Guerra (“*el electorado del PSOE es el lectorado de El País*”) es una variación de esa misma idea. Por entonces era también verdad que ningún socialista había aportado capital alguno a la fundación del diario. Según Felipe González, muchos años después, porque ninguno de ellos tenía capital alguno que aportar, pero me parece que también porque ese periódico en su fundación originaria no iba a ser lo que fue después.

Se suele recordar que en su Consejo estuvo desde el principio Ramón Tamames, amigo personal de Javier Pradera y autor de Alianza Editorial (fundada por el mismo Ortega Spottorno, y en la que participa Polanco con su más estrecho colaborador de siempre, Pancho Pérez González, fundador a su vez de Taurus). Y aunque sea verdad que el comunista Ramón Tamames estaba en la

cárcel la noche del 4 de mayo de 1976 en que una rotativa sin suficiente rodaje tiraba renqueante el primer periódico —a media mañana apenas había salido la mitad de la tirada prevista, con un Polanco exasperado y ya refugiado en su domicilio desde primeras horas de la noche—, el resto de consejeros y los numerosos pequeños accionistas se situaban cerca del reformismo franquista, el conservadurismo liberal y la democracia cristiana con aire socialdemócrata. Éste último era el lugar en el que cabría situar al mismo Polanco, en las proximidades del partido que había fundado Ridruejo, pero en seguida disuelto por su fallecimiento meses antes de la muerte de Franco, en junio de 1975. Y eso equivalía a hacer a Polanco muy poco afín a Fraga, aunque Ortega Spottorno tuviese miedo casi físico del mismo Fraga, como cuenta Cebrián. Pero era verdad a la vez que Fraga “*reunía potencialmente en torno suyo al grupo más numeroso de accionistas*”, cuenta Cebrián (204), entre los cuales hubo al principio un importante accionariado de origen y capital catalán, gestionado por Manuel Milián Mestre y Antonio de Senillosa, pero aportado por el banquero José María Santacreu (cuenta valiosos detalles un tanto caóticamente Manuel Milián Mestre en sus memorias recientes *Els ponts trencats*, Pòrtic).

Buena parte del descrédito actual del diario *El País* entre el votante de izquierdas no tiene nada que ver con ese origen. Nace de la pura disolución en las brumas del pasado de lo que era la España real y franquista, el raquitismo insondable de aquella sociedad éticamente envilecida, ideológicamente esquemática, religiosamente subdesarrollada, socialmente polarizada, culturalmente corrupta e históricamente encallada. Contra ese país nació *El País*, sin necesidad ni voluntad de ser de izquierdas. Hoy sin embargo le ha llegado la etapa de

las tundas y los rapapolvos, algunos quizá justos, otros profundamente injustos. Le ha llegado la misma terapia a la Transición, y ese periódico es uno de sus pilares fundamentales y seguirá siéndolo, aunque quizá menos mitificado y mejor conocido tras algunas contribuciones importantes, en particular el libro de 2004 de María Cruz Seoane y Susana Sueiro, *Una historia de El País y del Grupo Prisa* (Plaza y Janés), junto con algunos análisis más críticos como el de Luis Negró Acedo en *El diario El País y la cultura de las élites durante la Transición* (editorial FOCA).

Es verdad que no ayudan en nada al análisis de sus debilidades históricas o actuales las diatribas cargadas de insolencia (e insolencia escolar) de charlatanes y sectarios. Pero el regreso analítico e informado a aquel tiempo es urgente y necesario para revertir o al menos combatir la usual deformación del pasado para usos políticos del presente, en Podemos y fuera de Podemos. La democracia española no ha sido capaz en los últimos diez años de actualizar y reformar algunos de los nudos que facilitaron aquella primera estabilidad democrática (y hasta socialdemócrata) de los años ochenta y parte de los noventa. Esa torpeza, o esa falta de reflejos y de claridad mental, sobre todo en la izquierda, están consiguiendo retrotraer el desengaño y el descrédito no sólo a estos últimos años sino a la etapa completa. El disparate es mayúsculo, por descontado, pero el rutinario conformismo o el agostamiento vegetativo del PSOE, la agresividad de la crisis desde 2008 y la subsiguiente rebeldía sistémica y organizada (en Podemos) proyectan hoy sobre aquel pasado diagnósticos catastrofistas y casi negacionistas de las virtudes de la Transición con una alegría casi infantil y una impunidad ética e historiográfica que a menudo suena a puro rencor contra la actualidad,

sin grandes visos de prosperar más allá del circuito de las tertulias adictas y los garitos de twitteros.

La combinación de varios de estos factores ha propiciado en los últimos años una considerable acumulación de referencias, específicas y generales, en torno a la construcción institucional de la cultura de la democracia. Quizá la misma evidencia de vivir un fin de ciclo histórico desde la crisis de 2008 ha favorecido la proliferación de libros y análisis que atañen de forma directa a algunas de las empresas centrales de esa democracia entonces en construcción. A veces el objetivo ha sido una descalificación global y apodíctica, con argumentos y lenguaje cuartelero o de bar de carretera, como fue el caso de Gregorio Morán en *El cura y los mandarines* (Akal), o el de un libro colectivo tan desigual como caprichoso y desinformado, dirigido por Guillem Martínez, y titulado con el fetichismo de las siglas, *CT o La cultura de la Transición* (DeBolsillo). Cosa distinta ha sido, evidentemente, el intento de señalar la desconexión con la actualidad de algunas firmas históricas de *El País*, tal como las analiza y simplifica provocativa y beligerantemente Ignacio Sánchez-Cuenca en *La desfachatez intelectual. Escritores e intelectuales ante la política* (Libros de la Catarata), casi todos ellos escritores de referencia de *El País*.⁹

Pero la producción intelectual del país da para más y mejor, por fortuna, y entre lo más valioso está una lista de publicaciones que empieza a ser voluminosa, con aportaciones parciales muy útiles para enfocar la totalidad, o para emplazar a las partes en un punto de vista coherente y articulado. Hace ya años de la perspicacia interpretativa de José-Carlos Mainer en un libro

⁹ Expreso con más detalle mi punto de vista en el artículo "Por qué mi madre es de Podemos", *La Maleta de Portbou*, 18, julio-agosto de 2016, pp. 12-18.

escrito junto a Santos Juliá, bajo el título *El aprendizaje de la libertad* (Alianza Editorial), y que sigue siendo el mejor trabajo de conjunto sobre la vida intelectual, política y cultural de la Transición. Se han añadido en los últimos tiempos algunos otros que habían quedado a trasmano, como el pionero ensayo de Javier Pradera, hoy en forma de libro, *La Transición española y la democracia* (FCE), o la ambiciosa y muy completa revisión de *España Siglo XXI*, que dirigieron para Biblioteca Nueva en cinco tomos Salustiano del Campo y José Félix Tezanos. Otros ángulos de visión han abierto libros como el de Giulia Quaggio, *La cultura en Transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976-1986* (Alianza Editorial) o la propuesta de relectura del presente que late en un libro estimulante de Luisa Elena Delgado, *La nación singular* (Siglo XXI), abandonadas ya las crípticas coordenadas que propuso hace muchos años Teresa Vilarós en *El mono del desencanto* (Siglo XXI), aunque no algunas de las abrumadores simplificaciones, como es el caso del incomprensible estado de la cuestión que ofrece Luis Moreno-Caballud, en *Cultures of Anyone* (Liverpool UP), para aportar a cambio propuestas más creativas en relación con la crisis del presente. Incluso existen penetrantes y culpabilizadores análisis transversales, como *Transbarcelonas. Cultura, género y sexualidad en la España del siglo XX* (Bellaterra) de Rafael Mérida, o la recentísima encuesta reflexiva y sensible que propone una novelista, Marta Sanz, en su particular ajuste de cuentas con el pasado en *Éramos mujeres jóvenes. Una educación sentimental de la Transición* (Fundación José Manuel Lara), lejos de la debilidad del motivo que usa otra escritora, Mercedes Cebrián, para examinar aquella sociedad a partir de la serie que da título a su libro

Verano azul. Unas vacaciones en el corazón de la Transición (Alpha Decay).

El análisis del nacimiento, crecimiento y vigencia del grupo Prisa es el objeto de análisis del libro de Mercedes Cabrera a través de la biografía empresarial de Jesús de Polanco, desde sus orígenes falangistas y católicos y su vocación napoleónica casi genética, hasta la inserción en la alta sociedad de uno de los personajes más poderosos de la España contemporánea. Cabrera maneja una documentación irreprochable en su biografía de Polanco, pero resulta decepcionante en la identificación de la orientación y las líneas de fondo de su larga trayectoria, e incluso de cada una de sus fases y del significado de sus decisiones. Aunque el lector dispone de cuantiosa información de gran utilidad, que será obligatoriamente explotada por numerosos investigadores culturales, a menudo queda ahogado su sentido, su función y la lógica misma de las múltiples etapas de una vida y un proyecto apasionante. Su primera empresa, Santillana, nació en 1960 con la voluntad eficazmente cumplida de renovar el libro escolar en España y América Latina, con el auxilio importante del Ministerio de Información, con el que las relaciones eran “muy buenas”, en particular con Carlos Robles Piquer y el mismo Fraga Iribarne. Desde los años setenta, consolidado el mercado escolar, crece como hombre de referencia de Prisa, editora de *El País* desde 1976, con múltiples ramificaciones futuras –radio, edición literaria, diarios, revistas, televisión, distribución– y una última etapa personal marcada desde finales de los años ochenta por su inserción en los circuitos exclusivos del poder y las élites económicas, tras la separación de su primera mujer.

Cabrera ha adoptado para su biografía un punto de vista metódico y disciplinadamente positivista y muy aséptico en

cuanto a valoraciones interpretativas, como si dejase la lectura profunda de la trayectoria de Polanco para otro formato u otros estudiosos, a partir de su poder editorial y financiero (en 1972, por ejemplo, participa a la vez en la empresa que creará *El País* y en la que ya edita *Cambio 16*), su capacidad de atraer accionistas clave al inminente nuevo periódico, como los editores Juan Salvat o José Manuel Lara, o su ampliación progresiva de negocios en la SER o Canal Plus, hasta la decisión crucial de sacar a Bolsa al grupo Prisa en 2000 (Polanco fallecería siete años después, sin llegar a padecer las dificultades de financiación del grupo a partir del año siguiente).

Es posible que ese enfoque metodológico esté condicionado por el acceso a fuentes de información tan primordiales y ricas como las actas de las reuniones de la Junta de Fundadores y los sucesivos Consejos de Administración de las múltiples empresas de Polanco y, sobre todo, de Prisa, incluidas las voces disonantes, los conflictos interiores entre fundadores y accionistas, las tensiones políticas y las escisiones que vivió un proyecto de éxito inmediato y codiciado por fuertes grupos de presión política y económica (sobre todo conservadores). La autora ha podido acceder también a las entrevistas archivadas pero inéditas que realizaron los periodistas Juan Cruz y Juan Arias hace veinte años, pensadas para redactar una frustrada historia del periódico. Ese libro no llegó a aparecer, pero uno de los periodistas más veteranos del diario, Juan Cruz, sí publicó por entonces, y ha reeditado en este quadragésimo aniversario del periódico, su crónica *Una memoria de El País*, subtitulada acertadamente como *La vida en una redacción* (DeBolsillo). No es un libro metódico ni quiere serlo, pero la información es abundante, y conviene complementarla al menos con su segundo

volumen de memorias, *Especies en extinción. Memorias de un periodista que fue editor* (Tusquets), y su larga conversación de 1996 con Jaime Salinas (cofundador de Alianza Editorial en 1965), titulada *El oficio de editor. Una conversación con Juan Cruz* (Alfaguara), publicada también en 2013.

Al cierre de esta reseña, acaba de aparecer el primer volumen de las memorias de Juan Luis Cebrián sobre aquellos tiempos, *Primera página*, hasta el límite de su dimisión como director del periódico en 1988 y su acceso al cargo de Consejero Delegado de Prisa. Aunque buena parte de sus páginas ofrecen su visión somera sobre personajes de la época, la sociedad, la educación nacional-católica o la vida cultural, lo sustancial y más valioso de su aportación está en el relato de aquello de lo que fue testigo y protagonista: la construcción misma del entramado de un periódico que no fue una apuesta segura ni demasiado atractiva en el momento de su primera fundación (nada menos que hacia 1971, como detalla muy bien Mercedes Cabrera) y que sin embargo conquistó una forma de complicidad casi instantánea, desde el mismo mayo de 1976, con un segmento masivo y creciente de la población. Llegaron a él todos aquellos que habían sentido durante años una forma de orfandad mediática apenas paliada por *Tele/Expres*, por la brevedad de *Madrid*, por alguna etapa de *Informaciones*, por algunos colaboradores de *Pueblo* y, entre la izquierda de la época, por un semanario que fue capital, como *Triunfo* (a pesar de que Cebrián olvida al primero y al último por completo, en un extraño lapsus). No es casualidad que Juan Luis Cebrián procediese de una familia instalada en el corazón del periodismo del régimen, y que fuese muy joven, en torno a sus 20 años, redactor jefe de *Pueblo*, respaldado en *Informaciones* por una familia de periodistas importante, Víctor y

Jesús de la Serna (que estuvo a punto de ser el primer director de *El País*), miembro fundador de la redacción de *Cuadernos para el diálogo* (en 1963) y hasta jefe de informativos de TVE durante medio año, ya en la vísperas de la muerte de Franco. Ese tiempo le “había servido para comprobar que era imposible que el franquismo se democratizara”, y abandonó el cargo tras el cese de Pío Cabanillas en 1974 y las dimisiones de altos cargos como Francisco Fernández Ordóñez y Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambrona. Su inteligencia mezclada con su timidez casi patológica, pero también con su eficacia y su frialdad analítica (o incluso su formación especializada: había participado en un curso en la Universidad de Estrasburgo en mayo de 1968 sobre concentración de empresas periodísticas), propiciaron la propuesta de Polanco en 1975 para dirigir un periódico que Miguel Delibes no quiso dirigir y que nadie imaginaba con el futuro triunfal e inmediato que le esperaba ya un año después de su aparición.

La coincidencia en los datos de Cabrera y el análisis de Cebrián es muy alta. Aquel periódico —lo digo sin muchos matices— estaba concebido como portavoz y plataforma de Fraga y/o Areilza y se convirtió casi de un día para otro en expresión de una izquierda permeable hacia el centro y hacia la izquierda propiamente dicha, con un nivel de audiencia, de crédito y de prestigio que nadie había imaginado con antelación. Demasiadas veces, sin embargo, ambos libros orillan elementos de la realidad cultural y política de entonces que se antojan necesarios para dotar de sentido sincrónico a múltiples iniciativas que conviven con las empresas de Polanco y la primera carrera periodística de Cebrián. Aparte de algunos errores objetivos en ambos libros (y en el caso de Cabrera, la ausencia de alguna bibliografía pertinente en torno a historia

cultural y editorial), es sorprendente el olvido de la relevancia que tuvieron entonces medios como *Tele/Expres* en el caso catalán, la omisión más sorprendente todavía de la revista oficial de la izquierda, *Triunfo*, o incluso la escasa precisión en la caracterización de una clandestina revista como *Mañana*, que fue fundamental para canalizar la agresividad de Ridruejo contra Fraga y fue a la vez preciosa posesión de Polanco en su biblioteca personal.

Las tensiones internas por esa línea política muy temprana de modernización civil y ética de la sociedad española, conectada con la nueva clase media y universitaria, causaron sucesivas y graves crisis en *El País* entre los puntales de una derecha liberal que dejó de sentir suyo el periódico. Carlos Mendo era secretario personal de Fraga cuando se concibe el periódico y había de ser el primer director, por contrato, según los planes de Ortega Spottorno y Polanco en 1972. Y el último testigo de esa derecha instalada en *El País*, Darío Valcárcel, acabó derrotado en cada una de las batallas que dio en el diario y en la empresa en favor de José María de Areilza, antes y después del nombramiento de Suárez, tal como detalla Cabrera y relata Cebrián. Ganó el tándem Cebrián-Polanco, al menos hasta los años ochenta, cuando a la vez empezaron los conflictos con los sucesivos gobiernos socialistas y, en particular, con Felipe González.

Mientras tanto, en los primeros diez años del periódico, la línea editorial estuvo fuertemente marcada por la personalidad de Javier Pradera, jefe de Opinión y jefe de editorialistas, y editorialista él mismo (aunque el primero, del 4 de mayo, según cuenta Cebrián, fue íntegramente suyo; el otro editorial crucial de esta primera historia, el del 23-F, lo redactó Pradera y cuenta Cebrián que cambió el primer párrafo

para aumentar su rotundidad en apoyo a la Constitución). Pradera rebasaba en diez años la edad media de la redacción, incluido el director, Cebrián, entonces de 31, pero además aportaba un bagaje intelectual sin competencia. Había sido entre 1963 y 1966 gerente de la sucursal en Madrid de Fondo de Cultura Económica, y desde ese año director de no ficción de Alianza Editorial, recién fundada por el mismo Ortega Spottorno, la familia Vergara y Jaime Salinas, con participación creciente de Jesús de Polanco, ya dueño de Santillana. Pradera había inventado y promovido libros de Ramón Tamames y Luis Ángel Rojo, José Luis Aranguren y Enrique Tierno Galván, Agustín García Calvo, Manuel Sacristán o Joan Fuster, y buena parte de esa experiencia editorial y otras amistades como Jesús Aguirre se fueron con él a los diversos consejos asesores y las páginas de Opinión de *El País*. Cubría así una horquilla ideológica que iba desde la izquierda comunista y el socialismo revolucionario hasta la democracia cristiana y el liberalismo más tibio, conservador y pronto nostálgico de un periódico que no era el proyectado. Quizá por eso es muy contundente la frase que dedica Cebrián a uno de los personajes mejor tratados y más respetados del libro, y será verdad por tanto que Felipe González y Cebrián tuvieron a Pradera por *“una referencia intelectual obligada para ambos, oficiaba casi como nuestro hermano mayor, y nos aleccionaba sobre la ética en política y los manejos habituales de la izquierda”* (321-322).

No hay contradicción alguna entre este perfil, el centrismo liberal que confiesa Juan Luis Cebrián en esta época (sin que haya razón para no creerle) y la firma de la ampliación de capital decisiva de finales de 1976 con el Banco Ibérico. Con el diario ya en la calle, se convertía el banco en el principal accionista de un capital muy

repartido, con un 10%, Polanco como consejero delegado de Prisa y todo a condición, escribe Cabrera (p. 117), de que *“el periódico defendería la economía de mercado y una monarquía democrática, tan importante lo primero como lo segundo”*. Cree Cebrián hoy, y creía entonces, que Ruiz-Giménez y *Cuadernos para el diálogo* fueron *“la persona y la institución que más habían hecho, en condiciones muy difíciles, por elaborar el espíritu de consenso y reconciliación entre los españoles que haría posible la Transición”* (63). Es natural, por tanto, que Adolfo Suárez ofreciese sin éxito a Polanco y a Cebrián las listas de UCD en puestos de salida segura *“en los comienzos de la democracia”* (322).

Pradera aportaba alguna cosa más, un tanto desdibujada en el documentadísimo estudio de Cabrera pero bien destacada en el libro de Cebrián, y es que tras su abandono de la militancia comunista en 1965 había ido acercándose al socialismo latente de la época, sobre todo tras el relevo en la secretaría general del PSOE de Rodolfo Llopis por Felipe González y su joven camada andaluza. Desde antes de la muerte de Franco, Pradera confió en aquel joven andaluz y *lo apostó todo a él políticamente* (en expresión de un íntimo amigo, Clemente Auger, en cuyo domicilio Pradera fraguó numerosas reuniones aun clandestinas entre Felipe González, Luis Ángel Rojo, Jorge Semprún, Dionisio Ridruejo y otros).

En gran medida el periódico estuvo económicamente a salvo muy pronto gracias a la gestión empresarial de Polanco, pese a las reticencias y escasos entusiasmos inversores en el proyecto. Pero lo estaba también políticamente gracias a la designación en julio de 1976 de Adolfo Suárez como jefe de gobierno. La redacción, mayoritariamente joven y de izquierdas, quedaba así exonerada de defender desde sus páginas los proyectos políticos de los dos franquis-

tas que competían por el control del periódico, Manuel Fraga y José María de Areilza. *El País* empezó a ser otro desde su mismo principio, y fue acercando su línea editorial a la de la redacción y alejándose de su Consejo de Administración, en sintonía con los lectores en una franja claramente de centro y centro izquierda, mientras los intentos de interferir del Consejo de Fundadores y del Consejo de Administración (liderados por José Ortega Spottorno y su ala más conservadora) se veían una y otra vez frustrados, dada la alianza de Cebrián y Polanco. En cierto modo, *El País* tiene algo de microrrelato de lo sucedido en la Transición. Ni uno ni otro cumplieron con sus presuntos planes originales: ni uno fue portavoz del reformismo franquista ni la otra cuajó como continuidad disfrazada del franquismo. *El País* se convirtió en el periódico del centro izquierda de la democracia y la Transición rompió en la Constitución con la legislación franquista, pero nada de eso formaba parte de plan alguno previamente trazado y ejecutado después.

Los datos para la reconstrucción más verídica de aquel tiempo están en el libro de Mercedes Cabrera, que tiene la virtud de ampliar el foco de Polanco más allá de *El País* para dotar al personaje de una forma de ambición empresarial comprometida con las sucesivas etapas de crecimiento de una economía plenamente capitalista. Pero no están en su libro los hilos rojos de una

interpretación que pudo ser más atrevida o más libre porque su información es excepcionalmente rica. Cuando Cebrián cuenta que Carlos Robles Piquer reveló a Polanco determinada información como “*absoluto secreto*”, cabe suponer que las relaciones entre los dos amigos no son meramente administrativas, cosa que en absoluto señala Cabrera. Robles Piquer, además, participa en el accionariado de Santillana desde 1971, cuando la editorial está en plena expansión avalada por los créditos oficiales para América Latina. Es un ejemplo de asepsia historiográfica que debilita al libro, aunque hay muchos más porque es el prudente método escogido por la autora. Son carencias objetivas que dejan, al menos a mí, un regusto de impaciencia o ansiedad por ver expresamente desarrollado lo que puede deducirse de la yuxtaposición escrupulosa y abrumadora de datos, nombres, cifras, acuerdos, actas y grabaciones. A Cebrián le sucede a menudo lo contrario porque su libro está escrito a medias de memoria y a medias con el auxilio de agendas de trabajo. Pero el relato de Cebrián es indispensable como autorretrato de un director trascendental en un momento trascendental, como lo es la biografía de Mercedes Cabrera para documentar la red de contactos políticos, empresariales, periodísticos y editoriales que engendraron buena parte de lo mejor de la democracia española.

Jordi Gracia
Universitat de Barcelona